El muerto

Elena Rubio Themeliadou

El muerto

© ELENA RUBIO THEMELIADOU
© EL MUERTO

Paper ISBN:
ISBN pdf:

Printed in Spain
Edited by Lulu Publishing S.L.

All rights reserved. Except as otherwise provided by law, the total or partial reproduction of this work, its incorporation into a computer system, or its transmission in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopy, recording or other) is not allowed. without prior written authorization from the copyright holders. Infringement of such rights entails legal sanctions and may constitute an offense against intellectual property.

Go to CEDRO (Spanish Reprographic Rights Center) if you need to photocopy or scan any fragment of this work (www.conlicencia.com, 91 702 19 70/93 272 04 47).

A Silvia e Isabel, por ayudarme con este proyecto.

A Víctor, mi corrector de cabecera.

A Stephen, que, a pesar de los pesares, sigue teniendo mucha paciencia conmigo.

«¡Lugar, hagan lugar para los muertos que pasan!».
Lentamente, el tren funerario se acerca,
llevando el ataúd, llevando el féretro;
y el lamento de su canto era crudo y sibilante,
como el croar de las ranas en las marismas.
Leonore, Gottfried August Bürger

Los muertos viajan deprisa.
El invitado de Drácula, Bram Stoker

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!
Rima LXXIII, Gustavo Adolfo Bécquer

Prólogo

La suave brisa mece sus cabellos con la misma cadencia que la hierba amarilla, alta y seca, casi pajiza. El movimiento racheado del viento lo agita ora rápido, ora lento, y es lo único que confiere vida al cadáver que, oculto entre las espigas, ha sido atropellado por el tren.

Se descompone con lentitud, con discreción. Ni los pasajeros ni los conductores de los convoyes que vienen y van perciben su presencia. Habría que estar muy atento para distinguir que ese bulto informe entre el follaje es un muerto. Solo la fauna cadavérica, que palpita y se alimenta convulsa en el interior de sus orificios, da buena cuenta de su ser.

Un gran charco pestilente rodea su cuerpo y lo convierte en una especie de isla corrompida que ennegrece el matorral envolvente. Algunos huesos verduscos asoman grasientos en una improvisada escultura tétrica; los ojos, entrecerrados en ensoñación ulcerada, están cerosos, ambarinos; la piel, ocre, encuerada; el cabello, enrevesado; la mandíbula, desencajada y en su faz lleva esculpida una expresión de horror que permanecerá congelada para siempre como vestigio macabro de su aniquilación.

Y a pesar del silencio, parece gritar para ser descubierto porque, aun muerto, sigue existiendo.

I

Una caravana apostada, no lejos de las vías del tren, centellea al sol. Dos niños, Javier y Pili, se encuentran en su interior aburridos y solos. Llevan un par de días veraneando en una especie de secarral solitario, abandonado de la mano de Dios porque, por alguna razón misteriosa, al cabeza de familia le pareció buena idea permanecer allí lo que queda de agosto.

Sus padres han ido a comprar víveres al Carrefour, a varios kilómetros de distancia. Convencidos de que no tardarán en llegar, han dejado a sus hijos a cargo del campamento hasta su regreso.

La caravana, aún nueva, desprende un aroma a fórmica y plástico con persistencia sutil. Las cortinas anaranjadas, que le dan un tono áureo al interior, junto con los tapetes bordados con enormes cerezas de vivos colores, resultan de una cursilería extravagante. Sus finas paredes metálicas no protegen de la canícula sofocante ni del rumor de moscas y cigarras que pululan por doquier y cuya monotonía les amodorra. Javier, abrumado por el calor, sale y se tumba bajo la sombra de uno de los escasos árboles que hay por los alrededores, mientras Pili prefiere permanecer en el sofá leyendo un *Reader's Digest* antiguo.

Pili es una niña de nueve años, bajita para su edad, algo rolliza y de piel morena, bronceada durante su breve es-

tancia en el páramo. Cuando se mira al espejo, solo ve reflejada a una niña fea y vulgar. No importa cuántas veces le repita su madre que es bonita, sus cabellos y ojos castaños, y su tendencia a engordar la desesperan, pues su tripa, más abultada de lo que desearía, le recuerda que no es ninguna de esas estrellas de Hollywood o de televisión que desearía ser algún día.

Javier tiene catorce años y, a diferencia de su hermana, es más alto que los compañeros de su clase, si bien su cuerpo conserva formas aniñadas y blandas. El cabello, más largo de lo que a su padre le gustaría, tiene un ligero tono castaño claro, casi rubio por el sol veraniego. Sus ojos, de un verde pardusco, y su sonrisa pícara hacen suspirar a más de una muchacha de su colegio sin que él se percate. Y no se da cuenta de su éxito entre las chicas porque está más concentrado en jugar al fútbol y hacer pases de kárate con sus amigos; a fin de cuentas, las niñas de la escuela no son más que una especie de réplica de «la tonta» de su hermana.

Javier vuelve a entrar de improviso, buscando en la despensa algún tentempié que le ayude a resistir hasta el almuerzo. De entre las latas, escoge un bote de salchichas. Con dificultad, lo agujerea con un abrelatas combado por el uso; se hace un corte en el dedo gordo y acaba farfullando una maldición.

Interesada por el trajín de su hermano, Pili le observa muy atenta y, para no perder el hilo de su lectura, coloca un dedo en la página de su revista.

—¡Dame una! —pide, sin muchas esperanzas de recibir ninguna dádiva por parte de su hermano.

Para su sorpresa, le extiende una salchicha fofa y húmeda del mismo color que sus dedos y con una gota de sangre resbalando por ella.

—¡Ay, qué asco! —protesta Pili.

—¿La quieres o no? —pregunta Javier en un tono entre irritado y divertido.

El estómago vacío de Pili decide ante la disyuntiva y acaba por cogerla. La limpia con la mano y le da un mordisco.

—¡Jo, qué repelús! —gimotea mientras come con avidez.

—¡De lo que se come se cría! —exclama Javier, que posee el típico aire burlón y desafiante de los hermanos mayores.

—¡Anda ya! —espeta Pili sin saber muy bien a qué se refiere.

Javier coge el botijo y hace alarde de su pericia al atrapar el hilo de agua con la boca llena.

—¡Dame otra! —ruega Pili.

Javier deja el botijo sobre la mesa para mirar a su hermana con desprecio infinito.

—¡Sí, hombre! ¡Con lo que me ha costado abrir la lata...! ¡Si quieres salchichas, te abres otra tú solita!

Solo de pensarlo, a Pili le invade una pereza inmensa. Le apetece más un bocadillo de queso o de chorizo, pero no queda pan. De todas maneras, sus padres no tardarán en volver y podrán almorzar como Dios manda o, al menos, eso espera.

Vuelve a su lectura del *Reader's Digest*, aunque ya no se puede concentrar en la historia. El antojo del bocadillo se vuelve obsesivo y no hace más que acordarse del que le hizo

su madre el día anterior: estaba aceitoso, el pan se había reblandecido por el calor y tenía granos de arena dentro de la mortadela, tan rosada que parecía chicle y, aun así, le supo a gloria.

—¿Qué lees? —pregunta Javier, acabando con la última salchicha de la lata que traga casi sin masticar. Pili finge no oírle, contrariada por su glotonería egoísta.

—Digo que ¿qué lees? —insiste Javier.

Pili, sin responder, le muestra la revista con expresión de fastidio.

—¡Ya la he leído veinte veces! —Javier se encoge de hombros—. ¿Has llegado al relato del niño que ve cómo su padre le salta los sesos a su hermana?

La expresión maléfica de Javier irrita a Pili.

—¡Esa historia no está! —protesta.

—¡Sí que está! —La sonrisa perversa de Javier se transforma en una mueca de desdén—. ¡Te digo que he leído esa revista un montón de veces! ¡Trae!

Sin previo aviso, agarra la publicación ignorando la protesta chillona de Pili y pasa las hojas con rapidez para detenerse justo a la mitad; luego, le coloca la página seleccionada a escasos centímetros de su cara.

—¿Lo ves? Es la historia de un chaval traumatizado que no habla y un psicólogo lo cura.

—¿Qué es «traumatizado»? —pregunta Pili con los ojos fijos en la ilustración de un niño escondido bajo una cama.

—Alguien que se queda turulato por ver una cosa muy mala. Se quedó sin hablar porque vio como su padre le había abierto la cabeza a su propia hija con una plancha.

—¡Hala! —murmura Pili estremecida.

—¡Tampoco es para ponerse así! —Javier se encoge de hombros, mientras su sonrisa pérfida vuelve a aflorar en su semblante.

Fastidiada, Pili intenta ignorarle y coge el botijo, procurando imitar las habilidades malabaristas de su hermano, aunque con menos éxito. Sin querer, se moja casi toda la cara y eso provoca una inmediata hilaridad en su hermano.

—¡Mira que eres tonta!

Pili, enrabietada, se seca la cara con las manos, pero no le replica.

—¡Me voy a la charca! ¿Te vienes? —propone Javier.

La invitación le hace dudar. No le apetece ir con su hermano, pero el calor es demasiado sofocante como para quedarse en esas cuatro paredes. Echa de menos a su amiga Ana María; las vacaciones las han separado una vez más y ahora está en el pueblo de sus padres. A Pili, en cambio, le toca ir con su familia a sitios perdidos de la mano de Dios, en la caravana, donde no hay más que incomodidades, calor y aburrimiento. Encima, en la tele portátil no se capta ninguna señal decente. Por el día, las moscas resultan un fastidio y por las noches, los mosquitos zumban en sus oídos y le hacen ronchones que pican horrorosamente. Para colmo de males, le han quedado pendientes dos asignaturas y los profesores del colegio le han endosado el engorroso cuaderno de ejercicios *Vacaciones Santillana*; un libro lleno de cuentas y caligrafía que su madre le obliga a completar con no menos de dos hojas al día. ¡Un auténtico suplicio! No comprende cómo en los anuncios de la tele se muestren unos críos contentísimos mientras cantan el sonsonete de *Vacaciones Santillana*, como si hacer deberes fuera lo más divertido del mundo. Solo a una mente diabólica podía habérsele ocurrido la

idea de fastidiar el verano de los niños con un libro repleto de deberes.

—¡Voy contigo! —exclama Pili.

Javier sonríe para sus adentros. En el fondo, no desea ir solo. Su hermana le parece una mocosa estúpida; sin embargo, en un lugar tan desapacible como ese, la soledad se presenta como una alternativa agobiante.

«La charca», como ellos la llaman, no es más que un estanque rodeado de árboles y juncos, cuya agua verde, de textura gelatinosa, no lo hace muy apetecible para el baño. Aun así, Pili y Javier están acostumbrados a nadar en cualquier parte y, como curtidos aventureros de caravana que son, han visitado lugares tan remotos que desconocen sus nombres y hasta se asombran de que sus padres recuerden cómo regresar a casa.

Las cigarras chirrían inmisericordes acompañando el compás de sus chanclas. No tienen que caminar mucho, pero el calor es insoportable y el camino se hace largo. Pili se lleva la revista que estaba leyendo debajo del brazo y, a rastras, la colchoneta que es tres veces más grande que ella misma. Javier va más ligero y se contenta con llevar un par de *Vampus* arrugados y una toalla.

—¡No sé por qué llevas la colchoneta que es más gorda que tú, que ya es decir...! —exclama Javier con la intención perversa de zaherir los sentimientos de su hermana una vez más.

—Me gusta estar cómoda para leer —responde Pili, ignorando sus insultos.

—¡Cómo que para leer! ¿No vas a nadar?

—¿A ti qué te importa? —rezonga Pili irritada.

Javier se encoge de hombros. Su hermana es un auténtico incordio, además de torpe y estúpida. Encima, parece tropezar constantemente y se diría que a propósito, con las enormes chancletas que arrastran sus pies. Hasta le asombra que no se haya caído ya.

La chopera que cerca el estanque es la única arboleda del páramo, excepto por un pequeño pinar que rodea las vías del tren, allá lejos. Todo lo demás son espigas, arbustos y malas hierbas. ¿Por qué escogieron sus padres acampar en un lugar así? Un sitio agradable solo para saltamontes y moscas.

Javier se gira para contemplar el panorama: la carretera asfaltada debe de estar, al menos, a veinticinco kilómetros y el único acceso es un camino polvoriento y pedregoso que casi destroza el coche cuando llegaron. Algunos árboles raquíticos, dispersos aquí y allá, hacen distinguible el paisaje, que no deja de ser un secarral desaborido y solitario. Suerte que la bicicleta le da la posibilidad de explorar un poco. No obstante, el lugar es tan monótono que, por mucho que avance, siempre tiene la impresión de estar en el mismo sitio.

Pili deja su colchoneta bajo la sombra de un chopo que agita sus ramas con la brisa. Las hojas le parecen mariposas temblorosas; las observa mientras se tumba y decide leer la historia que su hermano le ha recomendado.

Javier deja su toalla cerca de la colchoneta y se aproxima con parsimonia ceremoniosa hacia las aguas del estanque, intentando encontrar un resquicio libre de juncos para sumergirse. Los zapateros, al notar su presencia, extienden sus largas patas para escapar; las moscas, más osadas, revolotean cerca de sus oídos a medida que se adentra en el agua caliente como la orina. Pili levanta los ojos de la lectura para

observar a su hermano, al que ya le llega el agua hasta la cintura. Está deseando ir para refrescarse, pero está decidida a acabar el relato escabroso que, según reza el título, se trata de un caso real.

A medida que avanza la historia, confirma que Javier tenía razón: el chiquillo protagonista permanecía ingresado en una institución porque fue testigo del asesinato de su hermana pequeña a manos de su padre, que la golpeó con una plancha hasta matarla. Apenas hablaba y permanecía todo el tiempo debajo de la cama, temeroso del mundo exterior. Un día, llegó un psicólogo nuevo al hospital y le atendió de manera intensiva hasta que consiguió que se comportara como un niño normal.

El psicólogo supo de su trauma cuando le pusieron un plato de espaguetis y lo rechazó porque le recordaban a los sesos reventados de su hermana. Esa parte impresiona a Pili. A ella le gustan los espaguetis; de hecho, son su plato favorito y, al imaginar los fideos viscosos en salsa de tomate dentro de una cabeza abierta, le produce tal impacto que está segura de que nunca más volverá a ver un plato de pasta con tomate con los mismos ojos.

Pili observa a Javier por encima de la revista. Este se baña plácidamente, chapoteando en el agua, sin saber que su hermana lo estudia con suspicacia. Tiene la impresión de que a Javier no le importaría ponerse en el lugar del protagonista de la historia y que si la viera con los sesos desparramados como espaguetis a la boloñesa no le supondría ninguna conmoción. Está segura de que su desprecio crónico no solo tiene que ver con ser el mayor y el más fuerte, sino que hay un genuino rechazo primario hacia ella por el simple hecho de existir, sin más razón que esa.

En los documentales del mediodía sobre las manadas de monos, siempre aparece el macho alfa dando tortazos a sus congéneres por puro placer. Pili se ríe para sus adentros al pensar en su hermano como un gran macaco primitivo y sin evolucionar.

De pronto, siente unas ganas irrefrenables de bañarse y decide abandonar la lectura. Se acerca al estanque y contempla mesmerizada las ondas que forma su hermano al nadar.

—¡Cuidado con las serpientes! —advierte Javier, malicioso.

Por acto reflejo, Pili da un brinco. «Ya me lo ha vuelto a hacer», piensa. Las risas de Javier resuenan en el estanque y las chicharras parecen reír con él.

—¡Muy gracioso! —grita Pili, humillada una vez más; aun así, se lanza a las aguas cálidas del estanque—. Ya me he leído la historia de la revista.

—Qué pasada, ¿no?

Pili se encoge de hombros. No quiere reconocer que el relato la ha impresionado.

—¿Qué harías si vieras a un muerto? —pregunta Pili pensativa.

Javier, imitando a su hermana, se encoge de hombros. La pregunta le pilla desprevenido, ya que el único cadáver que ha visto en su vida fue el del hámster que murió el año pasado y que encontraron, literalmente, tieso en la jaula. Nunca quiso admitir que aquello le afectó tanto que estuvo llorando en secreto durante una semana.

Una cosa es leerse sus *Vampus* y *Rufus* con casquería incluida y otra muy diferente es enfrentarse a la muerte de verdad.

—¿Y tú qué harías? —espeta Javier dando unas brazadas.

—¡No sé!

Pili se zambulle y el mundo se desvanece por unos segundos en un grumo verde de silencio viscoso.

—Seguro que tú también te quedarías turulata como el niño de la historia.

Pili no le oye. Está sumergida en una especie de placenta que la separa del mundo. Una idea la desasosiega de repente y, tras emerger del agua, dice:

—¿Tardarán mucho papá y mamá? —Pili formula la pregunta de manera retórica y no espera que Javier le conteste.

—Espero que no.

A lo lejos, pasa un tren lánguidamente, como si le diera pereza moverse por el calor. La naturaleza se ha ralentizado en una molicie profunda y hasta el tiempo parece ir más despacio. La oruga metálica se interna en el horizonte acuoso hasta desvanecerse por completo.

—¿Hay algún camino hasta el pinar? —pregunta Pili.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Podríamos ir luego con la bicicleta —sugiere Pili.

La tarde se presenta previsible como todas las tardes de este verano sin fin: paseos en bici, siestas con moscas, partidas de parchís o cinquillo, lecturas tumbados en la colchoneta o en la tumbona, merienda de galletas untadas con Nocilla y programas de televisión con las imágenes borrosas por la mala recepción. A medida que pasan las horas, contemplarán cómo las sombras se van alargando mientras el sol, engordado y rojo, se hunde lentamente en la tierra, sin

que apenas perciban la transición de la estridencia de las chicharras por la musicalidad de los grillos.

—¡Ya veremos! —A Javier le gusta llevar la voz cantante. Si hay que ir a alguna parte con la bicicleta, tiene que ser una ocurrencia suya, no de la canija de su hermana.

Un coche se aproxima. Desde la distancia, tienen la impresión de que el metal del vehículo se derrite y se convierte en líquido ardiente.

—¡Son papá y mamá! —exclama gozosa Pili.

Está segura de que no solo traen provisiones, sino también alguna revista como un *Pronto* o un *Diez Minutos* y, con suerte, algún tebeo como un *Mortadelo*, un *Tiovivo* o un *Esther* para ella y, tal vez, otro *Vampus* o *Dossier Negro* para él. Puede que hasta hayan comprado algún casete nuevo. Ya empieza a hartarse de esa música tan rara de Supertramp que tanto le gusta a su hermano. Pili se ha traído dos casetes: uno de Boney M y una cinta con la que ha grabado, magnetofón en ristre, sintonías de los programas de la tele, desde la música de *El hombre y la tierra* hasta *Un globo, dos globos, tres globos*. Con cada cambio de música, se oye el «clac» del aparato al haber accionado la grabadora, cosa que no le impide disfrutar de melodías tan excelsas.

Pili sale del agua, se enfunda sus chanclas y se dirige al encuentro de sus padres, ocupados en descargar las bolsas de la compra. Desde la radio del coche, retumban las noticias con voz distorsionada sin que Pili les preste atención. Se limita a observar el trajín de su progenitora, que, con gran ímpetu, amontona las bolsas en el suelo para luego repartir los víveres en armarios y cajones.

Su madre, Dolores, tiene unos treinta y seis años. Su cuerpo, otrora lozano y terso, se ha castigado con dos emba-

razos. En realidad, tres. En cuanto se enteró de que estaba embarazada de nuevo, consiguió librarse del tercero con una sobredosis de café que casi la lleva al otro barrio. Esa fue una ocurrencia de su vecina y amiga Aurora, que la trasladó corriendo al hospital en cuanto vio que aquellos espasmos y taquicardias se intensificaban hasta el paroxismo.

Su vientre y sus caderas, pese a ser protuberantes, mantienen cierta firmeza; no así la parte baja de sus brazos, que cuelgan por un exceso de piel. El rostro, no carente de encanto, conserva una innegable frescura, pues aún no ha sido abatido por arrugas y flacideces. De su faz destacan sus cejas excesivamente depiladas que han acabado por convertirse en dos líneas semicirculares que enmarcan unos ojos negros y expresivos. Su cabello lo ha teñido tantas veces con agua oxigenada que parece un estropajo anaranjado, aunque su mayor frustración son esas raíces negras pertinaces empeñadas en recordarle que no es rubia natural y que nunca lo será.

En cuanto nota la presencia de Pili, detiene su tarea y la mira de reojo.

—¿Dónde está tu hermano? —pregunta con brusquedad.

—En la charca con las moscas —contesta Pili con una sonrisa de satisfacción al encontrar graciosa la ocurrencia.

—¡Anda, llámalo! Me tiene que ayudar a pelar las patatas, que hoy le toca a él.

—¡Javiiiiii, dice mamá que vengas, que tienes que pelar patatas!

El tremendo alarido de Pili sobresalta a Dolores, que acaba dándole un coscorrón.

—¡Ay! —protesta Pili.

—¿Qué es eso de pegar berridos como una loca? ¡Me vas a dejar sorda!

—¡Pero si me has dicho que...!

—Me refiero a que vayas y le digas a tu hermano que venga. ¡No que me rompas los tímpanos a grito pelado! ¿Es que no tienes educación?

Pili frunce el ceño y esboza un mohín de fastidio.

—¿Me has traído algún tebeo? —pregunta llorosa.

—¿Qué tebeo?

—Es que ya me he leído todos los que tengo.

—¡Pues te los vuelves a leer! Además, ¿has acabado los deberes? Ya sabes que tienes que hacer al menos dos hojas del libro. ¡Anda, ve a buscar a tu hermano!

Pili se aleja como un perro apaleado. Siente un hastío infinito, como si todo el universo se hubiera confabulado contra ella para hacerle la vida imposible. ¿Es que no hay nadie que la quiera un poquito? Dos lágrimas cálidas se descuelgan lentamente por sus mejillas. Si al menos le dejaran tener un perrito, no se sentiría tan sola, le haría compañía y lo querría mucho. ¡Cuántas veces lo había suplicado! Pili se seca las lágrimas a medida que se aproxima al estanque y comprueba cómo su hermano relee las últimas páginas de su *Vampus* sin apenas percatarse de su presencia.

—Dice mamá que vayas, que te toca a ti pelar las patatas.

Javier aparta el cómic para mirarla con un desprecio rayano al odio, como si la orden no procediera de su madre, sino de su hermana misma.

—¡Iré si me da la gana!

—¡Pues te las vas a cargar todas juntas!

Javier no responde y decide continuar con su lectura. Pili se encoge de hombros; recoge su colchoneta, toalla y revista, y se aleja de allí. Javier la ve marcharse por el rabillo del ojo: su caminar cansino le hace parecer más torpe que de costumbre. Pili es una especie de Calimero, pero aún más papanatas, si cabe. Está taciturna y cabizbaja, aunque ya está acostumbrado a verla así; de hecho, siempre está así.

Cuando ya se ha marchado, vuelve al relato que estaba leyendo, dibujado por Amador García, y, a pesar de que le gustan más Auraleón o Richard Corben, la narración le atrapa desde el principio: un hombre, que posee una mano disecada, decide colgarla en la pared de su mansión junto con sus otros trofeos de caza. Como resulta previsible, el dueño de la mano, que murió asesinado, vuelve de la tumba para recuperar lo que es suyo. A Javier le encantan esos cuentos de miedo. Le producen una sensación deleitosa de terror tan adictiva que no puede dejar de leer hasta el final.

Cuando Pili se acerca a la caravana, su madre está preparando la comida en la diminuta cocina, mientras su padre, ya en bañador, comprueba el motor del coche.

Manuel es un hombre de treinta y seis años, de sempiterno ceño fruncido en un enojo crónico, complexión ancha, piernas firmes y redomada barriga; además de una incipiente calvicie que intenta disimular con una cortinilla de pelo que no alcanza a cubrir toda la superficie. Pili tiene la impresión de que el pelo no se ha perdido, sino que se ha ido enterrando en el interior, emergiendo triunfante por los orificios de las orejas y la nariz.

—¡Oye, Dolores! ¿Seguro que tú no has oído ese ruidillo? —pregunta concentrado en las tripas negras y grasientas del coche—. Era como un ñiqui-ñiqui...

Dolores retira los macarrones de la cortina para asomarse.

—Pues no, pero de coches no entiendo nada, ya lo sabes.

Manuel contrae aún más su ya perenne entrecejo engurruñado, sumido en una profunda preocupación. Entretanto, Pili observa en silencio el bañador de su padre, de un amarillo chillón y tan antiguo que no consigue recordar otro. Además de ser demasiado pequeño —o su padre demasiado grande—, se repliega bajo la incipiente barriga, que lo empuja hacia las ingles, empequeñeciéndolo todavía más. A Pili, su padre le parece una especie de gorila, sobre todo, cuando se enoja y, en estos momentos, está segura de que está a punto de enfadarse una vez más.

—¡A ver, niña! —gruñe—. ¿Ya has hecho los deberes?

—¡Los hago ahora!

Pili le tiene miedo. No quiere enfadar al gorila. Ya lo ha visto furioso en otras ocasiones y resulta terrorífico.

—¡Más te vale! —ruge mientras deja caer el capó del coche.

Pili, contrita, entra en la caravana para coger el maldito libro, y descubre con regocijo una pila de revistas y tebeos nuevos encima de la mesa. De un soplo, todas sus tristezas y angustias se disipan.

—¿Dónde está tu hermano? —pregunta Dolores, sacando sartenes y otros enseres de los armarios.

—Todavía está en la charca. No quiere venir.

Dolores, furiosa, aparta la cortina de macarrones multicolor de un manotazo y comprueba que, efectivamente, Javier continúa tumbado en la orilla del estanque.

—¡Javier! —grita a voz en cuello Dolores—. ¡O vienes o...!

—¿No decías que no hay que gritar? —Nada más pronunciar la frase, Pili se arrepiente al instante de su insolencia.

—¡Tú a callar, que eres una mocosa impertinente!

Coge un bol lleno de patatas y lo coloca sobre la mesa de un golpe.

—Ahora las patatas las vas a pelar tú.

—¿¡Yooooo!? —Pili se indigna. Siente que la castigan injustamente una vez más—. Pero... ¿por qué?

—¡Porque lo digo yo y punto!

—¡Me ha dicho papá que tengo que hacer los deberes!

—Los harás después. ¿Es que quieres comer a las ocho de la tarde?

Pili suspira. ¿Cómo se las arregla su hermano para escaparse siempre de las obligaciones? Hace ademán de sentarse y justo en ese momento su madre replica:

—Mejor, sal afuera o me dejarás perdida la mesa. —Dolores le pasa el cuchillo—. ¡Toma y no te cortes! ¡Cuando vuelva Javier, se las va a cargar todas juntas!

Esa frase hace sonreír de satisfacción a Pili, que se lleva el bol de patatas y el cuchillo al exterior. Su padre se ha sentado bajo la sombrilla y ha dejado un periódico sobre la mesa para examinar su pistola con interés científico. A Pili no le sorprende la afición pistolera de su padre, de profesión guardia civil; de hecho, sospecha que veranean en lugares tan remotos con el único propósito de pegar unos tiros de tanto en tanto, sin ser amonestado por nadie. Cuando no está inspeccionando el motor del coche, se aleja un poco y coloca

varias latas de conserva sobre alguna roca para practicar con más afición que maña.

—¿No te he dicho que hagas los deberes? —gruñe Manuel.

—Me ha dicho mamá que pele las patatas.

—Pues los harás después de comer, ¿de acuerdo?

Pili no puede imaginarse nada más fastidioso que hacer los deberes en el sopor de la siesta y el calor de la tarde, cuando está deseando echarle el guante a las revistas y a los tebeos nuevos o, mejor aún, ver los dibujos animados de la tele.

Empieza a pelar las patatas con desgana. Su madre se asoma de nuevo a través de las cortinas para amonestarla:

—Pélalas finas, ¿eh? No cortes trozos de patata que no somos millonarios como para tirar la comida.

¿Y pensar que se había alegrado al verles llegar? Sospecha que ese interés en que haga los deberes es más un signo de autoridad o una especie de tortura psicológica soterrada que un genuino interés por su educación.

Pili amontona las patatas ya peladas encima de la mesa y, de vez en cuando, mira hacia el estanque para comprobar si su hermano sigue allí, pero desde esa perspectiva no consigue verlo.

Una vez peladas, comienza a cortarlas en tiras muy finas, como a ella le gustan, aunque le lleva una eternidad. Su madre aparece de repente, enfundada ya en un bañador negro, algo tirante por una incipiente tripa.

—¡Ponlas aquí! —ordena mientras le da un bol metálico—. ¡No las dejes encima de la mesa!

Luego vuelve a entrar en la caravana haciendo bailar los flecos multicolores de la cortina. Al poco, se escucha el

sonido del aceite hirviendo y el olor del pollo rebozado. Entretanto, Manuel manipula distraído el interior de los cilindros de la pistola. Observa con auténtico interés cada uno de los recovecos del arma mientras la limpia con la parsimonia de un sacerdote lustrando un copón. Luego, se aleja unos metros, coloca unas latas de conserva sobre una roca y comienza a disparar sin mucho tino. Javier, que observa desde el estanque, se aproxima hacia donde está su padre sin atreverse a revelar su presencia, aunque está deseando que le invite a pegar unos tiros.

—¿Puedo? —pregunta al fin con timidez.

Manuel se gira y escruta a su hijo. Javier ya no es un crío y casi le sobrepasa en estatura, pero le desconcierta la fisonomía mutante típica de los adolescentes que, sin ser niños ni adultos, reflejan una imagen distorsionada de un hombre.

—¡A ver si tienes cojones de darle a la lata roja! —reta Manuel ofreciendo el arma a su hijo.

Javier toma el revólver con cuidado. No es la primera vez que coge un arma, aunque suele ser la escopeta de balines con la que practican su hermana y él en los descampados de la fábrica química donde trabaja su tío. A Javier le encanta disparar contra los coches abandonados, arbustos y escarabajos que tienen la mala suerte de toparse con él.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dice Manuel—. El blanco está entre las dos rayas de la mirilla...

—¡Sí, sí, ya me acuerdo! —responde Javier, apuntando muy concentrado hacia la lata de tomate doblada hacia un lado y con varios disparos antiguos.

El bote parece bailotear entre las dos líneas, pues su pulso no es tan firme como le gustaría, hasta que, con los

ojos cerrados, dispara, sobresaltándose por el ruido de la detonación.

La lata sigue inamovible y Javier la contempla frustrado.

—¡Tu hermana dispara mejor que tú! —asegura Manuel para zaherir la masculinidad de su hijo, al tiempo que le arranca la pistola de las manos—. ¡Vete para allá, que tienes que pelar las patatas!

Javier camina enfurruñado hacia el campamento, pensando que lo único que necesita es un poco de práctica, nada más. Si le dejara pegar más tiros, seguro que acabaría siendo un experto. ¿Cómo va a aprender si tiene que perder el tiempo pelando tubérculos? Decepcionado consigo mismo, avanza con lentitud dando patadas a los cantos rodados, sintiendo un hondo rencor contra Pili. «No es mejor que yo. Si no sabe ni coger el arma...».

Pili ve que se acerca su hermano y sonríe para sus adentros. «Se las va a cargar todas juntas», se dice tal como había pronosticado su madre. Tras él, Manuel también se acerca, deja la pistola en el suelo y se dedica a leer el periódico.

Pili le observa de reojo. Su padre siempre tiene el ceño fruncido. Ni limpiar el arma ni leer el diario relajan su entrecejo, que permanece perpetuamente arrugado. Es como si destensar el gesto le restara seriedad y superioridad que hay que mantener a toda costa. No hay nada lúdico o agradable que le alise la frente. La «U» invertida de la boca indica el rechazo de bromas y alegrías excesivas, pues hacerse mayor es un asunto serio y, sin duda, terrible, como lo demuestran las expresiones ceñudas de sus padres. Además, los mayores deben transmitirles severidad a los niños a través del

colegio y los deberes, como una especie de maldición divina y, lo que es peor, ese perpetuo malhumor se cronifica a medida que se crece y se adentra hacia ese pantano lúgubre de la adultez.

Javier se acerca con precaución, consciente de que ha cometido una transgresión grave al desobedecer a su madre. Con suerte, estará lo bastante abstraída en sus quehaceres como para acordarse de semejante provocación.

Pili le lanza una mirada de desafío y remarca en voz alta la profecía que Javier esperaba que todos hubieran olvidado:

—¡Dice mamá que te las vas a cargar todas juntas!

Si en algún momento estaban distraídos, ahora, despertados de su sopor como el dragón de la cueva, se acordarán de castigarlo. Siente que no podrá escapar de su destino por culpa del chivatazo que le ha puesto en evidencia. Para su sorpresa, no ocurre nada: su padre continúa leyendo y su madre sigue dentro de la caravana cocinando.

Javier aprovecha la ocasión para darle una de sus famosas collejas en la nuca a su hermana sin pensar en las consecuencias.

—¡Ayyyyy!

El gemido lastimero de Pili llama la atención de sus padres. Dolores se asoma furibunda a través de la cortinilla.

—¡Anda! ¡El señoritingo se ha dignado a hacer acto de presencia! ¿Por qué no venías?

Javier se encoge de hombros y dirige sus ojos a la punta del dedo gordo del pie.

—¡Contesta a tu madre! —brama Manuel, encañonándole con su mirada severa.

—¡Te toca a ti pelar las patatas! —dice Pili convencida de que, por esta vez, el destino está de su parte.

—¡Tú te callas! —increpan al unísono Dolores, Manuel y Javier.

Una indignación infinita abruma a Pili y decide no volver a hablar durante el resto del día.

—¿Has acabado de pelar las patatas? —pregunta Dolores irritada—. Tengo que empezar a freírlas.

Pili muestra el bol con las patatas peladas sin cortar, dispuesta a no despegar los labios.

—¡Venga, Javi, ayuda a tu hermana que se hace tarde!

Javier esboza un mohín de disgusto. Tampoco era lo que Pili esperaba, pero, al menos, no se ha escaqueado de la tarea como temía. Un pequeño triunfo es mejor que nada.

Observa que su hermano no corta las patatas en finas láminas, como a ella le gusta, para que queden crujientes al freír; él es más perezoso y las taja en grandes cachos y de manera descuidada. A Javier le agradan las patatas gruesas y carnosas por dentro. ¡¿Es que no pueden coincidir en algo?! ¡¿Cómo pueden ser hermanos?!

Dentro de la caravana suenan canciones pop de *Los 40 Principales* como único resquicio de civilización que contrasta con la aridez y soledad del páramo. A Pili le sorprende que, incluso en el fin del mundo, haya ondas que viajen a través del espacio para alcanzar la pequeña caja negra de la radio. La música metalizada es un recordatorio de que están en medio de un erial. Su familia, las moscas y las cigarras son los únicos seres vivos a su alrededor. Lo que oye son voces falsas, sin cuerpo. No hay nadie allí, solo cánticos condensados en una cajita rectangular.

¿Por qué está su familia tan callada? Cada uno con su quehacer, en una burbuja propia, inquebrantable. ¡Si al menos tuviera un perrito! ¡Cuánto querría a su perrito! Está segura de que así compensaría tanta soledad.

—¡Ya está! —Javier interrumpe sus pensamientos cuando muestra triunfal que ha acabado de cortar los dichosos tubérculos.

—¡Las cortas muy gordas! —se queja Pili rompiendo su voto de silencio—. ¡Mira cómo lo hago yo!

Su hermana le enseña su cazo con las patatas cortadas tan finas que parecen fideos.

—¡No tengo tiempo para perder! —responde desdeñoso.

—Será que tienes muchas cosas que hacer...

—¡No quiero oíros discutir más, puñetas! —interrumpe Manuel—. ¡Dejadme leer el periódico en paz!

—¡Solo me comeré las que he cortado yo! —dice Pili, en voz muy baja, para no enfadar más a su padre.

—¡A mí me da igual! —Javier susurra con un tono más alto e irritado.

—¡Chitón! —grita Manuel con el ceño más fruncido si cabe.

Dolores surge de nuevo a través del cortinaje para arrebatarles las patatas de la discordia, sin estar completamente cortadas, y desaparece después como por ensalmo. A continuación, se escucha el chisporroteo del aceite al fuego, casi al mismo volumen que la radio. Pili, libre del suplicio de las patatas, entra en la caravana para coger el endiablado libro de ejercicios e iniciar la tortura de los deberes, y así no demorar más su ineludible destino. Para su desesperación, su madre anuncia un nuevo retraso en sus obligaciones:

—Ya que estás aquí, haz la ensalada.

—Pero...

—Nada de peros. ¿Es que lo tengo que hacer yo todo? Tenéis que colaborar con las tareas de la casa.

Pili suspira. Tiene la sospecha de que, si pusiera como excusa hacer sus tareas escolares, no la creería. Se sienta a un lado de la mesa y empieza a cortar la lechuga. En ese preciso momento, decide no ser nunca ama de casa. El simple hecho de hacerse mayor se le antoja una pesadilla: siempre nerviosos, siempre preocupados, cargados de obligaciones, fastidiados... Trabajan, se casan, tienen hijos y les transmiten esa misma maldición a su progenie. Primero, con el colegio y los deberes, y luego, con el trabajo con el que tendrán que sobrevivir.

Cuando piensa que en el futuro deberá trabajar, le entra un sudor frío de angustia. Prefiere imaginar que algún día podría llegar a ser una gran actriz, vivir un montón de vidas interesantes en el cine, tener vestidos bonitos y, sobre todo, ser querida y admirada. A veces fantasea con esa posibilidad; de hecho, lo desea tanto que la idea de no conseguirlo le hace sufrir. Sin embargo, le aflige verse en el espejo: su figura rechoncha y sus trenzas morenas la desaniman. Ni siquiera es rubia y de ojos azules. ¿Quién la va a querer con la piel parda, el cabello atezado y el tipo tan orondo que tiene?

—¡Esto ya está, Manuel! ¿Quieres comer adentro o afuera?

El grito de su madre interrumpe sus pensamientos. Esta cotidianidad no tiene nada de glamurosa. Se siente rodeada de vulgaridad y hasta ella misma se siente vulgar.

—¡Mejor adentro, que habrá menos moscas! —Manuel dobla el periódico en cuatro partes para que no se lo lleve el viento—. ¡Ya era hora. Empezaba a tener hambre!

—¡La culpa no es mía! —exclama Dolores—. ¡He hecho la comida tan rápido como he podido! Lo que pasa es que hemos vuelto tarde de comprar en el Carrefour. Si no te hubieras distraído con los cacharritos de la ferretería...

—¡Tengamos la fiesta en paz, Dolores! —masculla Manuel.

Nada más entrar, se sienta en el sofá, coge el porrón de vino y se llena el vaso.

—¿Puedo yo? —pregunta Javier intentando alcanzar el porrón.

—¡Tú te tienes que conformar con la gaseosa como tu hermana! ¡Todavía no tienes edad! ¡Cuando seas mayor, ya veremos!

Javier la mira con recelo. ¿Por qué siempre la ponen como ejemplo si es tonta sin remedio?

Pili hace un gesto triunfal y eso le enfurece. Se consuela pensando que le devolverá la jugarreta cuando sus padres no estén presentes.

Manuel se levanta para poner la pequeña tele en blanco y negro.

—¡Pon las noticias! —pide Dolores.

El televisor es una de esas pocas cosas que les sirve para distraerse en las largas tardes de verano. La recepción es pésima y la imagen se llena de nubes y moscas acompañadas de un molesto siseo que se sobrepone a la voz. Manuel mueve las dos antenas del aparato, distorsionando aún más la imagen, así que opta por dejarlas como estaban.

A Pili le aburre el telediario; tantas noticias serias y tristes la abruman. ¿A quién podrían interesarle? ¿No sería mejor ver dibujos animados todo el día? *Heidi*, *Marco*, *La abeja Maya*, *Bugs Bunny*, *La pantera rosa*... Las palabras monótonas del locutor le resultan incomprensibles y no puede prestar atención a semejante parloteo. Suerte que luego pondrán la película y los payasos de la tele, que si no... El mundo de los adultos es tan aburrido... Si no fuera por los romances y aventuras que salen en las películas, ¿quién querría crecer?

No obstante, son solo eso, películas. Esos lances maravillosos nunca ocurren en la vida real. Por eso Pili desea ser actriz; así podría vivir emociones y la admiración que la realidad le niega. Para consolarse, engulle las patatas con voracidad. La verdad es que tenía hambre. ¿Cómo va a adelgazar si siempre tiene hambre? Pero ya no puede pensar en eso; la gula obnubila su razón y se deja llevar por el placer de comer. Todos almuerzan en silencio, con el mismo deleite secreto. El ritual de cortar el pan, aliñar la ensalada, servir la bebida se convierte en un acto litúrgico casi sagrado.

—¡Menudo papanatas ese Suárez! —gruñe Manuel con la boca llena.

—¡A mí me parece muy guapo! —dice Dolores cortando con cuidado su filete.

—¡Bah! —responde Manuel desdeñoso.

—¿Qué vais a hacer esta tarde? —pregunta Dolores a sus hijos, no muy convencida de que vayan a contestar.

Pili se encoge de hombros y mira a Javier, igualmente concentrado en comer. Cuando por fin va a responder, Manuel le interrumpe:

—¡No haréis nada si no termináis los deberes de hoy!

Una expresión de fastidio se dibuja en los rostros de los niños.

—¡A mí solo me quedan dos multiplicaciones! —responde Pili sin mucha convicción.

—¡Yo los acabé esta mañana! —replica ufano Javier.

Pili nota cómo el peso de la molicie se instala en sus hombros cuando piensa en que tendrá que finalizar sus deberes a la hora de la siesta y en mitad de un calor agobiante. Nadie puede razonar de manera coherente a esas horas y, menos aún, resolver operaciones matemáticas tan complicadas como una multiplicación de tres cifras. Pili no se imagina peor suplicio.

—¡Pues si ya has acabado, tendrás que ayudar a tu hermana! —La sentencia lapidaria de Dolores provoca una reacción airada en Javier:

—¡Eso no es justo! —gime al borde de la desesperación—. ¿Y yo qué culpa tengo de que Pilotoncia sea una lentorra?

—¡Haz lo que te dicen! —regaña Manuel—. ¡Y no llames a tu hermana «Pilotoncia»!

El gesto adusto de su madre y la mirada penetrante de su padre detienen sus protestas de inmediato. Eso no le impide encañonar con los ojos a su hermana con evidente odio envenenado.

—¿Qué hay de postre? —refunfuña Javier intentando calmar su cólera.

—¡Fruta! ¿Qué va a ser? —responde Dolores—. ¡Puedes elegir entre peras o manzanas! ¡Tú verás!

—¿No hay flan?

—¡Pues no! ¡A no ser que lo hayas comprado tú!

Javier frunce cada músculo de su cara como si alguien hubiera absorbido todo el aire de su interior.

—¡Menudo señoritingo estás hecho! —exclama Dolores.

Javier tiene un tremendo antojo de flan de vainilla o, mejor, de helado de vainilla. Por alguna razón, se le hace insoportable la idea de no poder satisfacer ese deseo, a sabiendas de que están en medio de una estepa yerma, en un lugar horrible, sin tiendas ni cines ni nada. Un páramo lúgubre donde no hay ni una triste distracción.

Pili coge su libro *Vacaciones Santillana*. A pesar de la pereza, tiene ganas de quitarse semejante calvario de encima. Tiene guasa que el dichoso libro se titule «vacaciones». Si está de vacaciones, ¿por qué tiene que hacer deberes? Hay que dárselo todo hecho a la profesora en septiembre. La señorita Membrive siempre dice que en dos meses a los niños se les olvidan los conocimientos del año. Todos los ejercicios son pesados, especialmente, las páginas de multiplicaciones y divisiones. Pili preferiría coger algunos de sus tebeos de *Esther* o *Mortadelo*. Tal vez leer alguno de los *Vampus* o *Rufus* de Javier, pues ya le va cogiendo el gustillo a las historias de terror.

Empieza resignada a resolver las multiplicaciones, mientras sus padres dormitan frente al telediario. No se atreve a delatar a su hermano, que se supone que tiene que ayudarla y que continúa enfurruñado, tumbado en su catre, dándole la espalda al mundo.

Pili se autoconvence de que no es más que una cuestión de voluntad; así pues, resuelve terminar la tarea cuanto antes o la arrastrará como una penitencia hasta la noche.

Javier se levanta con sigilo y lanza una mirada de desdén a su hermana antes de salir. Coge su bicicleta y se aleja en silencio.

Esta vez Pili no se chiva. Si sus padres no estuvieran durmiendo la siesta, seguramente no se atrevería a largarse sin más. Resignada, sigue con su cuaderno con la esperanza de que, si se despiertan antes de que haya vuelto, se lleve su merecida bronca.

Sin darse cuenta, una modorra irresistible hace que los números empiecen a bailar delante de sus ojos y, dejándose llevar por Morfeo, se adentra lentamente al reino de los sueños...

II

Una sacudida en el hombro despierta a Pili, que, sobresaltada, deja caer el libro de su regazo.

—¡Ayyyy! —protesta al ver que se trata de su hermano—. ¿Por qué me despiertas?

Javier no contesta. Tiene el gesto descolocado, está sudoroso, temblando y su rostro extrañamente pálido.

—¡Tienes que venir conmigo! —susurra Javier.

—¿Qué dices? —Pili sigue adormilada por un despertar tan súbito.

—¡Shhhh! —sisea Javier—. Tengo que enseñarte una cosa.

Javier la agarra del brazo, casi arrastrándola.

—Pero... —murmura Pili sorprendida.

—¡Tienes que venir a verlo; es importante!

Pili ve que sus padres siguen sumidos en el espeso sopor veraniego. No puede pedirles permiso, pero su hermano parece tan apremiante...

—¡Vale, vale! —susurra Pili—. ¿Qué es?

—¡No puedo decírtelo! —responde Javier—. Tendrás que verlo con tus propios ojos.

Pili sale de la caravana intentando no hacer ruido y, aunque no lo consigue del todo, sus padres siguen sin despertarse.

—¡Coge la bicicleta y sígueme! —ordena Javier montándose en la suya.

—¿Adónde vamos?

—¡Tú sígueme! ¡No te lo vas a creer!

Ambos pedalean en silencio. Y pese a que el calor de la tarde les abruma, Javier acelera con el ímpetu del que está ansioso por mostrar un auténtico hallazgo a alguien, tal vez para asegurarse de que lo que ha visto es real o quizás siente la necesidad de compartir temores y angustias para aligerar sus emociones tormentosas. Pili, aún soñolienta, se pregunta qué estará tramando Javier. No sería la primera vez que le gasta bromas pesadas para humillarla y reírse de ella. De todas maneras, su intuición le dice que su cara desencajada no es fingida; que hay algo realmente importante que quiere que vea y debe de serlo para que acuda a su hermana pequeña como apoyo.

—¡Al menos podrías decirme adónde vamos! —refunfuña entre resoplidos, pues empieza a estar fatigada.

—¡No queda mucho!

La respuesta escueta y apremiante de Javier la escama.

—Espero que sea interesante porque ya me estoy cansando.

Javier no contesta. Continúa ensimismado y, con la mirada perdida, avanza en dirección al pinar. La estridulación monótona de las chicharras y el crujir de las ruedas en el camino arenoso son los únicos sonidos que escuchan en el lugar. A pesar de que el sol ya no está tan alto, el calor les sigue envolviendo sin que Javier parezca notarlo, empecinado en llegar cuanto antes a su objetivo.

—¡Estoy cansada! —protesta Pili.

Javier sigue sin pronunciar palabra. Pili no sabe si porque su comentario le resulta irrelevante o porque su mente está en otra parte, pues sigue pedaleando con más ímpetu, si cabe. Es evidente que desea llegar cuanto antes a la pineda, que cada vez está más cerca. Pili se alegra de que, al menos, estarán bajo la sombra de los pinos, incapaz de soportar más tiempo el calor.

Los raíles del tren sobresalen como una larga cicatriz en la llanura donde la cebada silvestre, los cardos marianos y los jaramagos crecen a su alrededor, agitados por una suave brisa. El sendero se va desdibujando, devorado por las malas hierbas, y se estrecha lo justo para que puedan pasar las ruedas, hasta que, al llegar al umbral de la pineda, el camino desaparece.

Javier se detiene, permanece inmóvil unos segundos, se apea de su bicicleta y decide caminar entre los pinos, moviéndose despacio, sigiloso, sobre una alfombra de agujas secas. Pili le sigue intrigada, con una insoportable inquietud royéndole las entrañas. Daría cualquier cosa por volver atrás, a la seguridad de la caravana, al amor de una buena siesta o a la película del mediodía. Hasta preferiría continuar con los malditos deberes antes que estar ahí y ni siquiera sabe por qué. Tal vez por la soledad estremecedora que se cierne sobre ellos o por el panorama desapacible donde no puede encontrar ninguna placidez. Todo resulta amenazante en esa naturaleza áspera que deja bien claro que no son bienvenidos.

A medida que los niños avanzan, en sus cuerpos hay un baile de luces y sombras que, como caricias siniestras, se deslizan sobre ellos al moverse. Javier abandona la bicicleta

sobre una roca y se acerca a las ruinas de una caseta que debió ser una antigua estación abandonada.

No muy lejos de ahí, semiocultas entre los árboles, emergen como un costurón mal zurcido las vías del tren.

Los pasos de Javier se ralentizan. Pili percibe su vacilación y un ligero temblor, lo que acrecienta su desasosiego. Javier se detiene mirando hacia un punto fijo, a una especie de bulto que parece un amasijo de ropas embrollado de mala manera.

—¡Está ahí! —susurra.

Pili, incapaz de distinguir lo que hay en el lugar señalado, no quiere moverse. Javier la coge de la mano, pues ninguno de los dos quiere aproximarse por voluntad propia. Solo si se mueven juntos podrán.

Cada paso resulta más difícil que el anterior. Pili abre la boca sin que ningún sonido surja de sus cuerdas vocales abotargadas por la angustia. Un enjambre de moscas, que revolotean nerviosas muy cerca de ellos, y un olor pútrido que inunda su paladar la obligan a cerrarla de nuevo.

Sin darse cuenta, mientras caminan, se han arrimado tanto que han acabado abrazados, a pesar del calor, a pesar del desprecio mutuo. Ante ellos, se presenta una realidad avasalladora que destroza cualquier otra. Continúan acercándose, con sigilo, temiendo hacer ruido. Tienen miedo, pero la curiosidad por observar algo prohibido, que suele ocultarse a los ojos del mundo, les atrae: un muerto.

Tiene un aspecto irreal, como si no fuera un ser humano de verdad, sino un muñeco deslavazado, con las piernas y brazos dislocados en una posición imposible, destripado y de rostro deforme, seguramente por el golpe del tren. Sin apenas advertirlo, se acercan lo suficiente como para no

perder detalle del rostro: los ojos secos, desorientados, bizqueando de forma opaca. La boca abierta en un eterno grito silencioso, los intestinos amarillentos esparcidos entre sangre y grasa.

Pili tiembla y una náusea infinita sacude su estómago hasta hacerle vomitar todas las patatas fritas sobre las rocas. Su hermano la observa entre la repugnancia y la compasión; a fin de cuentas, ha sido idea suya traerla hasta ahí. Necesitaba compartir su hallazgo, aunque fuera con la «tonta» de su hermana; sin embargo, le preocupa su mirada perdida y su jadeo anormal. Espera que no le dé un síncope porque no quiere tener que dar explicaciones a sus padres. Lo cierto es que se lo ha tomado peor de lo que esperaba.

Después de echar hasta la última papilla, Pili comienza a sollozar quedamente. Javier siente una leve punzada de remordimiento. Sabe que no ha hecho bien en revelarle ese descubrimiento macabro, pero no habría podido guardar semejante secreto sin reventarlo por dentro.

A pesar de estar tan trastornado como Pili, intenta actuar como hermano mayor y consolarla lo mejor que puede.

—¡No te pongas así; tampoco es para tanto!

Pili le lanza una mirada furibunda. ¿Por qué la ha traído a ese horrible lugar? ¿Qué clase de monstruo es su hermano que ha querido que viera semejante horror?

—¡Es una pasada, ya lo sé! Lo ha debido de atropellar el tren y se ha quedado ahí sin que nadie lo haya notado.

—¡Vámonos! —gime Pili.

—¡No! ¡Espera! —exclama Javier, fascinado—. ¿Cuántas veces vas a tener la oportunidad de ver a un muerto?

—¡Pero si es asqueroso...!

—¡Ya lo sé! ¡Pero ahora tenemos un secreto para nosotros solos!

—¿Es que... es que no vas a contárselo a papá y mamá? —balbucea Pili.

—¡Ni se te ocurra decirles nada! —El tono de voz de Javier se endurece hasta la rabia.

Pili sabe muy bien que cuando su hermano se enfurece, puede ser terrible.

—¡Es mío! ¡Lo he encontrado yo! ¡Si te chivas, te haré la vida imposible! —insiste.

Pili, horrorizada, no puede comprender que alguien quiera «poseer» algo tan abominable. Ella solo desea salir de allí cuanto antes. Se siente mancillada, como si le hubieran robado parte de su inocencia.

—¿Guardarás el secreto o no? —ruge Javier.

Al ver que Pili no contesta, la agarra del brazo con violencia hasta hacerle gritar de dolor.

—¡Sí, sí, guardaré el secreto!

—¡Me lo juras!

—¡Sí! —dice entre pucheros. A pesar del calor agobiante, Pili no deja de tiritar—. ¿Nos podemos ir ya?

Javier suelta el brazo con la misma brusquedad y se aleja en busca de su bicicleta. Pili, al verse sola de súbito, se levanta con rapidez y sigue a su hermano, no sin antes echarle el último vistazo al cadáver.

Ciertamente, le fascina su visión, incluso para alguien tan pusilánime como ella. Es un sentimiento a medio camino entre el horror y la curiosidad, aunque enseguida persigue con carrera desmañada a su hermano, que empieza a alejarse con la bicicleta. Pili coge la suya y pedalea con toda la celeridad que su miedo y torpeza le permiten.

Vuelven al sendero y notan que la temperatura se ha suavizado y, si bien aún hace calor, llega una suave brisa de algún lugar remoto que refresca. Mientras avanzan, los niños miran hacia atrás. Han leído los suficientes tebeos de terror como para saber que a los muertos no les gusta que les molesten y, además, odian a cualquier ser viviente por el simple hecho de que está vivo y ellos no.

Pili pedalea con toda la fuerza que puede con sus piernas temblorosas. En cambio, Javier se siente no solo liberado del peso de un secreto horrendo, sino que le produce satisfacción tener uno. Como si toda la carga que conllevara custodiarlo se hubiera diluido o, mejor aún, hubiera recaído en su hermana. De hecho, se siente tan ufano como cuando acaba de ver una película de terror cargada de emociones fuertes.

Teme que su hermana no pueda contenerse y les cuente a sus padres ese descubrimiento. «Pilotoncia» es bastante tonta, aunque si la amenaza lo suficiente, cerrará el pico. Si es necesario, intentará ser más amable con ella, al menos, mientras estén en el lugar.

Le aflige pensar que se tendrán que marchar tarde o temprano. Le hubiera gustado «quedárselo» de alguna manera. Tenerlo cerca de su casa, exhibirlo ante sus amigos y mostrar su valor entre ellos. Seguro que así todos le respetarían y le harían su líder sin protestar. Por desgracia, solo tiene una historia que contar y lo más probable es que no le crean. Si al menos pudiera hacerle una foto al muerto... Esa idea súbita comienza a rondar por su cabeza mientras se aproximan a la caravana: podría hacerle una foto. ¡Así sí le creerían sus amigos!

Dolores les recibe con los brazos en jarras y con un marcado acento circunflejo en el ceño.

—¿Adónde habéis ido?

—¡Por ahí! —contesta Javier. Debió haberse preparado una respuesta. Estaba tan distraído que no pensó en ninguna excusa—. Hemos salido a dar una vuelta en bici.

—¡Pues podríais haberlo dicho, ¿no?! ¡Ya sabéis que no me gusta que os marchéis a la francesa! ¡Además, alguien tendrá que lavar los platos, digo yo! ¿A quién le toca hoy?

—¡Ya los lavo yo! —se ofrece Javier.

Se ha prometido ser amable con su hermana para que se sienta obligada a devolverle el favor con su silencio. Está tan ensimismado en sus pensamientos que no se da cuenta de la reacción de asombro que ha producido en su familia. Normalmente, la adjudicación de las tareas domésticas conlleva interminables disputas encarnizadas y, de manera extraordinaria, Javier se presenta voluntario. A Pili también le extraña, aunque ya sospecha que hay un soborno soterrado en ese acto aparentemente altruista.

—¡Vaya! ¡Si no lo veo, no lo creo! ¡Espero que no estés tramando alguna de las tuyas! —replica incrédula Dolores.

—¿Yoooo? —Javier se encoge de hombros y entra en la caravana donde hay un montón de platos en una palangana. Lavarlos no resulta fácil; debe usar la menor cantidad de agua posible o no quedará para el día siguiente.

—¡Acuérdate de no gastar mucha agua! —grita Dolores desde afuera para recordárselo.

—¡Sí, ya lo sé! —responde Javier, resignado.

—¿Y tú? ¿Ya has acabado los deberes?

—Me queda poquito —contesta Pili—. Ahora los acabo.

Dolores se sorprende de la súbita docilidad de sus hijos, que la obedecen a la primera.

—¡Algo traman! —murmura para sí.

Después, se sienta a hacer ganchillo y observa las sombras del atardecer alargándose lentamente, mientras se sume en una inusual paz de espíritu.

Manuel finge desentenderse de los asuntos familiares y se dedica a limpiar las bujías. Los motores de los coches le han fascinado desde siempre. Le encanta embadurnarse las manos de grasa negra, enmendarlos, intentar comprender su mecanismo... No solo eso, tiene el convencimiento de que dominar a una máquina es como subyugar a una bestia y tenerla bajo su control. Hay un no sé qué tremendamente viril en manipular sus herramientas, en enderezar, golpear, atornillar, desatornillar, clavar o cauterizar aparatos y artilugios de todo tipo. Le calma los nervios, le hace sentirse más hombre, aunque a veces, cuando se resisten a sus avíos, la frustración le hace gritar de rabia, maldecir y blasfemar contra todo el santoral católico.

Pili se sienta en una butaca cerca de su madre, que tricota otro tapete. Al acabarlo, lo pondrá sobre algún mueble o electrodoméstico. Todavía tiembla, pero ahora de frío. La temperatura ha bajado bruscamente o, al menos, ella lo siente así. Le cuesta mucho concentrarse en sus deberes porque la imagen del muerto la asalta de vez en cuando, como en fogonazos intermitentes que la estremecen.

—¡Deberías ponerte una chaqueta! —propone Dolores sin levantar la vista de su labor, al percatarse de sus tiritonas.

Pili se levanta en silencio y entra en la caravana para buscar la prenda. Apenas se atreve a mirar a Javier, que está a punto de finalizar su tarea. En cuanto la ve, pone el dedo índice, cubierto con espuma del lavavajillas, en sus labios para asegurarse de que mantiene el pacto de silencio. Pili no responde, coge su chaqueta y sale de nuevo.

El cielo púrpura se ennegrece y el lucero vespertino asoma lejano. Manuel coloca las bujías ya limpias, se lava las manos con la regadera, que hace las veces de ducha, y se sienta a fumar su pipa con aire cansado.

Javier ha terminado de lavar los platos y sale con el parchís bajo el brazo. De alguna manera mágica, el silencio se colma de ruidos de los dados rodando en los cubiletes y alguna que otra risa. Ese es uno de esos escasos momentos en que la familia se halla en una tregua cordial y las tiranteces se suavizan provisionalmente.

Solo Pili parece ausente, con la mirada perdida en el horizonte, hacia el pinar, como si pudiera vislumbrar lo que se esconde tras los pinos...

III

Dolores es la primera en despertarse justo al romper el alba. Contempla envidiosa a su marido y a sus hijos enroscados en sus sábanas, durmiendo como lirones. Sabe que no se podrá mover hasta que Manuel se despierte, ya que cualquier zarandeo en esas cuatro paredes se amplifica como un terremoto.

Dolores suspira y coge un *Pronto* para hojear mientras espera. Dormir en una caravana no solo es incómodo, sino que hace tiempo que tiene problemas para conciliar el sueño. Demasiados nervios y sinsabores: las cosas de la casa, los niños siempre peleándose e intentando cuestionar su autoridad... A veces los siente como intrusos en su vida. Se pregunta con frecuencia si fueron un error, pero ya no hay vuelta atrás.

Manuel fue posiblemente la mayor equivocación. La sedujo porque era joven e inexperta y, cuando quedó embarazada de Javier, no tuvieron más remedio que casarse. Cuando eran novios, era atento y cariñoso. En cambio, ahora, apenas le habla cuando vuelve del trabajo. Se pasa el tiempo viendo la tele y ni siquiera cuando se van de vacaciones existe algo parecido a la comunicación. Dialogan lo justo para la convivencia, pues ya no queda ni rastro de la complicidad de los primeros años.

Sospecha que Manuel también se siente prisionero en ese matrimonio forzado desde el principio, atrapado por unos niños agobiantes y una esposa frustrada. ¿De quién fue la culpa? ¿Hay algún responsable o debería achacarse ese error a la ignorancia y al ímpetu juvenil? Si al menos hubieran tenido más información... La que les dan a los críos hoy día en el colegio habría sido mejor que nada y, posiblemente, la trampa del sexo no les habría llevado a la situación en la que están ahora.

Dolores se pregunta a menudo si no tuviera esa vida, ¿qué otra vida habría tenido? Cuando era más joven, la única aspiración de una mujer era casarse y tener hijos. Con esa idea se consuela pensando que, probablemente, en otras circunstancias, su vida no sería muy diferente. Si no hubiera conocido a Manuel, habría sido otro cualquiera, otro hombre huraño al que lavarle la ropa, otros hijos insufribles... La cuestión no sería si casarse o no, sino encontrar al mejor de los maridos posibles o al menos malo. A menudo, Dolores se siente culpable por no poder sentir un amor inmutable y constante, sino que hay una intermitencia errática, una especie de botón en sus afectos que se apaga y se enciende según su estado emocional. Si hubiera armonía, si hubiera paz, quizá...

Mueve la cabeza y ve que Manuel está despierto y, sin decir palabra, coloca la mano en su pecho y lo masajea. Dolores no se resiste. Ya hace mucho tiempo que las obligaciones maritales no son más que eso: obligaciones. No muy diferentes a otras tareas como fregar y lavar. Precisamente ahora le parece un fastidio que Manuel se ponga rijoso en un lugar tan incómodo y con los niños delante, aunque estén dormidos.

Lanza una ojeada furtiva a sus hijos para asegurarse de que siguen en brazos de Morfeo. Su cabeza divaga en futuros quehaceres: hacer las camas, preparar el desayuno, lavar la ropa a mano... El sexo no es más que una pérdida de tiempo. Él, como es hombre, no se da cuenta de que casi toda la intendencia está a su cargo y no se puede relajar. ¿Cómo podría entender eso? Para ellos, el tiempo libre es realmente libre; sin embargo, para ella son las mismas obligaciones en un lugar distinto.

Javier se despierta y Dolores aprovecha la ocasión para apartar la mano de su marido y levantarse con celeridad, aliviada por poder escapar de las garras de Manuel.

Los ojos de Javier continúan soñolientos y desconcertados. Tiene la impresión de que está en su habitación hasta que, progresivamente, va recordando dónde está.

La luz de la mañana le ha despertado. Retira despacio la cortina y contempla, entumecido, el páramo yermo. ¿Por qué habrán elegido sus padres ese lugar desolado para veranear? Echa de menos a su amigo Sergio, el único que le comprende. Cuando están juntos, suelen pasar horas enteras hablando de películas de kung-fu mientras recrean los pases marciales de Bruce Lee. Le hubiera encantado compartir su «secreto» con él y no con la tonta de su hermana.

En fin, la vida es así; nada es perfecto.

Pili se despierta con el ajetreo de su madre, que prepara el desayuno sin ninguna consideración con los que duermen. De todos modos, dormir en la litera es increíblemente incómodo, pues es demasiado estrecha y apenas puede moverse. Se ha quejado mil veces y nadie le hace caso. Pili, en su insomnio, se ha pasado la noche oteando a través de la ventana hasta el alba, cuando, por fin, pudo dormir. In-

tuye que debe de haber alguna carretera lejana porque ha visto las luces de los coches moverse en la lontananza y, de tanto en tanto, el tránsito de algún tren que le hacía sentir escalofríos cuando surcaba el pinar. Lo que alberga en él la aterra. No comprende que su hermano, que a duras penas le dirige la palabra, le haya compartido ese descubrimiento horrible.

Se ha pasado la noche observando el erial silencioso con los ojos puestos en la pineda, atenta ante cualquier movimiento extraño. El difunto debe de estar realmente enfadado. Nadie sabe que ha fallecido, excepto dos niños tontos que le tienen como un pasatiempo en ese lugar espantoso.

Sin duda, se querrá vengar.

Se lo imagina levantándose del suelo con las tripas colgando, aproximándose hacia la caravana, y esa idea le ha dado tanto miedo que ha permanecido inmóvil y casi sin dormir toda la noche. No importa cuántas veces se haya dicho a sí misma que no puede ocurrir nada, que eso son cosas de las películas o de los tebeos de terror, que los muertos no caminan y mucho menos persiguen a los niños.

No hay manera de convencerse. Cuando amaneció, pudo conciliar el sueño, pero el descanso ha durado poco. Su madre, poseída por un extraño frenesí mañanero, prepara el desayuno de la manera más furibunda que puede, dando toda suerte de golpes con cazos y tazas para asegurarse de que nadie pueda descansar.

Mientras se calienta el agua, Manuel y Dolores transforman la cama de matrimonio en una mesa de comedor. Están tan habituados a hacerlo que se coordinan de forma maquinal, en silencio, sin necesidad de instrucciones.

Javier se despereza lentamente. A pesar de las emociones fuertes, ha dormido bien. Deposita el Colacao y las magdalenas en la mesa. Entretanto, su madre va distribuyendo hábilmente las tazas, las cucharillas y el azúcar. Manuel sale para orinar tras unos setos y Pili enciende la radio porque le parece mentira que, a pesar de estar rodeada de gente y en un espacio tan reducido, se sienta tan sola.

La música metalizada le devuelve a la civilización, a la humanidad perdida y, de algún modo, le hace sentirse más acompañada que el conjunto de células solitarias que componen su núcleo familiar. Si no fuera por el solaz que le proporcionan sus tebeos de *Esther* y su colección de historias ilustradas de *Sissi*, que le sirven de consuelo en este mundo áspero y hostil en el que vive, apenas podría resistir los embates de la realidad. Si al menos tuviera un perro al que querer, un amor cálido y constante que le aliviara de su melancolía...

Tiene que conformarse con su osito Colargol, que la acompaña desde que tiene uso de razón y que ya huele a polvo rancio. El peluche es una de las escasas pertenencias que, milagrosamente, su madre no ha tirado a la basura todavía. Sabe por experiencia que todas sus cosas tienen fecha de caducidad y que, de modo misterioso, se desvanecen y son reemplazadas por mantas y toallas. Es la manera en que su madre marca el territorio. No deja que cajones y estanterías sean ocupados por ningún objeto que no esté formado de tela y ya tiene distribuidos sabiamente setenta toallas, cien tapetes, cuarenta sábanas y veinte mantas por todo el piso, indicando, a su manera, la posesión de este en una especie de secreto golpe de estado.

Ha ensayado tantas veces una inocente expresión de sorpresa ante cualquier queja por la desaparición de un objeto que resulta más fácil pensar que la pieza perdida se haya fugado a otra dimensión espacio-temporal, a que la poseedora de ese gesto candoroso, dolida por la acusación, sea la autora del crimen. Así se habían esfumado docenas de juguetes, tebeos, libros y otros cachivaches y, en su lugar, había aparecido toda suerte de trapos, tapetes y mantas que prevalecerán en ese rincón, por el resto de la eternidad.

Javier acaba rápido el desayuno como si tuviera mucha prisa. Se pone el bañador, ocultándose con la toalla, y sale en dirección a la laguna.

Pili le sigue. No sabe por qué, pero se siente impelida a hacerlo. Tal vez porque la soledad resulta abrumadora o porque, en el fondo, siente algo de admiración y cree que, por edad, su hermano es más maduro y debe de poseer algún conocimiento que únicamente se adquiere con los años.

Vigorizado, Javier nada en la laguna con una energía inusitada, mientras que Pili se baña con cautela y con la vaga impresión de que la vida le coloca trampas para pillarla.

De vez en cuando, sin poderlo evitar, tanto Pili como Javier otean el horizonte y sienten un escalofrío. De alguna manera, el secreto que se esconde en ese bosquecillo les une más que nunca. Ya no son solo hermanos, sino también cómplices.

Javier observa ese lugar terrible con temor y, aunque desea volver, demora su visita porque sabe que lo que hace no está bien. A Pili, en cambio, le aterra pensar que el cadáver se haya enfadado con ella y quiera vengarse. Es capaz de sentirlo en cada recodo del lugar: lo imagina dentro del agua o entre los cañaverales que rodean el lago, en medio de los

arbustos o detrás de los árboles escasos y escuálidos del páramo. La luz del día la tranquiliza; le permite controlar su campo de visión, pero le tiene miedo a la noche. La oscuridad será el cómplice secreto del cadáver y la utilizará para camuflarse en ella y encontrarla.

Dolores se asoma por la puerta pensando para sus adentros que tanta diversión no puede ser buena, que algo de sufrimiento y sacrificio hay que poner en sus vidas:

—¡Tenéis que hacer vuestros deberes! ¡No creáis que me he olvidado!

Javier sale del agua y se seca rápido. Sabe que si quiere ganarse su libertad, tendrá que cumplir con sus obligaciones. Luego, será dueño de su tiempo y podrá visitar al muerto, «a su muerto». Lo ha encontrado él y le pertenece, al menos, mientras dure su estancia en el lugar. Cuando vuelva a casa, tendrá que explicar a sus compañeros de clase y a sus amigos lo que ha visto y vivido. Javier se sienta con su *Vacaciones Santillana* en la tumbona. Tiene un aire reflexivo y ausente que escama a Dolores. Normalmente, es una auténtica batalla campal para que los niños hagan cualquier tarea y Javier es el que más resistencia opone.

Pili se acerca con lentitud, también dispuesta a obedecer una orden sin que sea necesario repetirla diez veces.

—¡Qué raro! —murmura Dolores y, sin darle más vueltas, entra en la caravana para lavar los cacharros del desayuno.

Manuel, por su parte, revisa el motor del coche. En realidad, no hay nada que hacer ahí; simplemente le gusta meter las manos y engrasarlas de aceite negro de olor rancio. Es un aroma masculino, que enardece su testosterona. El coche es una prolongación de sí mismo y, de alguna manera,

concentrarse en su mecanismo le ayuda a escapar de una familia irritante que le agobia.

El sol se va aproximando al cénit del mediodía. Empieza a hacer calor. Javier ha acabado los ejercicios del libro, pero aún no se decide a ir a ver a «su muerto». Le molesta reconocer que tiene miedo, aunque le emociona la transgresión de hacer algo prohibido. Comprende que no va a tener más remedio que ir con su hermana para infundirse valor. Será amable con ella para convencerla. Javier se acerca a Pili y le ofrece su ayuda, gesto que a sus padres no les pasa desapercibido, y observan semejante milagro con asombro.

«¿Será verdad que en estas vacaciones va a haber armonía en la familia?», piensa Dolores. Ni ella ni Manuel se atreven a mencionar nada ni a expresar su sorpresa, no sea que el encantamiento se rompa y vuelvan de nuevo disputas y rivalidades. Es mejor dejar que las cosas fluyan a su aire, sin intervencionismos, no sea que se estropeen.

Pili, recelosa, sospecha de las secretas intenciones de su hermano. Intuye que quiere que le acompañe a ver al muerto otra vez y, sobre todo, que cierre el pico. Tiembla con solo pensarlo, aunque sabe que, si no le obedece, será cruel con ella. Una idea súbita le hace recapacitar: si le pide que vaya con él, quiere decir que también tiene miedo y no se atreve a ir solo, por eso la necesita. ¡La necesita!

Nunca se hubiera imaginado que su hermano, pese a ser un bravucón, la pudiera necesitar. A fin de cuentas, no deja de ser un niño tan vulnerable como ella que intenta disimular esa inseguridad con un barniz de menosprecio. Ante esa revelación, Pili siente un secreto regocijo que se sobrepone a su angustia habitual. Si él puede fingir valentía cuando no la siente, ¿no puede ella hacer lo mismo? Podría inten-

tar competir con su hermano por primera vez en su vida. Lo único que tiene que hacer es echarle valor. Es carne muerta, no muy diferente de las salchichas de la nevera, ¿verdad?

El miedo la contradice. Lo que hacen no deja de ser una burla a la muerte y, por eso, el difunto acabará por ofenderse y les castigará de algún modo horrible: vendrá y su sola presencia malévola será suficiente para matarla de terror.

«Es solo carne muerta. Debes ser valiente o Javier te machacará», se dice, imaginándose al muerto cerca de la ventana, cuando todos estén durmiendo y ella, en su litera, lo vea pegar su cara maligna, colmada de odio y gusanos, buscando su desquite.

Gracias a la ayuda de Javier, acaban los deberes en un santiamén y permanecen en silencio. Ambos dudan, pero van a demostrar su coraje enfrentándose a sus propios temores porque les humilla reconocer cualquier atisbo de cobardía. Ahora ya es una cuestión de orgullo, de reto personal.

—¿Quieres dar una vuelta en bici? —murmura Javier.

Pili sabe lo que implica esta proposición. No será un paseo al azar por el camino. Van a ir al encuentro del muerto, a desafiar al mismo Infierno que debe de estar bullendo en cuanto lanzó la propuesta. No se dejará vencer en ese desafío; esta vez no. Esa invitación implica inseguridad. La necesita. ¡Sí, la necesita! Si él puede fingir valentía, ella también.

—¡Vale! —susurra, arrepintiéndose un segundo después de haber aceptado.

Pili se sorprende ante su audacia. Siempre pusilánime, intuye que, en el fondo, Javier no es mucho más valiente que ella, pues, en más de una ocasión, había entrado por la noche en su cuarto después de ver una película de terror por-

que le había angustiado dormir solo. Al menos ella tiene la correa suficiente como para morirse de miedo y aguantarse.

Lo cierto es que Javier siente un soterrado temor, que no quiere reconocer, y se alegra de que su hermana le acompañe porque no está seguro de tener el valor necesario para ir solo.

Suben a sus bicicletas, esperando a que el otro tenga una buena excusa para no ir. Ninguno de los dos despega los labios para alegar una coartada que los exima de esa obligación secreta y, resignados, como si de una penitencia se tratara, se dirigen hacia el horizonte incierto, allá donde los pinos albergan su secreto.

Pedalean despacio y en silencio como si así pudieran ralentizar, tal vez, detener el tiempo, pero el campo de pinos se hace más grande a medida que se van acercando.

Javier se desmonta de la bicicleta y camina despacio. Las moscas revolotean formando espirales a su alrededor como si fueran lo único real. Su corazón bombea pesadamente en el pecho y la sangre sube zumbando a sus oídos. Intenta disimular su temor ante su hermana y ante sí mismo porque no quiere reconocer que tiene miedo: miedo al encuentro terrible con el cadáver, miedo a su mueca llena de gusanos y moscas, miedo a ese muñeco desmadejado que les advierte de que la muerte no tiene nada de romántica o heroica, sino que es indigna y monstruosa.

Javier aparca la bicicleta y se acerca a las vías. Pili se detiene para observar sus movimientos. De tanto en tanto, mira tras de sí, pues teme que haya algo o alguien dispuesto a atacarla por sorpresa.

Ninguno de los dos puede saber si el hombre murió de manera accidental o si alguien le asesinó. La idea es tan

aterradora que les hace sentir físicamente mal. Si alguien le mató, ¿quién fue y por qué? ¿Seguirá al acecho? ¿Estará enfadado con ellos por haberlo encontrado?

—¡Ahí está! —exclama Javier. Intenta parecer triunfal para que no se note el temblor en su voz. Pili intuye que tiene tanto miedo como ella y eso, no solo la reconforta, la regocija.

Pili se mueve con pesadez y, agarrándose con fuerza a la bicicleta, camina hacia la figura petrificada, mientras su hermano lo observa horrorizado y fascinado a un tiempo. Pili se acerca y comprueba que el muerto se asemeja a un bulto amorfo. Si no fuera porque asoman los dientes, podría pensar que se trata de un muñeco. De hecho, la dentadura le devuelve su humanidad perdida.

Ahora ya no puede disociar esa carroña de la realidad. Es de verdad; está ahí y no en sus pesadillas ni en su imaginación, y la desafía con su presencia. Al menos, ya no la puede acechar entre los matorrales, en la laguna, en las tinieblas de la noche; está frente a ella: descalabrado, putrefacto, solitario...

Todo lo que les habían explicado en las clases de catequesis sobre un alma inmortal se le antoja patrañas. ¿Qué dirían el padre Francisco y el padre Marciano si estuvieran aquí? En ese ser nunca hubo un alma ni nada espiritual. Es una carcasa vacía, corrompida y tan repugnante que ofende con solo verla. A Pili le invade una oleada de culpa y horror. Se siente sucia por el simple hecho de mirar el cuerpo, aunque no puede evitarlo.

A lo lejos se oye el rugido del tren, que les despierta de su ensoñación. Tal vez el que atropelló al hombre y que, indiferente, continúa con su eterno deambular. ¿Y el con-

ductor? ¿No se dio cuenta de que arrollaba a una persona? ¿Sabe alguien que ese hombre está aquí?

—¡Vámonos antes de que venga el tren! —suplica Pili, embargada por un temor súbito. «¿Y si nos pilla?».

A Javier le invade el mismo pensamiento: «¡El tren! ¡Ha sido el tren!».

No quieren dejarse atrapar y corren hacia la caseta, olvidando que los trenes solo pueden circular por las vías. Le otorgan propiedades demoníacas, pues si pudo arrancarle la vida a alguien, ¿quién dice que no puede hacer lo mismo con ellos? ¿Quién lo conduce? ¿Quién viaja en él? ¿Y si funciona solo y sin control, impulsado por fuerzas desconocidas? ¿El conductor sería capaz de detectarlos y hacer descarrilar el tren a propósito para convertirlos en carroña a ellos también? No tienen tiempo para dilucidar si esas ideas son absurdas o no. Deben esconderse como Adán y Eva después de comer la fruta del conocimiento. Saben que se han portado mal y que serán castigados.

Mientras se dirigen hacia la caseta, lanzan gritos de pánico, aunque Javier mantiene la suficiente lucidez como para darse cuenta de lo ridículos que son. Aun así, se deja arrastrar por el pavor y no deja de correr y gritar hasta alcanzar el refugio.

El convoy pasa a toda velocidad y, como si intuyera la presencia de los niños escondidos, hace sonar su silbato. El sonido se deforma a medida que avanza, como un elefante herido que barrita al sol. A su vez, los niños gritan en respuesta a ese alarido inhumano, mientras la trepidación rítmica de las ruedas sobre las vías la sienten sobre sus cuerpos. Notan esa vibración como si el sonido les pudiera cortar la carne e imaginan al monstruo destrozando sus órganos con

cada traqueteo mortal y pulsante. El tren sabe que están ahí y, por eso, les grita hasta que el último vagón pasa con la celeridad de un látigo que propina el último trallazo.

Sus bocas siguen abiertas y los ojos cerrados, pero ya no chillan. El peligro se ha ido y, por esta vez, el tren de la muerte les ha perdonado.

Javier consigue recobrar algo de cordura, aunque sigue sin moverse. ¿Realmente se ha ido? ¿No se habrá detenido en alguna parte para esperarles? ¿Y si está aguardando en algún lugar para que salgan y así atacarles con facilidad? «¡No, no, no! ¡Qué estupidez!», piensa Javier.

Pili le mira con las pupilas desorbitadas. Parece una auténtica demente. A Javier le da miedo verle los ojos tan abiertos, como si ya no quedara ni rastro de la antigua Pili en ellos.

Son ojos de loca.

Se pregunta si él también tiene esa misma expresión y eso le obliga a recobrar la sensatez y no dejarse arrastrar por una locura sin sentido.

—¡Vámonos ya! —ordena Javier. Intenta que su voz suene imperativa, serena, pero el temblor en sus cuerdas vocales le delata.

Pili va recobrando la cordura como si despertara de una pesadilla.

—¿Se ha ido? —murmura.

—¡No seas tonta! —espeta Javier, irritado.

Pese a su airada respuesta, Pili sabe que está aterrado. Es un temor contagioso, pues el desasosiego de uno acrecienta el del otro, como si se moviera por ósmosis o en oscilación sinérgica.

Javier se asoma con prudencia y comprueba que no hay nada en la vía ni en los alrededores. Nada fuera de las leyes de la naturaleza, nada sospechoso ni una sombra de más.

—¡Todo está bien! —dice en un suspiro, sintiéndose estúpido y aliviado a un tiempo.

Pili no se mueve. Está acurrucada en un rincón de la caseta, intentando metamorfosearse en la pared misma y desvanecerse.

—¡Todo está bien! —repite Javier—. ¡Será mejor que nos vayamos!

Pili, que casi había dejado de respirar, comienza a dar signos de vida. Suspira y mira intensamente a su hermano para ver si de verdad es él y no una malvada copia que intenta engañarla. Se levanta temblorosa, deseando marcharse de ahí cuanto antes, aunque su cuerpo la traiciona y le hace moverse con lentitud exasperante. Las piernas le tiemblan tanto que apenas la mantienen en pie.

Camina torpemente, tropezando con los cascotes del suelo hasta alcanzar la salida. Javier también se mueve aturdido. El miedo no se ha ido del todo y ha acabado por anquilosar sus miembros.

Las bicicletas están ancladas demasiado cerca del muerto. Tendrán que pasar por delante para recogerlas. Ahora que les ha poseído el terror más irracional, temen su venganza. Seguro que está harto de sus visitas morbosas y quiere castigarles, vengarse. Ninguno de los dos se atreve, pero, si pudieran, le suplicarían piedad. Le dirían que ya no lo volverán a hacer, que están arrepentidos y que lo único que quieren es volver a la caravana con sus padres o, mejor aún, a su casa.

Pili no osa mirarlo. Javier, en cambio, le lanza una fugaz ojeada para comprobar que no se ha movido, que no les sigue, que no alza la mano para atraparles, para destrozarles.

Es un alivio comprobar que todo sigue igual.

Cogen sus bicicletas, rodeados por un millón de moscas, las únicas que conocen su secreto perverso, y emprenden la marcha con lentitud desesperante, como si el suelo fuera de lodo y les impidiera avanzar.

Cuando consiguen llegar al sendero, apenas notan el calor, concentrados en coordinar sus músculos flojos para pedalear. Javier echa un vistazo hacia atrás y comprueba que nadie los sigue, que no hay ningún brazo desproporcionadamente largo y elástico que intente alcanzarles, que no hay trenes capaces de salirse de las vías y acercarse con sigilo detrás de ellos para sorprenderles, que los muertos no se levantan y que todas las leyes físicas de la naturaleza continúan intactas. Todo sigue igual, aunque impresione a dos niños estúpidos. Sin embargo, Javier tiene la impresión de que ha desencadenado alguna fuerza indefinible que les llevará a todos a la perdición.

La caravana flamea por la luz del sol allá a lo lejos. Es un reducto de seguridad, lejano y sereno, frente a un universo hostil. Sus padres les protegerán.

En cuanto llegan, aparcan las bicicletas descuidadamente y se derrumban en las tumbonas, exhaustos. Dolores les observa sorprendida. No se le escapa que los niños están taciturnos y, lo que es más sorprendente, no se pelean entre sí. Esto resulta tan prodigioso que es capaz de perdonarles los deberes mañana si no vuelven a las andadas de nuevo.

Pili permanece inmóvil, hipnotizada con el movimiento nervioso de un nido de hormigas, y Javier contempla

el cielo con rostro extático. Dolores percibe un gesto anormalmente maduro en sus expresiones, incluso un cierto envejecimiento en sus rostros, que se acentúa por ese silencio tan anhelado antes y tan desconcertante ahora.

«¿Habrá pasado algo?», se pregunta oteando el horizonte, hacia el pinar. Avanza unos pasos como si así pudiera ver mejor. Distingue el brillo metálico de las vías reluciendo al sol y la arboleda acuosa por el efecto de la fatamorgana, nada más. Si no fuera por la distancia y el calor, iría hacia allí para curiosear. ¡Qué narices! ¡Tiene tanto que hacer! Siempre tiene faena y nadie la ayuda, y ya es hora de preparar el sofrito.

Dolores entra sacudiendo la cortinilla de flecos. Desde afuera, los niños comprueban cómo la caravana se agita ligeramente con los movimientos enérgicos de Dolores al hacer su labor. Pili aprovecha la distracción de su madre para susurrar a Javier:

—¡Tenemos que decírselo! ¡Tenemos que irnos de aquí! ¡Quiero irme de aquí!

—¡¿Qué?! —exclama sorprendido como si Pili hubiera dicho una auténtica estupidez—. ¡Ni hablar! ¿Estás loca? ¡La bronca que nos meterían sería de órdago! ¡Nos castigarían! —Javier plantea su extraña lógica como aplastante e indiscutible—. ¡Tenemos que guardar el secreto!

—¡Me da igual! —El susurro de Pili se eleva hasta casi el volumen de voz normal. Javier se alarma y le hace señas para que no hable tan alto—. ¡Quiero irme!

—¡Cállate! —murmura Javier con un ojo en la cortinilla de macarrones por si asoma su madre entre ellos—. ¡Con no volver por ahí, asunto arreglado! ¡Total, ya solo nos queda una semana para regresar a casa!

—¿¡Una semana!? —A Pili se le antoja toda una eternidad. No podría resistir unas horas... una semana sería un suplicio—. ¡Se lo voy a contar a mamá!

Su tono de voz aumenta cada vez más.

—¡Shhh! —sisea Javier.

Por alguna razón que ni él comprende, no quiere compartir su secreto con nadie más. Al menos, no con un adulto. Sabe que está mal no decir lo que han visto, pero ese muerto conecta con un lado oscuro y desconocido en su alma que desea o necesita explorar. Si sus padres se entrometen entre él y su secreto, no podrá alcanzar ese conocimiento arcano o quizá esa parte tenebrosa en su alma que pugna por salir. Pese a que la situación le aterra tanto como a Pili, es capaz de encontrar cierta satisfacción en ese terror. Su descubrimiento hace que el mundo parezca un lugar más mágico, menos vulgar.

—¡Ya me parecía a mí! —La cabeza de Dolores emerge a través de los macarrones de plástico.

Javier entra en pánico ante la idea de que su secreto haya sido descubierto, como si le fueran a acusar de algún crimen horrible y el castigo fuera prácticamente la pena de muerte.

—¡Estabais demasiado tranquilos y ya estáis discutiendo otra vez! —exclama y, enseguida, vuelve a entrar al ver que se le quema el sofrito.

Javier debe pensar alguna excusa con rapidez. Quiere que su secreto le siga perteneciendo a él y solo a él. El desvelarlo implicaría su vulgarización. Si se descubren los trucos, la magia se desvanece y él dejaría de ser una especie de iniciado para convertirse en alguien corriente, en uno más del montón. Se siente cómplice de la muerte y eso lo deberá pa-

gar de alguna manera; aun así, no quiere ser alguien ordinario, sino un ser especial que posee conocimientos revelados de los que otros carecen. Quizá esa sapiencia sacerdotal que le permita mirar por encima del hombro a sus amigos, levantar la ceja y hablarles de forma indulgente sobre las verdades del mundo.

Y eso está a punto de romperse por culpa de la estúpida de su hermana.

—¡Si no te chivas, te compraré con mi paga los tebeos de *Esther* y *Lili* durante el resto del año! —susurra Javier—. Y te dejaré leer mis historietas de *Mortadelo* y *Tiovivo*.

Pili guarda silencio. Javier nota en su expresión la incredulidad de alguien que no confía en su palabra. No sabe cómo convencerla e intuye que será casi imposible después de haberla atormentado de forma rutinaria, simplemente por ser mayor y tener más fuerza.

—No te llamaré «loca del pueblo» nunca más y te ayudaré a hacer los deberes.

Javier intenta ser persuasivo; debe serlo porque él mismo cree que será capaz de cumplir lo que está prometiendo. ¡Desea tanto conservar su secreto, aunque sea un par de días más!

—¡Solo son unos días! —ruega Javier—. ¡Luego nos iremos y todo esto pasará!

—¿Y «rata» tampoco?

—¿Qué?

—¡Que si dejarás de llamarme «rata»!

—¡Sí, sí! —afirma convencido de sus propias promesas.

—¡Ni «Pilón» ni «Pilonga» ni «Pilotoncia»...!

—¡Que sí, que sí! —insiste.

Pili guarda silencio y frunce el ceño pensativa. No le convencen tanto las promesas de su hermano, que suenan demasiado buenas para ser ciertas, sino de sus represalias si rehúsa acceder. Sus padres no la protegerían de su ira y lo sabe. A su padre, siempre ausente, le interesan poco los dramas familiares y, si se le molesta con ellos, reacciona como un ogro que arrasa con todo. Y su madre, limpiadora frenética, siempre está demasiado agobiada y frustrada con sus quehaceres como para importunarla con problemas añadidos.

Apesadumbrada, Pili sabe que está a merced de un chico cinco años mayor que ella y que casi le dobla en peso y estatura. Por alguna razón que no comprende, ese muerto horrible tiene una importancia inestimable para él. Tal vez como una prueba de hombría que le sirva para presumir ante sus amigotes lo valiente que fue porque tuvo el valor de desafiarlo. Sospecha que hay algo más. Algo oscuro que crece dentro de él, algo cruel e indescriptible. Lo nota porque ella también lo siente. Es un oscurecimiento del alma que roe inmisericorde su inocencia y que añade una suciedad añadida al conocimiento. No a la manera de las ciencias que enseñan en el colegio, como los ríos de España o los números, sino una sabiduría mórbida, profunda y, definitivamente, malsana.

—¿Qué me tenéis que decir? —pregunta Dolores desafiante. Le extraña tanto que sus hijos no se peleen que casi tiene la necesidad de espolearlos para disipar el hastío.

—¡Javier no quiere ayudarme con los deberes! —exclama Pili para zanjar el asunto.

Javier lanza un suspiro de alivio.

Dolores aún no ha empezado a reorganizar sus palabras para regañarle, por simple rutina o efecto resorte, cuando interrumpe su discurso al advertir un vehículo que se aproxima.

Un coche y una caravana flamean al sol y se acercan lentamente a través del horizonte líquido. Dolores no sabe si alegrarse de que alguien rompa su rutina o molestarse. Manuel, que está tostándose al sol cerca de la laguna, se levanta parsimoniosamente, también intrigado por los visitantes, tal vez, intrusos. Comprueba que el vehículo tiene una matrícula alemana y, para su fastidio, constata que la caravana no solo es más grande y nueva, sino tan flamante y moderna que deja la suya como un bote de hojalata. El coche, además, es el Mercedes con el que siempre había soñado y que nunca había logrado conseguir. ¿Qué hará esa gente con tanta pasta en este lugar de mala muerte? Manuel comienza a rebuscar en sus neuronas todo el alemán aletargado que aprendió de joven, cuando viajó como emigrante *Gastarbeiter* en Stuttgart para trabajar en una fábrica.

El convoy se detiene a unos metros de donde están. Un hombre y una mujer, muy pálidos y desgarbados, salen del vehículo, sonriendo y saludando con la mano.

—*Guten Morgen!* —saluda Manuel, acercándose sonriente.

A los dos teutones se les ilumina el rostro. No solo los nativos parecen amigables, sino que manejan los suficientes rudimentos del lenguaje como para permitir la comunicación.

—*Guten Tag!* —responden sonrientes.

Manuel se sonroja, pues se ha dado cuenta de que les ha deseado «buenos días» cuando debería haberles dicho

«buenas tardes», siendo ya las dos. Ciertamente, su alemán está bastante apolillado.

Del coche se apean un niño y una niña tan rubios que resplandecen al sol. Pili contempla extasiada la belleza angélica de la niña de cabellos áureos, casi blancos, pues es justo como ella desearía ser.

Su padre y los dos extranjeros conversan en un idioma inteligible únicamente para ellos. Por el contexto, Javier y Pili entienden en las presentaciones que el padre se llama Wolfgang y la madre Frieda y los niños Tim y Gretchen, respectivamente. A Pili se le antojan nombres tremendamente exóticos. Claro, un bello ángel de ojos azules y cabellos como el oro no podría tener un nombre vulgar como el suyo. ¡Cómo desearía intercambiarse por esa niña! Seguro que es más lista y la quieren más. Y sin duda, podría hacer cualquier cosa, como cantar o ser actriz. Si Pili fuera como ella, podría ser quien quisiera.

Podría ser feliz.

Se acerca y se mira en la ventanilla del Mercedes: su piel parduzca, su pelo y ojos marrones, su cuerpo menudo y rechoncho le parecen defectos genéticos espantosos, casi teratológicos. Observa a la niña que, con aire ausente, contempla el paisaje con fastidio y ni siquiera se percata de su presencia, seguramente porque tiene algo de sobrenatural y no se molesta en percibir a los seres mundanos como ella. El niño, en cambio, no tiene la misma hermosura: su cabeza cuadrada, frente abombada y una cierta expresión desabrida, la repelen. Además, es un niño y los niños son antipáticos por definición.

Javier también les contempla fascinado, como si provenir de otro país equivaliera a pertenecer a otro planeta. Se

asemejan a ellos, pero no son como ellos. Hasta su lenguaje le resulta extraño, como si lo estuvieran inventando al momento de pronunciarlo. Para su sorpresa, su padre conversa con ellos con relativa fluidez y no solo es capaz de comprender lo que le dicen, sino que, además, puede emitir esos sonidos insólitos sin aparente sentido.

Manuel les ayuda de buena gana con el asentamiento, mientras Dolores saluda con cierta timidez a la mujer. Su alemán está más oxidado y no lo habla con la facilidad de su marido; aun así, es capaz de balbucear algunas palabras para mantener una tosca conversación.

Lo único que Javier y Pili pueden entrever de ese maremágnum de fonemas inconexos han sido sus nombres, que se han intercambiado en las presentaciones y poco más. Definitivamente, deben de ser de otro mundo.

La niña, por fin, se digna a mirarles. No hay desdén, tan solo displicencia, apatía, como si realmente no estuviera allí.

Absorta, Pili decide acercarse a ella, aunque sabe que la comunicación es imposible.

—¡Ale! ¿Por qué no vais a jugar al estanque? —exclama Manuel para quitárselos de encima.

Pili, sin hacer caso, pronuncia su nombre y se señala para presentarse ante el ser sobrenatural. Gretchen hace lo mismo, más por imitación que porque le interese tener una nueva amiga. Pili hace el gesto de mover los brazos, simulando una zambullida; luego, señala la laguna, invitándola a venir con ella. Gretchen se encoge de hombros, cosa que Pili no sabe cómo interpretar hasta que, desdeñosa, le da la espalda, ignorándola por completo.

Frustrada, Pili opta por irse sola. A fin de cuentas, ya está acostumbrada a la soledad. Agarra su toalla, sus tebeos de *Esther* y se aleja de allí. Javier, por su parte, prefiere montar en bicicleta para meditar sobre la nueva situación. Ahora, su secreto corre peligro de ser descubierto. Si a esos niños se les ocurre ir al pinar por su cuenta, se destapará todo y su vida volverá a ser tan vulgar y aburrida como antes.

Pasea con la bicicleta cerca de las vías, sin el valor de acercarse al pinar y mucho menos al cadáver. Si tuviera coraje, cogería la cámara Polaroid de su padre y le tomaría una foto que serviría de recuerdo. Ahora es un buen momento, pues su progenitor continúa distraído conversando con los alemanes. La idea de fotografiar al muerto se encalla en su cerebro de forma obsesiva. El mero hecho de deambular por los alrededores le produce temor y, de una manera que no comprende, también un intenso deleite. El muerto le da un cierto halo mágico al lugar; su presencia hace que todo sea más tétrico, especial y misterioso.

Su plan de coger la cámara continúa revoloteando de modo insistente en su cabeza. Si pudiera reunir el valor suficiente para hacerlo, tendría algo más que un recuerdo; sería la prueba ante sus amigos que corroboraría no solo que su experiencia es verídica, sino que tuvo la osadía de inmortalizar el suceso.

Indeciso, no deja de dar vueltas con la bicicleta, dejando huellas circulares sobre la tierra arenosa. Tener agallas para ambas hazañas no es sencillo. No tanto tomar prestada la cámara de su padre, cosa que ya ha hecho con otros de sus cachivaches muchas veces, sino hacerlo casi delante de él y volver al pinar para retratar a la muerte.

No hace ni una hora que se estremecieron de terror tanto él como su hermana y la idea le desasosiega. Por otra parte, ese pensamiento pertinaz le invade sin remedio. Siente que su secreto peligra ante la presencia de los intrusos y, tal vez, mañana vengan más. Si lo encuentran, lo reportarán a las autoridades y se acabará esa extraña magia ante lo prohibido. Es una especie de fascinación inexplicable que le aterra y atrae al mismo tiempo. Además, sin una prueba, ¿cómo le van a creer sus compañeros?

Javier vuelve al campamento. Sus padres continúan charlando con los recién llegados, los niños se han escondido en su caravana y su hermana se está bañando en el estanque. Si es rápido, lo podría hacer todo en menos de veinte minutos. Sabe que cuando sus padres comienzan una conversación, no sueltan la hebra fácilmente, aunque sea en alemán.

Aparca la bicicleta y entra en la caravana. Su padre, conociendo el exacerbado interés de su hijo por sus artefactos, tiene escondida la cámara, pero Javier sabe perfectamente dónde está. De hecho, tiene localizados todos y cada uno de sus preciados objetos, que explora y utiliza en la clandestinidad, a pesar de que están ocultos como tesoros.

Abre el armario y coge una caja pequeña. Su pulso se acelera, pero aún puede soportar su nerviosismo. Encuentra la cámara escondida entre unos papeles arrugados y la agarra tembloroso. En sus manos, se convierte en un organismo vivo y cómplice de lo que quiere hacer. La envuelve en una toalla para ocultarla sin pensar en su próximo paso. Prefiere moverse maquinalmente, sin prever lo que hará después, y se distrae pensando en otras cosas para que el temor no le paralice.

«¡No pienses! ¡Hazlo!».

Sale de la caravana y observa que todos siguen distraídos. Si tiene que hacerlo, debe ser rápido, muy rápido. Tararea una canción para tranquilizarse y sube a su bicicleta.

«¡Tiene que ser rápido!».

Si logra semejante hazaña, nadie podrá decir que es un cobarde. De hecho, seguramente ya no temerá nada y será capaz de enfrentarse a cualquier cosa.

Pero ahora tiembla.

Javier pedalea penosamente. El tiempo parece haberse ralentizado y la atmósfera es tan densa que resulta difícil moverse en ese calor agobiante. Empieza a jadear sin estar muy seguro si por el esfuerzo o por el temor.

«¡No pienses! ¡Hazlo!».

El bosque se va acercando, amenazante, retador. Su miedo y excitación se intensifican, electrificando su estómago y su espinazo en sacudidas intermitentes.

«¡Hazlo! ¡Hazlo!».

Echa un vistazo fugaz hacia la caravana. Su padre sigue de tertulia con los recién llegados. La novedad de su presencia le ha arrancado de su sopor primigenio y hasta parece inusualmente dicharachero.

Todavía tiene tiempo de hacerlo, pero Javier sigue dando vueltas en las inmediaciones de la pineda sin decidirse. No sabe cuándo su padre dejará de estar distraído para volver a su vigilia desconfiada hacia sus objetos más preciados, con la sagacidad de un centinela. Ya sabe que Javier siente una atracción fatal por sus pistolas y cachivaches electrónicos, que tiene a buen recaudo y bien ocultos. A pesar de sus precauciones, Javier, cual habilidoso saqueador de tum-

bas egipcias, es capaz de localizar su posición con relativa facilidad para apoderarse de ellos.

En el fondo de su corazón, preferiría que dejara de hablar para tener una excusa y volver. Pero no, parece que hay para rato.

«¡Ahora o nunca! ¡Ahora o nunca!». Se repite. «Es solo un momentito. Un minuto y estoy de vuelta. Una foto, nada más».

Javier no olvida el terror que sufrió hace apenas unas horas ante la presencia del muerto y la llegada del tren. «Tengo que tener valor. Tengo que poder enfrentarme... y debo hacerlo solo».

Se detiene frente al bosquecillo, que permanece en esa calma traidora del que oculta un terrible secreto camuflado en una inocencia fingida. Lo mira un buen rato y, sin darse más tiempo para pensar, se lanza hacia su interior a toda velocidad.

—¡Rápido, rápido! —dice en voz alta, jadeando—. ¡Ahora o nunca! ¡Ahora o nunca!

Su respiración es un resuello y, por mucho que se esfuerce en oxigenar sus pulmones, no consigue saciarlos. El corazón sacude su pecho hasta provocar un dolor insoportable. Pedalea con fuerza porque teme que, si no lo hace, caerá y no podrá levantarse más.

—¡Ahora o nunca! —No sabe si repite ese mantra en un grito o en un susurro—. ¡Ahora o nunca!

La bicicleta parece moverse por sí misma, como si sus músculos no la controlaran, sino al revés, y se dirigiera a lo profundo del bosque en una inercia irresistible, cortocircuitando su consciencia y sin tener que luchar contra dos voluntades que pugnan en su interior. Simplemente, se limita a

pedalear. Su cuerpo obedece a un automatismo ciego y su mente se convierte en un simple espectador del hecho, como en un sueño.

Detiene la bicicleta con brusquedad cerca del cuerpo putrefacto colmado de moscas y gusanos. A pesar de su olor ofensivo, se aproxima a él y lo contempla fascinado. Maquinalmente, y sabiendo que no hay vuelta atrás, coge la cámara y fotografía, por fin, al cadáver.

El chasquido lúgubre del aparato le despierta de su ensoñación y se sobresalta cuando brota el papel plastificado en blanco como una lengua burlona. Javier lo coge entre sus manos temblorosas y comprueba cómo emergen manchas indescriptibles, fantasmales. Incapaz de esperar a que se defina la imagen, coloca la foto en el bolsillo de su pantalón y se marcha tan rápido como le es posible, pues el pánico comienza a abrirse camino en sus entrañas otra vez.

«¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido!», piensa triunfal.

Javier coge su bicicleta y pedalea, frenético, mirando más hacia atrás que hacia delante. Sale del pinar sombrío en dirección a los vehículos que centellean al sol como si ardieran en llamas blancas.

Apenas nota el calor a pesar de sudar profusamente. Mientras pedalea, siente el pulso en sus sienes y su respiración, resonando dentro de su cabeza como un buzo sumergido a varios metros bajo el agua. De hecho, tiene la impresión de moverse demasiado despacio, como si la gravedad de la tierra hubiera aumentado y le absorbiera con la intención de impedir sus movimientos.

El campamento inalcanzable es lo más parecido al paraíso perdido. Una especie de refugio del que ha sido ex-

pulsado por sus malas acciones. ¿Y si ya no puede llegar hasta allí nunca más? ¿Y si por mucho que pedalee jamás alcanzará el único cobijo de este mundo desapacible?

Pero no.

Para su alivio, y a pesar de acercarse con lentitud exasperante, se aproxima cada vez más hacia el pequeño bastión levantado por sus padres, que continúan distraídos conversando con los extranjeros. Se asombra de que puedan tener tanto palique cuando en el núcleo familiar son casi monosilábicos. Su hermana está tumbada leyendo un tebeo de *Esther* y de los niños alemanes ni rastro. Probablemente, todavía estén dentro de su casa rodante, enfurruñados, porque sus padres les han traído a este páramo en medio de la nada.

Ya está cerca; solo queda dejar la cámara donde estaba sin que su padre se dé cuenta. Aparca la bicicleta detrás de la caravana para que no le vean llegar. Quiere evitar a toda costa llamar la atención. Únicamente, su hermana se percata de su presencia y le observa inquisitiva por encima de su tebeo. Entra con sigilo y deja la cámara donde estaba.

¡Todo ha salido bien!

Tiene la fotografía en el bolsillo de su pantalón sin atreverse a mirarla. Coge su *Vampus* favorito y, sin apenas mirar la foto, la coloca con cuidado entre sus páginas. Ahora ya tiene la prueba que necesita para demostrar que es un valiente ante sus amigos y ante sí mismo. Es un suvenir extraño que le hace sentir que el muerto es suyo, realmente suyo, y ya nadie se lo podrá quitar nunca.

Sale con su *Vampus* bajo el brazo. Lo agarra bien para que no se caiga la foto y se dirige al estanque. Su hermana lo mira suspicaz; sus padres, que han dejado de conversar con los forasteros en ese preciso momento, advierten de su pre-

sencia y le miran con una expresión indefinida. Durante una milésima de segundo, Javier está convencido de que le están leyendo sus pensamientos y, de alguna manera, conocen su secreto. Su corazón se agita como si fuera pillado *in fraganti*. Es una mirada neutra, aunque inquietante, porque parece reconocer lo que ve sin incorporar ninguna emoción. Su desasosiego se desvanece cuando, imbuidos en un mutismo melancólico, vuelven a sus quehaceres cotidianos.

Las tareas de sus padres se producen a piñón fijo, surgidas de la nada, sin necesidad de haber sido planificadas y sin objetivo aparente. Son, sin duda, un castigo divino para atormentar a los simples mortales con las mismas obligaciones diarias. Javier aún conserva el libro de mitología clásica que le regalaron en Reyes hace tres años y donde aprendió que en los infiernos griegos las almas en pena no ardían en un fuego eterno, sino que algunos castigos suponían la repetición de las mismas acciones a perpetuidad. Se acuerda especialmente de Sísifo, que tenía que subir una roca enorme por una colina y dejarla rodar para luego volver a empezar. Así se le antojan las rutinas de sus padres y las suyas propias: eternas y sin sentido.

Dolores entra en la caravana para lavar los platos y preparar la comida, mientras su padre revisa, por enésima vez, el motor de su auto, que debe de ser el más inspeccionado de todos los coches del mundo.

Los niños alemanes se asoman para otear los alrededores. Coordinados en sus gestos, hacen una mueca de disgusto al comprobar que han acabado en una especie de secarral. Javier y los niños cruzan sus miradas, con la impresión de que se han encontrado con seres de una galaxia lejana de vaga similitud física entre ellos.

—¡Hola! —musita Javier intentando comunicarse con los dos alienígenas rubios. Estos le escrutan como astronautas recelosos que no quieren salir de su cápsula por temor a ser atacados o infectados. Emergen lentamente con el rostro contrito y, para sorpresa de Javier, contestan con un lacónico «hola». Javier sonríe nervioso y, recordando las antiguas películas de Tarzán, se señala con su dedo índice y dice con timidez:

—Javier.

Los niños le miran, esbozan una sonrisa e, imitándole, se señalan mientras dicen sus nombres:

—Gretchen, Tim.

Javier sabe que ya no hay más que decir. Sus padres pueden hablar un alemán rudimentario que aprendieron en sus tiempos de emigrantes. De hecho, se conocieron en Alemania y se casaron allí. La nostalgia y las diferencias culturales les trajeron de vuelta a España sin preocuparse nunca de enseñarles las nociones básicas del idioma a sus hijos, en parte por pereza y, en parte, porque no le veían ninguna utilidad en hacerlo.

Javier se señala con el dedo y mueve los brazos para indicarles que va al estanque a nadar. Los niños se encogen de hombros y Javier no sabe muy bien qué quieren comunicar con eso. ¿Que están de acuerdo? ¿Que les importa un pito lo que haga?

Espera unos segundos para ver si hacen algún otro gesto, pero, al ver que se mantienen inexpresivos, se dirige a la laguna sin más.

Para su sorpresa, comprueba que los niños le siguen, hablando entre ellos muy quedo. Incapaz de entender ni una

sola palabra, tiene la impresión de que inventan los fonemas en el momento de ser pronunciados.

Javier se encuentra con Pili, que lee su tebeo. De hecho, lee de modo compulsivo y, cuando no lo hace, se dedica a ver la televisión. Pocas veces vive la vida real, quizás porque la realidad no tiene mucho que ofrecerle y solo es capaz de escapar de ella con su imaginación. Apenas tiene amigas y las que tiene son tan pavas como ella, o más, por el simple hecho de ser amigas suyas.

Pili levanta la cabeza por encima de su *Esther* y comprueba que se acercan los niños alemanes. Sus cabelleras rubias flamean al sol como dos ángeles y eso le hace sentirse terriblemente vulgar. ¿Por qué no puede ser bonita como esa niña? Seguro que es admirada por otros niños, seguro que no tiene problemas, seguro que aprueba sin estudiar...

—¡Pili! —Su hermano la saca de sus pensamientos. A él, ni lo había visto. Solo le da disgustos y prefiere olvidarse de que existe. Así es que, sin contestar, se limita a mirarle con fastidio.

—¿Qué lees? —pregunta Javier, que no sabe muy bien qué decir.

No desea estar solo con sus pensamientos, pues le angustia acordarse de su aventura anterior. Todavía no se atreve a mirar la fotografía del muerto, que ni siquiera sabe cómo ha salido, y ahora le da cierta aprensión hacerlo.

Al ver que Pili no contesta, se dedica a observar a los niños alemanes que se meten en el agua, hablando quedamente en esa lengua extraña y hasta parecen llevarse bien. Pese a que el niño es mayor que su hermana, no hay peleas ni rivalidades y eso le provoca una leve punzada de remordimiento.

Javier se sienta en la hierba con el *Vampus* en las manos. El extremo de la fotografía sobresale de sus páginas sin que desee verla todavía. Se queda embobado ante la portada del cómic sin abrirlo. En la tapa se representa a un hombre postrado junto a una pared, donde asoma el cadáver putrefacto de una mujer y, sobre su hombro, un gato negro tuerto, cuyo único ojo brilla, maligno, en busca de venganza. «Venganza. La venganza de los muertos», y esa idea le estremece.

A Pili no se le escapa el comportamiento sospechoso de Javier, que parece más taciturno de lo normal. ¿Qué habrá pasado? ¿Trama algo? No puede evitar una cierta inquietud ante su presencia. Cuando siente que la realidad la avasalla, intenta aplacarla con sus tebeos, cuentos, películas y ensoñaciones, aunque, en esas vacaciones tan raras, nada de eso funciona. Observa a los niños alemanes que nadan plácidamente sin apenas hacer ruido; no chapotean frenéticos entre chillidos histéricos como lo hace ella. Pili se pregunta si todos los niños nórdicos son así: educados, silenciosos, casi fantasmales...

Distraída, arranca una espiga de avena fatua y pela su semilla hasta que una pelusa rubia centelleante por el sol emerge de su vaina. La simiente le resulta tan linda que se le antoja una alevilla afelpada, un hada en miniatura que pudiera concederle deseos. ¡Si al menos pudiera tener el pelo amarillo, quizás las cosas podrían ir mejor!

—¡A comer! —grita Dolores desde la caravana. A pesar de la lejanía, el grito retumba con tal fuerza que la despierta de su ensimismamiento.

Pili y Javier se levantan como accionados por un resorte. Saben que a su madre no le gusta que le hagan esperar y aún menos a su padre.

Cuando se sientan a la mesa, los espaguetis ya están servidos. La salsa está aguada sin que eso importe mucho a Javier, pues le encanta rebañar el pan en ella.

Pili se acuerda del relato que leyó en el *Reader's Digest* sobre aquel niño traumatizado, incapaz de comer espaguetis porque le recordaban el cráneo de su hermana abierto y con los sesos esparcidos. Se le pasa el hambre de golpe; incluso siente una punzada de náusea. ¿Será verdad que dentro del cráneo tenemos un cerebro parecido a espaguetis enrollados?

—¿Qué pasa? —rezonga Dolores—. ¿No le gusta la pasta a la señorita?

Pili sabe que será casi imposible dejar el plato sin comer. Sus padres van a utilizar toda la fuerza coercitiva posible para que se lo acabe. Ya ha pasado otras veces y suponen miles de horas de súplicas, ruegos, promesas, amenazas y gritos e, indefectiblemente, se mencionan a los niños pobres de África para que se sienta culpable.

La experiencia resulta tan penosa que es mejor engullir que pasar por ese suplicio. No es capaz de entender esa insistencia; cuando se mira al espejo, lo único que ve es a una niña gordita que debería comer menos. Aun así, hace un esfuerzo e intenta pensar en otra cosa mientras coge una hogaza de pan que le ayude a deglutir.

—¡Manuel, pon el telediario!

La recepción es mala, aunque suficiente como para enterarse de los informativos. La voz del locutor es la única que se escucha en esa reunión familiar. Todos saben que a

Manuel no le gusta que interrumpan sus noticias y estas siempre acaban presidiendo la velada.

Un alarido lejano les alerta. Piensan que procede del receptor, pero los gritos se agudizan y forman palabras ininteligibles.

—¿Se estarán peleando los alemanes? —murmura Dolores.

Manuel se levanta para ir a ver qué ocurre; Dolores le sigue y Pili aprovecha para meter en el cazo parte de los espaguetis, ante la mirada reprobatoria de su hermano.

Los gritos continúan y Javier, movido por la curiosidad, sale para ver qué pasa, no sin un buen trozo de pan en la mano, que mastica ávidamente.

—¡Pili! ¡Sal, deprisa! —llama de pronto, angustiado y dejando de mascar.

—¿Qué pasa? —pregunta Pili, temerosa.

—¡Corre, ven! —grita Javier con la boca llena.

Pili se asoma lentamente y comprende por fin la razón de los gritos: Wolfgang, el padre, sostiene entre sus brazos a la niña, empapada y muy pálida, más de lo normal. Tiene los cabellos rubios apelmazados por la humedad y una expresión extraña, como de angustia petrificada. La madre grita de manera incomprensible mientras el niño, que solloza desconsolado, está tan encogido que parece más pequeño e indefenso.

Manuel les habla en esa lengua extraña para tranquilizarlos o para obtener información. El corazón de Pili se acelera en su pecho ante el drama que acontece delante de sus ojos sin poder apartar la vista de la niña: esa palidez, esa mueca tan rara... «¿Está muerta?». Y esa pregunta, que se hace a sí misma, es como una alarma en su cabeza que chilla

en su propia mente. «¡Muerta!». También la muerte se lleva a las niñas bonitas y las convierte en algo feo, en algo inmundo.

—¡La niña se ha ahogado en el embalse! —exclama Manuel a Dolores, sacando a Pili de sus pensamientos.

—¿Cómo es posible, si no cubre? —El tono angustioso de sus padres inquieta todavía más a Pili. Si al menos guardaran la compostura, la situación no resultaría tan horrible. Tiene tanto miedo que vuelve a la caravana a refugiarse. Ya no quiere ver ni saber más.

—Creo que aún tiene algo de pulso. Voy a acompañarlos al hospital. No saben dónde está y tampoco hablan español. ¡Me voy con ellos!

—¡Ay, Manuel! ¿Seguro?

—¡Tengo que ayudarles, mujer! ¡No puedo dejar que esa niña la palme!

—¡Tienes razón! —gime Dolores al borde de las lágrimas.

Javier observa la escena con una mezcla de fascinación y horror. Es casi el mismo impacto que sintió al ver al muerto por primera vez. El lugar debe de estar maldito y atrae las desgracias...

—¡Tendrás que quedarte sola con los niños un tiempo! ¡No sé cuándo volveré!

—¡Pero Manuel...! —exclama Dolores horrorizada ante la idea de quedarse como cabeza de familia en semejante páramo. Si por ella fuera, se irían todos a casa, que se le antoja el lugar más seguro del mundo.

—¡No te preocupes, mujer! ¡Volveré en cuanto pueda! Me llevaré el coche y ellos me seguirán con el suyo; así podré volver en cuanto les deje en el hospital.

Antes de que Dolores pueda continuar quejándose, Manuel se ha metido en su vehículo, mientras los alemanes le siguen en el Mercedes, alejándose como una exhalación.

Pili gimotea impresionada por lo ocurrido. También tiene ganas de irse a casa, pero no osa quejarse. Sabe que a sus padres les irritan sus quejas, especialmente cuando se les ve tan inquietos. Dolores continúa oteando el horizonte, aunque ya hace rato que los coches se han desvanecido; la polvareda se va asentando y ya solo queda el eco de la tragedia en el éter. Las espigas amarilleadas por el sol, el suelo reseco, la atmósfera asfixiante por el calor parecen cómplices, tal vez, inductores de un crimen.

Dolores mira, desolada, el paisaje árido y el campamento abandonado de los alemanes. Ahora están atrapados en un erial dejado de la mano de Dios. ¿Por qué se le ocurriría a Manuel este lugar?

—¡Mamá, tengo miedo! —gime Pili, que se asoma tímidamente tras la puerta.

Dolores despierta de su trance para reparar en su hija, pero no le contesta —tampoco sabe muy bien qué decirle— y vuelve a contemplar la lontananza con expresión ausente.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —solloza Pili intentando llamar su atención.

Dolores la mira con fastidio.

—¿Cómo que nos tenemos que ir de aquí? Ya ves que no tenemos coche y, aunque lo tuviéramos, de sobra sabes que no sé conducir.

Javier se sobresalta. Sabe que su hermana está a punto de revelar su secreto y, si lo hace, serán castigados. Pili se arriesga porque intuye que hay una maldad intrínseca en el lugar. Primero, el hombre atropellado por el tren y ahora la

niña alemana... Si la desgracia no ha respetado su increíble belleza, el destino no perdonará a los mediocres como ellos. Algo o alguien vendrá a castigarles justo ahora que no se pueden escapar. Al menos, se siente en la obligación de advertir a su madre para que esté prevenida. Ya no puede soportar ser la única persona en alerta o se volverá loca.

—¡No le hagas caso! —Tras el desprecio en sus palabras, hay una urgencia que no se le escapa a Dolores—. ¡Está loca!

Dolores frunce el ceño.

—¿Qué pasa aquí?

—¡Hay un muerto en el pinar! —estalla Pili entre el alivio de haber soltado el lastre y el temor ante la reacción de su madre... y su hermano.

—¡Chivata de mierda! —masculla Javier, conteniéndose para no darle una colleja de las suyas.

—¡¿Qué dices?! —exclama Dolores entre asombrada e incrédula. No sabe si alarmarse o dejar de prestar atención a sus chiquilladas.

La idea de que tendrán que pasar el día entero, y quizás la noche, los tres solos en ese lugar desolado, le impulsa a insistir:

—¡Hay un muerto en el pinar! ¡Cerca de las vías!

—¡¿Y tú cómo sabes eso, mocosa?! —pregunta exasperada Dolores.

—¡Lo vimos ayer! ¡El tren lo ha debido atropellar o algo así! —gime desesperada—. ¡Tenemos que irnos o el tren también nos cogerá a nosotros!

—¿Qué estás diciendo?

La mente de Dolores intenta organizar semejante información sin sentido. Tal vez sea cierto que su hija se ha vuelto loca.

Para horror de Pili, un tren se acerca por la lontananza en la línea del horizonte, muy lejos, rompiendo la frontera entre el cielo y la tierra como una cremallera sin fin. Esa mirada ida, de absoluto terror, inquieta a Dolores. Hay algo en el temor ajeno que resulta contagioso, aunque se ignore el motivo. Comprueba que Javier, al igual que ella, está angustiado. Reconoce en su expresión un gesto de culpa como si hubiera hecho alguna de las suyas.

—¡¿Qué está pasando aquí?!

Agarra a Pili por los hombros y se pone a su altura para mirarla a los ojos.

—¡Venga, ahora me vas a explicar lo que ocurre desde el principio!

Nota el temblor de Pili, que intenta contener su pánico.

—Ayer... —Su voz entrecortada y débil se quiebra a cada sílaba—, Javier me dijo que había visto algo en el pinar y que quería enseñármelo. Cuando llegamos, había un señor muerto cerca de las vías.

—¿¡Cómo!? —Dolores zarandea a su hija—. ¿Por qué no lo habéis dicho antes?

—¡Javier no quería! —Pili solloza. Su cara se llena de lágrimas y mocos—. Decía que era como un secreto entre nosotros.

Dolores contempla horrorizada a Javier. ¿Ese pequeño monstruo es hijo suyo? De repente, le parece un desconocido. ¿Cómo pueden dos críos guardar un secreto así? Al

menos Pili ha reaccionado con temor; en cambio, Javier solo está preocupado por no recibir un castigo.

—¡Dios mío, Javier! ¿Por qué no querías que lo supiéramos? ¿Por qué querías guardar un secreto tan horrible?

Javier se encoge de hombros. Intenta buscar en su cabeza alguna excusa sin encontrar ninguna lo suficientemente creíble: ¿Para presumir de valiente delante de sus amigos? ¿Para desafiar a la muerte? ¿Porque le produce una emoción nueva contemplar a un muerto? ¿O porque es algo prohibido, algo que no debe hacer...? No lo sabe.

Dolores intenta despertar de su estupor para tomar las riendas de la situación antes de que el caos les domine por completo.

—¿Dónde está? —pregunta con una firmeza y un control que no siente—. ¡Llevadme hasta allí!

Javier y Pili se miran estupefactos. No esperaban que su madre les pidiera eso y, de alguna manera, la idea de volver les resulta intolerable.

—Pero... —balbucea Javier—, es que...

—Cuando vuelva tu padre, tendremos que decírselo, que para eso es guardia civil. Habrá que dar parte... testificar a la policía.

«La policía». Esa palabra hace temblar a los niños. Y su padre... seguro que se pondrá furioso y les castigará. Todo lo que Javier temía se está cumpliendo y será por culpa de la chivata de su hermana. Siente unas ganas irrefrenables de agredirla. La imagina como un *punching-ball* humano y él pegándole en una ráfaga rápida e interminable de puñetazos como en los dibujos animados.

—¡Bueno...! —La voz de Dolores le despierta de sus ensoñaciones—. ¿A qué esperáis? ¡Llevadme hasta allí!

—¿Ahora? —pregunta Javier entre sorprendido y horrorizado.

Pili no puede pronunciar palabra, espeluznada ante semejante idea.

—¡Ahora! —ordena Dolores con una convicción que no siente y casi arrepentida de tal exigencia.

—¡Tengo miedo! —murmura Pili.

La verdad es que Dolores no quiere dirigirse hacia allí. Son solo tres almas solitarias en un páramo horrible. La idea le aterra y busca en su mente alguna excusa para no ir. No obstante, su irritación y orgullo la obligan a mostrar una valentía que no siente. Quiere castigarlos y no se le ocurre mejor manera que forzarles a acompañarla. Analiza intensamente la posibilidad de abortar la operación: «¿La comida se enfría? ¡Qué estupidez! ¿Quién podría comer ahora? ¿Es tarde? ¿Esperaremos a vuestro padre...?». No es capaz de encontrar una excusa de peso para evitarlo y nada más pensar en lo que van a hacer, siente náuseas.

—¡Bueno! ¿A qué esperáis? —espeta intentando disimular el temblor de su voz.

Javier comienza a caminar con paso vacilante y gesto fastidiado. Dolores le sigue y Pili, pensativa, permanece inmóvil unos segundos, pero la idea de quedarse sola en la caravana la desasosiega tanto que decide acompañarlos.

Los tres caminan en silencio, muy despacio, arrastrando los pies. El calor inmisericorde no es suficiente para dejar de sentir escalofríos.

Dolores se mueve con lentitud; sus miembros se han compactado en un bloque de cemento. Inesperadamente, nota la calidez trémula de Pili que la coge de la mano. Javier, en cambio, se aleja con la cabeza ladeada, las manos en los

bolsillos y, de tanto en tanto, le va dando patadas a las piedras, mientras hace grandes aspavientos de fastidio con los hombros.

El pinar está cada vez más cerca. Visto desde lejos, el bosquecillo, supuestamente ralo y desangelado, muestra una cierta profundidad, casi negrura en su interior, que contrasta con el rozagante sol de la tarde, todavía alto en el cielo.

La pineda ofrece una tenue sombra que bailotea en el suelo al son de la brisa sin que llegue a reducir el calor sofocante. Las moscas runrunean furiosas, volando en espiral, y las cigarras chirrían en una letanía inmisericorde.

La respiración de Dolores se acelera, mientras nota cómo el zumbido de su sangre se espesa en sus sienes. Nunca ha visto a un muerto. Ni siquiera fue al entierro de sus padres, que fallecieron cuando aún vivía en Alemania, y se sintió ruin al alegrarse de no tener que ir al sepelio, ya que su aprensión ante cualquier cosa relacionada con la muerte le supera. Entonces, ¿qué está haciendo ahí? Además, si ha sido atropellado por el tren, el cadáver debe de estar destrozado y putrefacto. Nada más pensarlo, siente náuseas. ¿Por qué ahora? ¿Por qué a ellos? ¿Por qué justo aquí? Dolores está a punto de decirles que le da igual. Que les cree y que ya encontrará la Guardia Civil lo que tenga que encontrar. Que todo esto no hace falta en absoluto y que pueden volver... cuando Javier se detiene cerca de la caseta y murmura con voz casi inaudible:

—¡No puede ser!

Ni Dolores ni Pili le entienden, ensimismadas en su propio temor, hasta que Javier repite en voz más alta:

—¡No puede ser!

—¿Qué no puede ser? —pregunta Dolores, irritada. En estos momentos, le molesta tener que prestar atención a algo que no sean sus propios pensamientos.

—¡El muerto no está! —gime Javier con el rostro descompuesto y los ojos muy abiertos.

—¿Qué dices? —El enojo de Dolores llega al borde de la frustración.

—¡Estaba aquí! ¿Verdad, Pili? —Javier intenta encontrar en su hermana a una cómplice, a alguien que corrobore que no está loco.

Pili no contesta, no puede. El terror ha congestionado tanto su garganta que le resulta imposible emitir ningún sonido. Su cerebro, en cambio, intenta procesar la situación a toda velocidad: ¿Se habrá marchado? Le aterra pensar que el difunto se haya levantado y ahora esté al acecho, esperando el momento oportuno para atacarlos.

Dolores está desconcertada; el terror de sus hijos es real, pero toda esa historia de un muerto putrefacto que se ha desvanecido es absurda. ¿Se habrán vuelto locos?

—A ver, Javier... —Dolores intenta, en vano, mantener la calma—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Había un muerto al lado de la vía, cerca de la caseta. Pero... ¡ya no está! —dice Javier al borde de las lágrimas. Gira la cabeza obsesivamente, intentando orientarse, buscando con la mirada perpleja un cadáver inexistente.

—¿Estás seguro de que estaba muerto? —Dolores intenta razonar. No parece que mientan, aunque tampoco tiene sentido lo que dicen—. ¡A lo mejor estaba dormido y se ha ido!

—¡Mamá...! —gime Javier—. ¡Estaba con las tripas al aire, lleno de moscas y gusanos!

Dolores siente un estremecimiento. Resulta tan difícil actuar como una adulta sensata cuando lo que de verdad quiere hacer es esconderse en un rincón y explotar en llanto desesperado.

—Bueno, pues habrá venido la policía y la ambulancia y se lo habrán llevado.

La explicación no resulta convincente, pues los habrían visto. En la soledad absoluta del páramo, no pasarían desapercibidos. Sabe que donde están no hay nadie...

«El problema no es que no haya nadie», solía decirle su padre. «El problema es que sí lo haya...». «¿Alguien más aquí?», se pregunta, «¿pero, dónde? Esto es un erial. Nadie puede esconderse aquí... excepto... excepto en el pinar mismo. ¿Tal vez en la caseta?».

Dolores dirige la mirada hacia la ruina siniestra. ¿Y si hubiera un intruso ahí, justo en estos momentos? Imagina a una sombra con ojos, agazapada, vigilándolos. Se pregunta si alguien los observa y un golpe eléctrico de angustia la invade. Lo peor es que debe disimular delante de los niños, no puede hacer una escena... pero tiene tanto miedo...

—¡Vámonos! —espeta mientras da media vuelta.

Los niños la siguen en silencio. Dolores hace un esfuerzo por controlar sus emociones, aun así, no puede evitar que su paso vacile por el temblor incontrolado de sus piernas. Dejan atrás el barracón con la sensación de que las cuencas vacías de las ventanas les observan, aviesas. Por puro instinto, intenta ser sigilosa, pero la gravilla y las agujas secas de los pinos crujen y la delatan. «Nadie podría haber venido aquí sin coche, ¿no?», piensa. «No pasaría desapercibido, ¿verdad?». Dolores, sin darse cuenta, acelera todo lo que su pánico le permite.

—¡Tranquila, tranquila! —se susurra a sí misma con la esperanza de que no la oigan los niños.

Advierte que Javier tiene una expresión desconcertada, aunque le preocupa más Pili: en sus ojos desorbitados se vislumbran indicios de locura.

—A campo abierto, en nuestra caravana, estaremos bien —se dice para tranquilizarse—. Al menos, podremos ver lo que se avecine.

Dolores no quiere ni pensarlo. Solo quiere alejarse de allí. «Los críos se han confundido, seguro. Piensan que se han topado con un muerto y a saber qué habrán visto... Pero se les ve tan convencidos...».

Ya fuera de la pineda, ven que el sol declina suavemente. Dolores sabe que apenas quedan unas pocas horas de luz y luego se quedarán a merced de la noche.

«¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Mierda! ¡Mierda!».

Mentalmente grita toda suerte de improperios al tiempo que intenta no perder la razón. Mira hacia atrás para comprobar que nadie los sigue. En el pinar hay sombras cimbreantes, aunque ninguna que parezca una figura humana; tampoco hay nada amenazador o fuera de lugar. Dolores respira más tranquila al comprobar que no hay nada anómalo alrededor del campamento. «¿Y dentro de la caravana? ¡No, no, no, no! ¡Seguro que no! Todo esto no es más que un estúpido malentendido. ¡Métete esto en la cabeza, Dolores: en este horrible páramo no hay más que hierbajos secos y bichos!».

Los tres jadean. Sin darse cuenta, sus pasos están a un tris del galope. ¿Cómo se le ocurrió la idea de ir hacia allá? ¿Estaban en peligro? ¿Lo están ahora?

A medida que se van acercando, se sienten desfallecer como si fuera imposible llegar. Dolores siempre se dice que hará más ejercicio porque sus músculos están flácidos y ahora apenas soporta la tensión y el trote nervioso de sus pasos. Sus pulmones arden por el aire que entra demasiado rápido, demasiado caliente...

Javier se adelanta corriendo y entra el primero en la caravana. Pili y Dolores le siguen a trompicones y, antes de derrumbarse sobre los sillones alrededor de la mesa, Dolores cierra la puerta de golpe. Javier registra entre sus cosas y, cuando encuentra uno de sus viejos *Vampus* releído mil veces, busca con intensidad entre sus hojas.

—¡Ay! ¡Este no es! —masculla entre dientes.

Coge otro cómic con idéntico frenesí.

—¡¿Qué buscas, Javier?! —pregunta irritada Dolores.

—¡Te voy a demostrar que lo que te he dicho es verdad! ¡Ahí había un muerto!

A Pili le resulta extraño que Javier quisiera preservar su secreto a toda costa y ahora esté desesperado por que le crean.

—¿Qué quieres decir con que me lo vas a demostrar? —El ceño de Dolores está tan fruncido que es imposible arrugarlo más.

—¡Aquí está!! ¡Mira, le hice una foto con la Polaroid de papá!

Dolores, confusa, toma la fotografía con manos temblorosas. «¿Foto? ¿De qué habla este mocoso? ¿Se ha vuelto loco?». Observa la instantánea, recelosa, intentando comprender...

—Le hice una fotografía porque quería enseñársela a mis amigos del cole.

Dolores abre desmesuradamente los ojos, asombrada. «¿Qué narices dice este niño? ¿Qué clase de aberración han parido mis entrañas? ¿Hacerle fotos a los muertos para luego presumir delante de sus amigos?».

Dolores está demasiado entumecida como para reaccionar ante lo que acaba de oír, hasta que en su cabeza resuena un contundente: «¡Tu hijo es un monstruo!».

Dolores analiza el rostro pubescente de su hijo, aún aniñado, de rostro dulce y expresión suave... No se atisba ningún gesto demoníaco en sus facciones, sino el mismo candor infantil, la misma inocencia de siempre y eso es lo más escalofriante de todo. Le horroriza que sus hijos hayan ocultado la presencia de un cadáver y que Javier, además, lo haya retratado como si fuera un suvenir o un trofeo.

Abrumada, toma la fotografía entre sus manos trémulas. Hay una imagen borrosa y oscura en ella, como un montón de trapos acumulados de mala manera, y es imposible distinguir qué es. Por suerte, la fotografía no resulta una prueba definitiva de lo que dice. No es más que una mancha aleatoria. Podría ser cualquier cosa: un montículo de arena, mantas...

Dolores tiene la esperanza de que todo sea un error. Se niega a aceptar que no solo ha parido a un engendro perverso, sino que ha convivido con él sin que se diera cuenta. Al menos, Pili parece arrepentida y atemorizada. Javier, en cambio, tiene una extraña actitud; está agitado, aunque no muestra la reacción normal que tendría un niño ante una situación tan macabra. Dolores intenta racionalizar lo que ocurre para tranquilizarse: Javier no es un monstruo, sino que, fruto de la ignorancia e ingenuidad propias de la niñez,

tiene una curiosidad infantil por la muerte sin la malicia de los adultos...

—¡No distingo lo que hay en esta foto, Javier! ¡Está muy borrosa!

Dolores espera a que Javier le diga que todo ha sido una broma o una confusión y pueda respirar, por fin, aliviada.

Javier coge la fotografía y la observa detenidamente por primera vez. Le decepciona que la imagen esté tan desenfocada; aun así, encuentra reconocible al muerto y hasta consigue distinguir sus facciones.

—Pero...

—¡Basta!! —exclama Dolores irritada—. Creo que os habéis confundido. Habréis visto un perro muerto y, como estaba muy descompuesto, os habéis pensado que era una persona. ¡Estas cosas pasan! Sois muy críos y no sabéis nada de la vida.

Dolores dice estas palabras más para convencerse a sí misma que a los niños. Pili está deseando creer lo mismo y que lo que ha visto no era realmente una persona muerta.

—Entonces, ¿por qué no hay nada allí? —pregunta Javier enojado—. ¡Debería haber algo!

—¡Se lo habrán comido las alimañas! ¡No sé!

—¡Estaba allí esta mañana, mamá! ¿Las alimañas comen tan rápido? ¡Además, aquello era un hombre! ¡Estoy seguro!

—Mira, Javier, no tengo ganas de discutir. No dudo que viste algo, pero no es lo que crees. Estoy cansada y tengo calor. Me voy afuera. Esto es un horno.

La caravana polariza el calor que se concentra en sus paredes metálicas, acrecentando su agobio. Primero sale Do-

lores y se sienta en la silla plegable. Después, Pili y Javier la siguen en silencio, desconcertados. Pili espera que su madre tenga razón. Le da lástima pensar en un pobre perrito atropellado, pero, al menos, no le da miedo. ¿Y por qué le aterra tanto una persona muerta? Tal vez porque la imagina capaz de levantarse y buscar venganza como en los tebeos de terror de su hermano. «¿Vengarse de qué? ¿De que nosotros estamos vivos y él no? ¿De no haber respetado su muerte...? Hemos sido malos y nos lo hará pagar. Nos enviará al tren para que nos aplaste o vendrá a buscarnos...».

Pili se levanta y escudriña el desolado campamento de los alemanes, con la mesa y sillas puestas y con algunos enseres como si hubieran estado a punto de comer. Todo ha quedado abandonado, al igual que en esas películas de cataclismos en que la tierra ha sido devastada o sus habitantes se han volatilizado.

Sin que Javier y Dolores se den cuenta, se aproxima y se asoma prudentemente a través de la puerta para explorar el interior, como si no se acabara de creer que se han marchado y estuvieran en algún rincón, agazapados.

Le llama la atención la cocina: hay esparcidos algunas latas y paquetes cuyas marcas exóticas no reconoce. Encuentra galletas de chocolate y una tarrina de mantequilla que no han tenido tiempo de meter de nuevo en la nevera. Pili reúne el valor necesario para entrar con la mayor cautela posible. Lo inspecciona todo sin moverse mucho, hasta que encuentra sobre la litera un lote de libros que, por los vivos colores y las ilustraciones, deduce que son para niños. Se acerca y coge uno de los cuentos cuyos dibujos tienen una apariencia antigua, con unos animales de granja viviendo en perfecta armonía.

Lo deja a un lado y toma otro cuya portada la estremece: la ilustración de un niño subido a un pedestal con unas melenas y unas uñas muy largas, con los brazos separados del cuerpo y con una expresión triste y desafiante a un tiempo. Pili lee el título por si le pudiera dar una pista: *Der Struwwelpeter*, pero no es capaz de entender lo que quiere decir.

Abre el libro, expectante, y vuelve a ver el dibujo de la portada con el niño melenudo abriendo sus brazos y piernas completamente separados del cuerpo e intenta descifrar lo que pone: *Sieh einmal, hier stehter, Pfui! der Struwwelpeter!* ¡Nada! Es como si hubieran puesto las letras de manera aleatoria. No hay ninguna palabra comprensible.

En la siguiente página, un niño horrible se dedica a matar animales y algunos yacen muertos a sus pies. Vuelve a hacer un esfuerzo para interpretar las palabras: *Der Friederich, der Friederich, Das war ein arger Wüterich! Er fing die Fliegen in dem Haus. Und riß ihnen die Flügel aus.*

Frustrada por la imposibilidad de entender los relatos, sigue pasando páginas hasta llegar al cuento de una niña que arde en llamas y se convierte en cenizas mientras dos gatos lloran, literalmente, ríos de lágrimas. Por mucho que intente usar su imaginación, es incapaz de hilar la historia. Intuye que son chicos que han sido escarmentados por su maldad. ¿Qué habrán hecho?

Al pasar a la siguiente página, se impresiona ante la ilustración que representa a un hombre de largas melenas y grandes tijeras cortándole los dedos a un niño. El torturador es una mezcla de bailarín de ballet y demonio, que esboza una rabiosa expresión de placer al mutilar al muchacho. La lámina la sobrecoge: *Bauz! da geht die Türe auf, Und herein in*

schnellem Lauf. Springt der Schneider in die Stub' Zu dem Daumen-Lutscher-Bub. Weh! Jetzt geht es klipp und klapp. Mit der Scher' die Daumen ab, Mit der großen scharfen Scher'! Hei! da schreit der Konrad sehr.

«*Klipp und klapp*» es lo único que Pili cree entender. El sonido de las tijeras al cortar los pulgares. «*Klipp und klapp...*». Siente un tremendo escalofrío al pensarlo. «Eso debe de doler mucho», piensa. Y lo peor no sería el dolor, sino la aparición de una criatura que, con su presencia pavorosa, haría enloquecer de terror a cualquiera. *Klipp und klapp...* ¿Y qué haría ese monstruo con los dedos amputados? ¿Los tendría guardados como pequeños trofeos para contemplarlos de vez en cuando, regocijado por su hazaña?

—¡Pili! —El bramido de su madre, que la busca, la sobresalta. Cierra el libro de golpe y camina torpemente dando tropezones—. ¡Sal de ahí! —grita Dolores—. ¡Como rompas algo, lo tendremos que pagar y solo nos faltaría eso! ¡Y ni se te ocurra coger nada!

Pili sale de la caravana muy pensativa. Todos esos críos del libro habían sido castigados severamente porque hicieron alguna fechoría horrible. Ella y su hermano acabarán como esos infelices. Incluso es posible que alguien les pinte en un libro parecido y aparezcan retratados sufriendo horripilantes tormentos, con gesto neutro y con esa oblicuidad bidimensional de las ilustraciones antiguas. Les representarán corriendo por el campo, gritando, con los brazos y las piernas muy separados del cuerpo, perseguidos por una locomotora de rostro maléfico y con un muerto asomado por una ventanilla. Debajo, habrá unas letras impresas en una lengua incomprensible, como un jeroglífico, que explique su

historia y que servirá como entretenimiento para rubicundos niños alemanes.

Dolores cierra la puerta para evitar tentaciones, pues le encantaría cotillear igual que su hija.

—¡Juguemos al parchís! —La exclamación de Dolores interrumpe los pensamientos de Pili—. Así nos entretendremos un poco.

Pili y Javier se sientan bajo la gran sombrilla. Dolores coloca la tabla de parchís y los cubiletes, mientras Javier distribuye las fichas de modo maquinal.

—¿Queréis merendar? Casi no habéis comido hoy.

Los niños no contestan. Están como absortos, cansados.

—¡Bueno! ¡Sacaré unas galletas y el chocolate por si os da hambre luego!

Se asignan los colores que siempre son los mismos: Pili, el amarillo; Javier, el azul, y Dolores, el rojo. Dolores deja el paquete de galletas María y la Nocilla sobre la mesa y luego coge el cubilete.

—Si no empezáis vosotros, empiezo yo. —Dolores hace rodar el dado—. ¡El cinco! ¡Estoy de suerte!!

Con felicidad artificiosa saca dos de sus fichas y las coloca sobre la casilla de entrada. Al ver que Javier está paralizado, le hace un gesto indicando que es su turno y este agita el vaso con expresión abstraída, para luego lanzar el dado con desinterés.

—¡Un dos! ¡Vaya, no te preocupes, ya saldrás en la próxima! ¡Te toca, Pili!

Esta zarandea su cubilete con mano temblorosa para luego dejar rodar el dado descuidadamente sobre el tablero.

—¡Un cinco!! —Dolores finge alegría con la esperanza de que pueda contagiarla a sus hijos, aunque estos siguen taciturnos, intranquilos.

La tarde se despliega con lentitud inexorable, alargando las sombras. El azul del cielo se transforma en jirones morados y naranjas, y de la pineda ya solo queda un manchurrón negro cuyos árboles se desdibujan bajo un firmamento cada vez más oscuro.

Pili juega maquinalmente mientras otea la lontananza. De pronto, se queda tan rígida y con una indefinible expresión desencajada que a Dolores le llama la atención.

—¿Qué pasa, Pili?

La niña señala hacia un punto indeterminado del horizonte.

—¡Hay un hombre allí!

Sobresaltados, Dolores y Javier se giran sin ver más que matorrales y sombras oscuras.

—¿Dónde? —pregunta Dolores con un tono de voz más alterado del que le gustaría.

—¡Allí! —gime Pili señalando con más ímpetu, como si de este modo pudieran seguir la flecha de su dedo.

Dolores distingue una figura lejana, una sombra antropomórfica estática y amenazante. Su corazón late con fuerza, aunque no quiere dejarse abrumar por espejismos.

—¡Eso es un arbusto, Pili! —exclama desconcertada —. Es un matojo que, con las sombras, parece una persona. ¡Es una casualidad!

—Pero... —Pili se siente confundida con las explicaciones de su madre.

—¡Es un arbusto, mujer! ¡Ya estaba ahí antes!

Javier entorna los ojos intentando dilucidar si es hombre o planta. Dolores también lo vigila para asegurarse de que se trata de una pareidolia y no un intruso, porque, si fuera una persona, habría algo demasiado maligno en esa manera estática de observarlos.

La figura se asemeja a un hombre macizo, de hombros cuadrados y cabeza desproporcionadamente pequeña. Dolores se consuela pensando que sería imposible y antinatural que un ser humano tuviera ese aspecto grotesco y, además, estuviera tan quieto, tan al acecho... «Antinatural» es una palabra que se repite en su cabeza, que empieza a colmarse de ideas irracionales. «¿Y si fuera...?». La inquietud de Pili resulta contagiosa. «¿Y si fuera el muerto que se ha levantado y ahora les acecha?». Dolores sonríe nerviosa. Los cadáveres no se levantan. Eso solo pasa en los tebeos de terror y en las pelis malas de serie B. Aunque todo resulta extraño en este lugar, los niños dicen ver a un muerto... que luego no está. ¿Cómo es posible? ¿Y si es un asesino? Esa idea, por ser más verosímil, la estremece. Un criminal que espera la oportunidad de que la familia baje la guardia... Tal vez haya provocado el accidente de la niña para que el hombre de la casa, el único que puede conducir, se tenga que marchar con los alemanes y así dejar al resto de la familia a su merced... ¡Un maníaco en busca de nuevas víctimas! ¡Eso sí que es plausible!

Dolores desecha la idea. «¡Qué asesino ni qué leches! ¡Me estoy dejando llevar por las chifladuras de los críos!». Sin embargo, en este páramo solitario, bajo un crepúsculo eterno y en esta situación tan anómala, todo parece posible: que su hijo sea un monstruo o que un hombre espectral per-

manezca increíblemente quieto, observándoles desde la distancia.

—¡Venga, Pili! —dice al fin con un hilo de voz—. ¡Es solo un arbusto!

Dolores acaba por pronunciar esas palabras más para convencerse a sí misma que a sus hijos, que permanecen en un extraño mutismo.

Espera que sea así o se volverá loca.

Inexorablemente, la oscuridad acaba por envolver el páramo, disolviendo la silueta en la negrura, y eso resulta más inquietante porque cuando la veían, al menos, sabían dónde estaba. Ahora podría estar en cualquier parte.

«Es solo un arbusto, solo un arbusto...», se repite Dolores a sí misma como un mantra. En circunstancias normales, ni siquiera se plantearía que fuera otra cosa. En cambio, justo esta noche... sería capaz de creer en asesinos acechantes y espectros.

Se levanta y enciende una lamparita que coloca sobre la mesa e intenta continuar el juego. Pese a su empeño, los niños permanecen ensimismados, incapaces de concentrarse.

Las polillas no tardan en aparecer y comienzan a revolotear alrededor de la luz. Dolores encuentra perturbador ver cómo esas pequeñas criaturas se golpean contra la lámpara una y otra vez y no puede evitar abstraerse en su martirio hipnótico.

—¿Queréis un vaso de leche con Colacao? —pregunta y evita pensar en insectos que se autoinmolan u hombres-planta con intenciones aviesas.

Los niños la miran interrogantes. Les cuesta encajar la cotidianidad en unas circunstancias tan extrañas y prefieren guardar silencio.

Pili se abraza a sí misma y empieza a tiritar. Hace frío.

—¡Vamos adentro y ponemos la tele, ¿queréis?!

Dolores recoge el tablero y las galletas. Javier toma la lamparilla y entran en la caravana. Dolores enciende el televisor y, justo en ese momento, empieza Dallas.

—¡Venga, poneos el pijama!

Dolores sabe que es muy pronto para acostarse, pero intenta seguir con sus rutinas tanto como puede para refugiarse en sus hábitos conocidos y consoladores. La música estridente de la serie le da un cierto aire cotidiano al ambiente, aunque la obediencia mecánica de los niños y, sobre todo, su silencio, le recuerdan la situación angustiosa en la que se encuentran.

Friega los platos mientras los niños se ponen el pijama. Las voces del televisor son las únicas que se escuchan sin que nadie sea capaz de seguir el argumento. Aun así, los sonidos familiares del receptor les tranquilizan. Al menos, elimina el fantasma del silencio, como si fuera lo único que no se siente atemorizado en ese cubil.

Dolores guarda las galletas, se sienta y de manera disimulada mira por la ventana: ya solo se distingue la negrura de la noche y alguna luz lejana que no sabe muy bien de dónde procede. Se sorprende a sí misma echando de menos a Manuel. Su compañía les habría dado seguridad y no se sentirían abandonados en ese desamparo. «¿Habrá llegado a un hospital? ¿Volverá en cuanto les deje allí y hable con un médico o se quedará con los alemanes un día más? ¡Ojalá estuviera de camino!». Aunque así fuera, la ciudad está muy lejos; no podría regresar hasta mañana como mínimo. ¡Todo parece tan distante! Como si sus vidas anteriores nunca hu-

bieran existido. «¿Estará bien esa niña? Estaba tan pálida... como si estuviera... ¡Maldita sea!».

¡Pili realmente la ha atemorizado con ese matorral! Si es que era un matorral... Si tuviera valor, cogería la linterna y saldría de dudas de una vez, pero ya no sabría ni dónde buscar. ¡Está tan oscuro allá afuera! La caravana debe de ser como un cirio encendido en un pozo negro. Dolores sabe que tarde o temprano tendrá que apagar la tele y mandar a los niños a dormir, y entonces estarán a merced de las tinieblas y del silencio, únicamente roto por el lejano chirrido de los grillos y las ranas. ¿Por qué no dejar la televisión encendida toda la noche? Total, no van a poder dormir; al menos, les hará compañía. Aunque bien pensado, ¿qué compañía les va a dar una carta de ajuste? ¡Absurdo!

—¡Mamá! —Javier interrumpe sus pensamientos—. ¡Viene alguien!

Dolores comprueba que un coche, con dos potentes luces, se acerca hacia ellos. ¿Será Manuel? Han pasado cinco horas; no tendría tiempo de llegar a la ciudad y volver... Y si no es Manuel... ¿Quién es?

El corazón de Dolores se acelera.

El coche se detiene a varios metros de la caravana con los faros encendidos. No se distingue el tipo de vehículo que es ni a ningún conductor que entre ni salga de él. Tan solo un fulgor enceguecedor, apuntándoles.

Pili se mete en su litera y comienza a gemir. Javier mira consecutivamente a su madre y a las luces, esperando a que ocurra algo.

Dolores apaga la televisión. No quiere que el ruido la distraiga; tiene que estar alerta. ¿Debería asomarse para ver quién es o lo más prudente es cerrar todo y no salir bajo nin-

guna circunstancia? Se oye a lo lejos el rumor del motor al ralentí, como si el mismo coche estuviera esperando o al acecho. Le asalta una oleada de angustia en esa espera. Está segura de que si fuera Manuel, ya habría salido a su encuentro. ¿Está distraído con algo y por eso no sale? ¿Y si no es Manuel? ¿Por qué vendría nadie a este lugar y a estas horas? ¿Alguien que ya supiera que están aquí... solos? ¿El que se llevó el cadáver? ¿El que lo mató?

Dolores coge instintivamente el cuchillo de cocina. Si es un asesino, no quiere estar desprevenida y desarmada. ¿Debería salir al encuentro del posible intruso y enfrentarse a él o permanecer en la caravana sin moverse?

«¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?».

El coche sigue parado con los focos encañonándoles, mientras ellos, petrificados, contienen la respiración.

—¿Qué vamos a hacer, mamá? —gime Javier.

Dolores no contesta. Se siente como un ratón enjaulado con una serpiente: sin escapatoria.

Javier rebusca en el armario hasta encontrar las cajas de su padre.

—¿Qué haces, Javier? —susurra Dolores con voz queda para que no la oiga el intruso.

—¡Estoy buscando la pistola de papá! ¡Tiene que estar en algún sitio!

—¿Sabes usarla?

—¡Claro! —exclama—. Hemos disparado muchas veces a latas y botellas. ¿No te acuerdas?

—¡Tienes razón!

Dolores y Javier rebuscan entre las cajas hasta que un golpe los paraliza por completo. Contienen la respiración con los pulmones ardiendo a fuego lento.

Dos golpes más.

Ahora no hay duda. Hay alguien afuera golpeando la puerta.

Dolores y Javier permanecen congelados, sin poder moverse. Si al menos pudieran preguntar quién es y salir de dudas... Pero ninguno de ellos se atreve a pronunciar palabra. El silencio es peor. Ni voces ni pasos ni siquiera una respiración. «Si fuera Manuel, habría dicho algo, ¿no?», piensa Dolores.

Más golpes en la puerta y, esta vez, es incapaz de hacer otra cosa que lanzar cortos gritos de pánico.

—¡Váyase! —Su voz, agudizada por el terror, le hace sentir ridícula.

El pavor de Dolores es como una alarma para los niños que, contagiados por su terror, comienzan a llorar y temblar.

La caravana se balancea. Sutilmente primero, con fuerza después.

Los tres gritan con voz aguda todo lo que sus pulmones les permiten. «¡Ese no es Manuel!», piensa Dolores, enloquecida por el terror. «¡Ese no es Manuel!». Ya no hay duda. Sea quien sea el que esté ahí fuera, viene a por ellos... Los quiere matar.

—¡Váyase! —Ahora su voz es ronca, gutural, irreconocible.

El zarandeo se detiene y, otra vez, ese silencio espeso y una espera escalofriante sin saber quién les acecha y qué quiere de ellos. No hay pasos. Debería de haber pasos. Al menos así podría deducir su ubicación.

—Es el muerto, mamá —dice Pili con serenidad inquietante, como si aceptara su destino—. Viene a llevarnos al tren con él. Esas luces de afuera son las del tren.

Dolores la mira aterrada. Lo dice con un convencimiento tan absoluto que, a pesar de ser una idea surrealista, podría llegar a creerlo.

«¡Venga, Dolores! ¡No te dejes llevar por el pánico!», se dice. «Los muertos no conducen coches ni se levantan ni se mueven ni zarandean caravanas...».

Javier traga saliva. Ha visto y leído la suficiente cantidad de películas y tebeos, donde los difuntos buscan venganza, como para saber que, si alguien va a ser castigado, sin duda, va a ser él: él lo encontró, lo mantuvo en secreto y forzó a su hermana a callar. No solo eso, lo profanó al hacerle una foto como trofeo para presumir delante de sus amigos. A él se le ocurrió invitar a los niños alemanes a nadar; por eso la niña se ahogó y ahora su padre no está para ayudarles. Todo es culpa suya.

La puerta se abre de súbito, interrumpiendo sus pensamientos. El sobresalto les paraliza.

—¡Yo...! —balbucea Dolores—. ¡Estoy segura de que cerré la puerta!

No ven a nadie. Es una puerta abierta a la oscuridad total, a la nada. ¡Nadie! No hay pasos ni golpes ni una respiración.

Dolores, aferrada a su cuchillo, se acerca a ese vacío, a la opacidad absoluta de la noche. Tiembla, pero no tiene más remedio que avanzar si quiere llegar hasta la puerta y cerrarla. En ese instante, asoma una figura.

Es un hombre que aparece a través del velo de la noche. Un tipo corriente de mirada ojerosa, nariz porcina, mo-

fletes rollizos y alopecia frontal. Su barriga prominente tensa tanto su camisa que los botones están a punto de reventar y sus piernas patizambas, ya cortas de por sí, parecen incrustadas o retraídas bajo el abultado abdomen.

Abre la boca para hablar. Nadie le escucha, porque, en ese preciso instante, suena un disparo. El intruso se echa hacia atrás. Su expresión de sorpresa resulta más horrible que el fluido escarlata que mana de su estómago como si orinara sangre.

Dolores se gira para ver si ha sido Javier. Este le muestra las manos vacías y niega con la cabeza, tan asombrado como ella. Ambos miran hacia la litera: Pili, con los ojos desorbitados por un paroxismo de terror, aún sostiene la pistola.

El hombre se desploma. Sigue moviendo los labios como si intentara hablar, aunque solo puede boquear mientras se retuerce como un pez agonizante.

Dolores reacciona y le acuchilla en el cuello ante el temor de que pueda llegar a levantarse. Al sacar la hoja, arrastra la sangre de una arteria que brota como un grifo. Dolores llora, grita y ríe histéricamente a la vez. Tira el cuchillo y se mira las manos ensangrentadas y trémulas.

«¡Dios mío! ¿¡Qué he hecho!?», piensa asombrada por su acción.

Javier se aproxima para observarlo de cerca.

—¿Quién es, mamá? —masculla.

Dolores no responde. Le oye en la lejanía y, desde algún punto remoto de su cerebro, una voz le contesta: «Un tipo vulgar, un cualquiera».

El desconocido, a pesar de haber perdido mucha sangre, sigue retorciéndose de manera antinatural, cada vez con menos fuerza.

—¿Vino a matarnos? —gime Javier.

El hombre abre desmesuradamente los ojos, inmóvil, en una postura que le recuerda a un pulpo retorcido.

—¿Qué hacemos ahora, mamá?

Dolores oye a su hijo desde un túnel lejano sin dejar de mirar al extraño que yace a sus pies: un individuo corriente, de rasgos reconocibles en esa vulgaridad estampada en serie, que casi todo el mundo lleva consigo, y eso resulta más espantoso, porque podría ser cualquiera que ha visto mil veces en la calle, en las tiendas o en el autobús. El mal debería tener algún distintivo, algún tipo de deformidad que nos advirtiera. Pero no: el mal es vulgar.

Tampoco la muerte imprime ningún romanticismo propio de los libros y las películas. Es más bien repulsiva y debería estar oculta; con su rictus amargo, se burla de la realidad misma. En el fragor de la existencia, la vida deja que nos confiemos para que nos acostumbremos a estar vivos y podamos sentir a la muerte como lejana, circunstancial, casi azarosa. La vemos de refilón en el arte, estilizada como una estrella de cine, una protagonista más en las películas, en los cuadros, en esas estatuas de extáticos Cristos sangrantes de las iglesias. Sin embargo, cuando la muerte se presenta por sorpresa, con esa fea máscara de horror, produce náuseas, un asco fangoso e insoportable.

En los ojos del extraño todavía están impresos el estupor, el aturdimiento del que ha tropezado en el abismo y su única reacción posible es la de petrificar una expresión de estulticia en el rostro. Si no fuera porque la situación es gro-

tesca, su semblante sería hasta cómico. Y es esa obscenidad de la muerte la que resulta tan fascinadora, pues no pueden apartar los ojos del cuerpo tendido a sus pies con su esperpéntico, ridículo, casi caricaturesco gesto de terror. Intentan explorar los misterios de esa muerte que, hasta que llegaron allí, existía de forma fronteriza, marginal. Algo que, como el aire, se sabe que existe, aunque nunca se ha visto. Y ahora ahí está, irrumpiendo en sus vidas en un estallido de realidad que les aturde.

Paralizados, lo contemplan en silencio, sin apenas atreverse a respirar.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Javier, reaccionando por fin.

«¿Que qué hacemos?». La angustia de Dolores se coagula en esa frase. No puede quedarse congelada para siempre, pero ¿qué van a hacer?

Dolores se acerca con lentitud hacia donde se encuentra su hija y agarra la pistola que aún sostiene entre sus rechonchas manos infantiles.

—*Klipp und klapp*, *klipp und klapp* —musita como ida —, *klipp und klapp*...

Dolores la mira atónita. «¿Cómo pudo una niña medio tonta disparar con esa puntería? ¿Y qué está diciendo? Sin duda ha perdido la razón. ¡Dios mío, ¿qué vamos a hacer?! ¡Piensa algo, rápido!».

Después del estupor inicial, sus pensamientos se van apelotonando de modo implacable, como si su cerebro racional analizara con frialdad lo que ocurre, ajeno a sus emociones turbulentas. Tiene dentro de sí una vocecilla externa, indiferente y espectadora de todos los hechos, que le habla y le da instrucciones para apartarla de la locura.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Qué hacemos ahora? —La voz de Javier materializa la que tiene en su cabeza.

Dolores reacciona.

—¿Tú sabrías conducir un coche?

Javier la mira sorprendido, intentando comprender qué quiere decir.

—Un poco —murmura y se encoge de hombros.

—¡No podemos dejarlo aquí! —sentencia Dolores—. ¡Tenemos que llevarlo al pinar!

Javier traga saliva. Sabe lo que supone eso. Tocar el cadáver, arrastrarlo, meterlo en su vehículo y conducir en la negrura de la noche hasta aquel lugar horrible, que ahora se le antoja el infierno.

—¡No podemos dejar que esto arruine nuestras vidas! —asegura Dolores.

—¡Lo hemos matado en defensa propia, ¿no?! —gime Javier.

—Eso está muy bien en las películas... en la vida real... es otra cosa. Además, no nos ha atacado, no nos ha hecho nada. ¡Dios mío! ¿Quién coño era ese tío? ¿Qué quería ese chiflado?

Dolores suspira intentando liberar la angustia enroscada en sus pulmones. No está segura de tomar la mejor decisión; sin embargo, en estos momentos, no se le ocurre otra cosa.

—¡Espero que haya venido solo! No creo que pudiera resistir otro susto como este...

Pili se agita en su litera.

—*Klipp und klapp*, *klipp und klapp*... —murmura meciéndose de un lado para otro.

—¡Cállate! —grita Dolores, fuera de sí.

La orden surte efecto y Pili guarda silencio, aunque todavía se balancea como una demente.

—Yo guardaré la pistola en caso de que la pudiéramos necesitar —dice Dolores resuelta—. Lo siento, pero me tendréis que ayudar. No puedo hacerlo yo sola.

Ahora habla con una seguridad que le sorprende a ella misma. Maquinalmente, se coloca su delantal y, en el bolsillo, mete la pistola y el cuchillo. «Por si acaso», se dice.

—¡Venga, Pili. Coge la linterna! —ordena Dolores—. ¡Y tú, Javier, vas a traer el coche hasta aquí!

La simple idea de salir ahí afuera le paraliza de horror.

—¡Yo te acompañaré! —asegura Dolores, leyendo en su expresión los pensamientos más lúgubres.

Javier vacila, pero al ver a su madre salir de la caravana con aire resuelto, decide seguirla. Pili salta de la litera y también les acompaña, aterrada ante la idea de quedarse sola.

Los tres caminan entre las tinieblas con paso vacilante en dirección a los focos aún encendidos del auto. La noche es serena y fría. «¿Cómo puede hacer este frío con el calor que hacía?», y ese pensamiento compartido parece saltar de una cabeza a otra.

A lo lejos, se oye el rumor sordo del motor en una salmodia monótona, funesta. Los grillos lejanos acompañan su murmullo, lo que les recuerda lo solitario que está el páramo. La linterna tiembla en la mano de Javier y hace bailar la luz que se mueve nerviosa sobre matorrales y rocas. Angustiado, se gira de vez en cuando, apuntando con su fulgor hacia los rincones que la oscuridad hace inaccesibles. ¿Y si hay alguien más? El resplandor de los focos les ciega como conejos en medio de la carretera. Los tres caminan casi en bloque, rodeando el vehículo, un Renault 8 azul, para estudiarlo

detenidamente. Comprueban aliviados que no hay nadie en los asientos o agazapado en el suelo. Con suerte, el hombre, que acaban de matar, es el único merodeador, aunque en la negrura nocturna es imposible saberlo.

Javier abre con precaución la puerta delantera y se sienta al volante. Dolores se acomoda a su lado con una trémula Pili en sus brazos.

—Bueno —murmura Javier—, a ver si me acuerdo de cómo funciona esto...

Dolores, esperanzada, le observa en silencio. Pili, en cambio, tiene los ojos perdidos en el infinito. Parece una loca.

—El pie en el embrague, poner primera, soltar el pedal lentamente —musita para sí Javier, como en una letanía, recordando alguna que otra lección que su padre le había dado. Suele hacer mal esa parte, ya que siempre se cala el coche al levantar el pie demasiado rápido. Esta vez no puede fallar.

Sus palabras resultan mágicas, pues consigue mover a trompicones la máquina. Y a pesar de la lentitud exasperante con la que se desplaza, se van aproximando a la caravana.

—¡Aparca lo más cerca que puedas del cuerpo! —ordena Dolores con una frialdad inusitada.

Javier frena al lado del cadáver tal como le ha pedido su madre. Dolores sale decidida y se detiene frente al hombre, pensativa.

—Lo siento, chicos —dice con voz serena—, vais a tener que ayudarme con esto. Sé que es horrible, pero yo sola no puedo. Vamos a coger a este señor, lo pondremos en el coche y lo llevaremos al bosquecillo. Allí no lo verá nadie. Para cuando lo encuentren, nosotros ya nos habremos ido.

¡Venga, Javier, abre el maletero! ¡Tú lo coges por los pies y yo por los hombros! ¡Y tú, Pili, no te quedes como un pasmarote! ¡Nos vas a tener que ayudar también en lo que puedas, que este hombre tiene pinta de pesar lo suyo!

Las palabras de su madre les despiertan de su aturdimiento y, torpemente, empiezan a reaccionar. Javier levanta el maletero y enfoca el hueco con la linterna. A los tres se les electrifica el espinazo cuando encuentran en su interior una sierra, cuerdas, cuchillos y cinta aislante.

—¡¿Qué quería hacer este hombre con nosotros?! —vocifera Dolores. Su voz, atiplada por el miedo, alarma a los niños que están al borde de las lágrimas.

—¡Pili, Javier, ayudadme!

Los tres arrastran con torpeza el cuerpo, que todavía rezuma sangre, y lo colocan en el maletero. Al soltarlo, notan un ruido sordo y desagradable, como si en vez de un ser humano se tratara de un bulto gelatinoso. Dolores le dobla las piernas con dificultad, luego cierra el capó, asqueada. Se miran los unos a los otros y comprueban, horrorizados, que los tres están embadurnados de sangre, como si se hallaran inmersos en una pesadilla.

—¡Vamos, Javier! ¡Hasta ahora lo has hecho muy bien! —exclama Dolores—. ¡Nos tienes que llevar al pinar; lo dejaremos allí y luego lo limpiaremos todo! —Dolores suspira—. ¡Tenemos mucho que hacer!

Los tres entran vacilantes al coche del desconocido. Se sienten extraños en él. De hecho, tienen la impresión de estar sumidos en una especie de delirio del que resulta imposible salir. Deben restaurar la normalidad o se quedarán encallados en ese horror para siempre.

Javier se queda pensativo ante el volante. De súbito, tiene dudas de lo que debe hacer. Dolores lo mira impaciente y Javier le devuelve la mirada con ojos huidizos, casi trastornados.

—¡Tranquilo, Javier! —Dolores asiente con expresión suplicante, invitándole a seguir.

Javier traga saliva, que se encalla en su garganta seca. Por fin, enciende el motor al recordar las pocas lecciones que le dio su padre: poner la primera, soltar lentamente el embrague...

«Poco a poco», se dice Javier a sí mismo. Teme que, si se cala el coche, ya no pueda arrancarlo más. El vehículo se mueve, a trompicones, pero se mueve. Por temor a cometer un error que lo detenga, mantiene la primera marcha sin cambiarla pese a las protestas del motor.

El pinar está tremendamente lejos, a una distancia sideral más allá de las galaxias, y necesitarán una eternidad para llegar. El coche sortea algunas rocas que proyectan sombras siniestras que danzan inquietas, mientras las piedras y arenilla hacen crujir las ruedas como si se fueran a resquebrajar.

Dolores observa a Javier que conduce concentrado: la mandíbula prieta, los ojos fijos en el horizonte, la tensión de su cuerpo, sobre todo, en el cuello... «Pobre Javier», piensa. «Tener que vivir algo así a su edad. ¿Se recuperará de esta?». Pili, en cambio, está como ida.

Su mirada se mantiene lejana y, de vez en cuando, mueve las pupilas con una expresión enajenada y esboza una leve sonrisa enigmática.

Sin un camino definido en la pineda, Javier conduce en zigzag, sorteando los árboles. Se acercan a la caseta en

ruinas, cuyas paredes, deslumbradas por los focos, aparecen pálidas, siniestras; con sus ventanas desvencijadas y, sin puerta en la entrada, parece el cráneo fracturado de un gigante.

Javier detiene el coche con el motor al ralentí. Permanecen inmóviles en una especie de estupor contemplativo. Dolores es la primera que se mueve: se apea decidida y abre el portón donde se encuentra el cuerpo.

—¡No os quedéis ahí! ¡Ayudadme! —Su voz imperativa les obliga a moverse como si despertaran de un sueño —. Lo pondremos en la vía; así parecerá un accidente o un suicidio. ¡Y en cuanto vuelva vuestro padre, nos largaremos de aquí!

Dolores lo coge por los hombros y conmina a Javier a agarrarlo por los pies.

—¡Échame una mano, Javier! ¡Vamos a llevarle a las vías!

Javier obedece y agarra al hombre por las piernas, que pesan una tonelada.

—¡Mamá...!

—¡Ya sé que es horrible, Javier! —interrumpe Dolores—. Pero tenemos que hacerlo.

—¡No es eso, mamá! —objeta Javier.

—¿Qué pasa?

Javier suspira.

—Nadie se va a creer eso del suicidio, aunque le destroce el tren.

—¿Por qué? —pregunta irritada.

—Porque... —Javier rezonga por el esfuerzo que supone acarrear al cadáver—. ¡Porque todavía lleva una bala en el cuerpo!

Dolores se detiene un momento y lanza una mirada inquisitiva a Pili, la autora del disparo. ¿Cómo pudo esa mocosa empuñar un arma y disparar a un ser humano? Realmente, tiene la impresión de no conocer a sus hijos. Dolores arrastra al extraño en el último tramo porque ya no puede más; su cuerpo debe de estar recubierto de plomo y no de carne.

—¡Tienes razón! —murmura.

Depositan al hombre en medio de la vía y lo miran horrorizados. No se distingue bien, pero los faros del coche y la luz de la luna les permiten ver su cuerpo desmadejado a sus pies como una mancha oscura, torva e irreal.

Con los focos iluminando a Pili por detrás, comprueban que su silueta comienza a arquearse de forma inusitada por la tensión. Tiene los brazos separados del cuerpo y sus manos tan crispadas que parecen garras. Permanece inmóvil en una rigidez similar a la de un animal al acecho. Dolores contempla a su hijo y a ella misma cubiertos de sangre, y se pregunta cómo unas aburridas vacaciones se han transformado, en unas pocas horas, en una auténtica pesadilla.

—Espero que podáis perdonarme algún día por lo que voy a hacer.

Dolores se agacha y palpa el torso. Nota en sus ropas la humedad espesa de la sangre, desabotona la camisa y continúa palpando hasta que alcanza el agujero pequeño y glutinoso de la herida. Solo tocarlo le provoca una convulsión en el estómago y apenas puede contener las arcadas. Su respiración se agita; los pulmones se llenan de aire demasiado rápido, como si no hubiera suficiente oxígeno y se estuviera asfixiando. Inspira profundamente para calmarse, introduce el dedo en la herida y comienza a escarbar. Las entrañas, acol-

chadas y pegajosas, atrapan su apéndice. Dolores lo retuerce y araña infructuosamente con su larga uña en busca de la bala escurridiza. Empuja más fuerte hacia adentro hasta que nota un obstáculo metálico que pesca con la uña, como si fuera un garfio. El proyectil se escurre varias veces entre la gelatina de las vísceras. Así es que decide introducir también el pulgar para hacer tenaza y atraparlo, pero la bala se escurre de nuevo de entre sus dedos y resulta tan difícil de apresar como un pez agitándose en una charca. Prueba de nuevo hasta que al fin lo agarra, formando con sus dedos el ángulo adecuado para sujetarlo y extraerlo lentamente.

Dolores contempla triunfal la bala sanguinolenta y reluciente como si hubiera atrapado un premio con las pinzas de una máquina recreativa.

Javier observa fascinado, como si lo que estuviera presenciando fuera una historia de terror de sus tebeos y no la realidad. Dolores coloca la pieza de metal ensangrentada en el bolsillo y coge al hombre por los pies.

—¡Venga, Javier! ¡Agárralo por los brazos! ¡Tenemos que colocarlo bien! Javier despierta de su encantamiento y hace lo que dice. Lo arrastran con dificultad, pues tiene la impresión de que pesa más que antes.

—Es mejor que lo pongamos bocabajo justo donde tiene la herida —sentencia Dolores—. Cuando le pase el tren por encima, solapará el agujero de la bala y parecerá un suicidio.

Javier no deja de asombrarse ante la sangre fría de su madre. Crece en él un sentimiento de admiración y, de alguna manera extraña, una conexión con ella que no había sentido antes.

Le dan la vuelta para dejarlo bocabajo sobre una de las vías y lo contemplan angustiados. Saben que deben marcharse cuanto antes, pues si ahora viniera el tren y los viera el maquinista, sería su perdición, pero no se mueven. Lo miran en silencio y se preguntan qué hacer a continuación, si han olvidado algo importante, algún detalle que les incrimine. Solo pueden esperar que no lo descubran nunca o que, cuando lo hagan, no encuentren ninguna de sus huellas. ¿Quién los podría relacionar con esto? Nadie sabe que están aquí. Cuando se marchen, no quedará ni rastro de su presencia en ese lugar maldito.

Ya solo queda ir a la caravana, esperar al alba, rezar para que Manuel vuelva lo antes posible y convencerlo de regresar a casa inmediatamente. ¿Y si el maquinista advierte su presencia y se detiene a tiempo? ¿Y si les ven? ¿Y si la policía llega antes que Manuel? ¿Será todo esto una buena idea?

Dolores suspira. Siente una sensación indefinible de lástima por el hombre que tiene a sus pies, aunque está convencida de que tenía malas intenciones. Nadie podría reprocharles que fuera en defensa propia. No obstante, ese despojo derrotado, que acabará arrollado por una máquina implacable, le da pena.

—¡Tenemos que marcharnos! —murmura Javier.

Antes de que Dolores pueda responder, divisa un lejano resplandor. Una luz pálida en el horizonte que ilumina los raíles.

Es el tren.

«¿Ya está aquí?», piensa.

Todavía lejano, el resplandor se acerca y agranda con rapidez.

—¡Venga! —grita Dolores al borde de un ataque de pánico—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Vámonos!

Justo en el momento en que Dolores se dispone a saltar, una tenaza atrapa su tobillo y casi le hace caer. Tiene la impresión de haber tropezado, pero al mirar con detenimiento, descubre que el hombre la sujeta con fuerza. Con la luz del tren, comprueba que no solo está vivo, sino que en su expresión demencial hay pánico, estulticia y odio. ¿Le está pidiendo ayuda o quiere retenerla para llevársela al infierno con él? Hacía unos segundos estaba segura de que estaba muerto. Tiene un disparo en el estómago y una puñalada en el cuello; ¿cómo pudo sobrevivir a eso? Además, ha estado hurgando en sus entrañas y ahora, empecinado, se resiste a morir y, con fuerza sobrenatural, la retiene, soldándose a su tobillo como una ventosa.

Dolores retuerce el pie para soltarse, aunque su estupor le impide actuar con contundencia. Cuando al fin comprende que lo que se suponía era un cadáver la está reteniendo, mientras el tren avanza a toda velocidad hacia ellos, comienza a forcejear con mayor ímpetu.

—¡Mamá! —chilla Javier instándola a moverse, pero, por más que lo intenta, es incapaz de desprender su pie del terrible cepo.

Los ojos del redivivo resplandecen con una extraña locura. Están muy abiertos, con toda la esclerótica visible, como si gritara a través de ellos. Farfulla frases incomprensibles. ¿Qué quiere decirles? ¿Querrá disculparse? ¿Suplicar? ¿Maldecir?

El tren está ya muy cerca. Si no consigue desasirse, los atropellará a los dos. Los destrozará.

Javier reacciona y le propina una patada en la cabeza. Eso le aturde unos segundos, aunque no desengancha su zarpa. Tiene la mirada ida, blanca, idiotizada. En su expresión confusa, parece buscar ayuda, compasión de sus verdugos o, perversamente, les quiere llevar de la mano a una muerte segura.

Javier le da otra patada, pero sigue sin liberar a su madre como si, en vez de retenerla con la mano, lo hiciera con unos alicates. Esta vez es Dolores la que le patea con tal furia que comprueba con espanto cómo varios dientes salen disparados de la boca. Javier, a su vez, continúa golpeándole con movimientos rápidos e intermitentes hasta que, por fin, Dolores consigue soltarse.

El rostro del hombre ensangrentado tiene una inefable expresión agónica y, al mismo tiempo, parece que, de un momento a otro, vaya a prorrumpir en grandes carcajadas. Sus ojos en blanco, dementes, contemplan el cielo oscuro e inmisericorde. Entretanto, Javier y Dolores saltan de la vía y corren a refugiarse entre los arbustos.

El convoy pasa a gran velocidad, emitiendo un ruido ensordecedor, rugiendo y devorándolo todo a su paso. No desacelera; transita entre ráfagas discontinuas, que producen una corriente de succión, casi sobrevolando los raíles.

Dolores teme que el maquinista los haya visto. Debe de ser imposible que no se hubiera dado cuenta de que había tres siluetas luchando en la vía y, sobre todo, que no haya notado que acaba de arrollar a un cuerpo. Pero la interminable cola de vagones no detiene su traqueteo pesado. Tiene la impresión de que la máquina no la conduce nadie, que funciona por inercia, acaso con vida propia. Quizás así puedan

fantasear que el tren ha sacrificado al hombre y ellos simplemente se lo han entregado.

Después de varios minutos, que parecen horas, pasa el último vagón y la locomotora se aleja aullando, dejando tras de sí un torbellino feroz.

De nuevo, el silencio atronador de la noche.

Dolores se pregunta si el tren habrá hecho su trabajo. Es incapaz de moverse porque la idea de ir a comprobarlo la horroriza. Preferiría marcharse sin mirar atrás, pero tiene la impresión de que no ha ocurrido nada, que el tren ha flotado sobre los rieles como una exhalación porque no había ningún obstáculo. Nada que atropellar.

Nada que matar.

Dolores tiembla. Entre las tinieblas deben de parecer tres espectros vacilantes. Ahora únicamente perciben el leve silbido de la locomotora en la lejanía y los grillos que trinan cadenciosos. Otea el montículo donde debería de estar el cadáver. Se pone de puntillas, sin atreverse a subir, alzando la cabeza y moviéndola de un lado a otro por si puede ver algo.

Pero no. Desde donde se encuentra es imposible divisar nada.

Javier observa, confundido, cómo su madre titubea, intenta atisbar el montículo y, al igual que ella, tampoco logra ver nada.

Abatidos, comprenden que si quieren comprobar si su plan macabro ha funcionado, no tendrán más remedio que subir.

—Ya voy yo —murmura Javier sin mucha convicción.

—¿Estás seguro? —Dolores siente una profunda lástima, como si fuera un héroe que se va a sacrificar.

Javier no contesta. Permanece ensimismado en pensamientos lóbregos. Vacila unos segundos y Dolores piensa que va a cambiar de opinión hasta que lo ve alejarse sorteando la maleza.

—¡Ten cuidado! —susurra Dolores. Tiembla tanto que le cuesta mantenerse de pie.

Javier sube con lentitud, se detiene y mira hacia atrás: su madre está empequeñecida por el horror y su hermana permanece inmóvil, con los brazos aún separados del cuerpo y las manos rampantes como garras. No puede verle la cara porque está situada detrás del foco de luz, aunque le espanta verla así.

Ya en la pequeña cima, Javier no encuentra al hombre. Lo busca a ambos lados de la vía y se pasea por ella sin hallar rastro del intruso.

¿Habrá escapado en el último momento? ¿Será un fantasma? Camina entre los raíles con precaución, inspeccionando cada tramo. Sin la linterna, teme adentrarse hacia la negrura que tiene frente a sí, pues la luz del coche no alcanza tan lejos.

Javier vuelve sobre sus pasos, temeroso de que algún ente oculto, compinchado con las tinieblas, aparezca para vengarse con la ferocidad del odio. Siente un miedo amorfo a que algún ser o sustancia indefinible le ataque. A lo peor, el hombre no ha muerto; quizás el tren aparezca de modo instantáneo y le fulmine o, tal vez, hay algo más...

Tras el resplandor del coche, su madre y hermana siguen muy quietas. Podrían no ser ellas porque son siluetas desdibujadas o podrían ser fantasmas, demonios... Se maldice por haberse olvidado de la linterna y deshace el camino para buscarla. Los focos del coche le ciegan como a un co-

nejo en medio de la carretera. Mira hacia atrás porque le invade un miedo irracional al tren. ¿Y si vuelve con la única y simple intención de castigarlo? Un tren de inteligencia propia y maligna que le aceche para abalanzarse justo ahora. La idea es completamente absurda y lo sabe. No obstante, en medio de esta locura, todo parece posible, como en las pesadillas.

Detrás de los arbustos, distingue un bulto agazapado. Sumido en un pánico enloquecedor, su espinazo se electrifica, mientras corre hacia la luz como único atisbo de cordura que le queda. Su cuerpo pesado y lento no responde con la rapidez que quisiera, y su garganta, bloqueada por la angustia, no le permite gritar para alertar a su madre y hermana.

Está convencido de que esa silueta agachada es el hombre.

¿Estará escondiéndose detrás de los arbustos para atacarlos cuando se encuentren desprevenidos? Javier intenta hacer señas a su madre, aunque está tan oscuro que no le ven y él solo es capaz de percibir sus perfiles contraídos.

En su torpe carrera, tropieza con una masa similar a un fardo que le hace perder el equilibrio y rodar sobre unos matojos. Permanece aturdido por unos segundos, confuso por haber abandonado su condición bípeda de forma inesperada y con un dolor abrasador en sus manos y rodillas.

—¡Javier! —Dolores lo ha visto caer y está a punto de correr para ayudarlo.

Una esfera abollada que rueda por la pendiente la detiene. Baja tropezando con algunas piedras y plantas sueltas, haciendo cabriolas, decidido a alcanzarlas. A simple vista, parece una pelota de trapo gastada e irregular. Al aterrizar a la orilla de sus pies, comprueba lo que es: la cabeza cercena-

da del hombre cuya boca ha congelado un grito silencioso y que ahora bizquea con ojos maliciosos.

Dolores se aferra al espejo retrovisor para no caer. Su respiración es un jadeo intenso y su corazón le golpea el pecho con tanta fuerza que le duele.

Javier se levanta confuso y, cojeando, baja tambaleándose por la pendiente, empapado en sangre. A medida que se va acercando, comprueba que su madre está convulsa y su hermana sigue inmóvil en esa extraña postura de alimaña a punto de caer sobre una presa. Al alcanzarlas, se da cuenta de la presencia de la cabeza mutilada, con los ojos vueltos hacia arriba, blancos, y la boca abierta, voceando un reproche.

Dolores no puede contener un grito que lanza a la oscuridad. En el hueco de la noche suena como una sirena, una alarma que avisa de un terrible peligro. Está doblada a la altura del parachoques, intentando contener las arcadas. Javier coge la linterna del suelo para enfocar con su resplandor hacia el bulto que tiene a sus pies.

Una descarga eléctrica sacude su estómago y espinazo en una mezcla extraña de excitación y horror. Distingue las facciones del intruso como la entidad viva que fue y eso es lo que más le espanta: la sensación de que ese despojo conserva los rasgos familiares que le hacen humano, pero con un terrible desajuste en su percepción.

Reconoce esa cara como la del hombre que respiraba y se movía hacía apenas unos minutos. Ahora esa cabeza segada de expresión dolorida procura, desde su mutilación grotesca, proseguir con su esencia, existir a toda costa. No es la carne putrefacta, deshumanizada, cubierta de gusanos que habían visto antes. Es carne que, de alguna manera, todavía

tiene la apariencia engañosa de la vida... y eso la hace aún más horrible.

Los tres permanecen quietos, a la expectativa, en un absoluto mutismo y sin poder apartar la vista de esa cara vuelta al cielo que le aúlla al éter. La visión es tan esperpéntica que ni en sus peores pesadillas hubieran concebido semejante escena.

Javier enfoca con su linterna a su madre, que continúa con la mirada fija hacia la cabeza que tiene a sus pies, aturdida e incapaz de asimilar lo que está viendo. Todas sus neuronas procesan la información demasiado despacio, aunque su organismo reaccione con antelación, lo que su mente no digiere. El temblor de su cuerpo, las palpitaciones de su corazón y la respiración acelerada se empeñan en dictar a su cerebro abotargado que está ante una imagen atroz, sin conseguir formar un pensamiento elaborado de la situación.

Javier apunta con la linterna a su hermana, que comienza a emitir extraños sonidos guturales. La atención de ambos se centra en ella y comprueban que su rostro se ha convertido en una máscara horrible: todos sus músculos y ligamentos están en tensión, su cuello atirantado tiene los nervios y tendones sobresaliendo de su piel, la boca estirada en una espantosa mueca, los dientes chirriando furiosos por la presión de la mandíbula. Los mofletes rígidos, las paletillas de la nariz temblando nerviosamente, los ojos en blanco, místicos, alucinados.

Las piernas abiertas con los músculos envarados como correas a punto de romperse y las manos crispadas cual garras de una fiera.

Dolores vuelve de su estupor cuando ve la imagen deformada de su hija. Parece una demente. Le lleva un tiem-

po darse cuenta de que está sufriendo un extraño ataque histérico, como una especie de reacción epiléptica ante el horror.

—¡Pili! —chilla para romper su encantamiento pesadillesco—. ¡Pili!

Se acerca a ella y la sacude para volverla en sí. ¿Y si su estado de demencia es permanente?

—¡Pili!!

Vuelve a sacudirla con energía y sus ojos, vueltos hacia arriba, se dirigen a ella y la miran hidrofóbicos, encolerizados. Sus pupilas, dilatadas en completa midriasis, se alquitranan en una negrura sobrenatural, como poseída por algún demonio que la hace enloquecer.

La histeria le cubre el rostro con una máscara de perversidad impropia en una niña. Dolores tiene que hacer un auténtico esfuerzo para comprender que su hija sufre una perturbación nerviosa, un ataque de ansiedad y no una mutación demoníaca.

—¡Pili! —clama de nuevo mientras la zarandea.

Javier contempla la escena abrumado y, por unos instantes, se olvida de la cabeza que tiene a sus pies, como si su hermana fuera un elemento aún más amenazante, más aterrador...

Dolores propina una fuerte bofetada a la niña, que acaba por destensar el rostro hasta casi un estado normal. Abre la boca para gritar, aunque es incapaz de emitir sonido alguno, como si le faltara el aire. Dolores la abofetea en la otra mejilla con más fuerza que antes.

Pili se toca el rostro con una expresión de sorpresa patética. La mira con ojos enloquecidos, pero, al menos, ya no es una energúmena, sino simplemente una niña asustada

y temblorosa. De repente, su cuerpo se destensa y colapsa, porque ni un solo músculo la sujeta y cae a plomo, desmayada. Parece dormida y vuelve a tener su habitual expresión de inocencia infantil. Dolores sabe que esta situación está enloqueciendo a sus hijos y teme que ya no puedan volver a la normalidad nunca más. Suspira profundamente; sabe que debe seguir con su papel de mujer fuerte; no puede desfallecer. Si se derrumba ahora, todo estará perdido.

—¡Javier, ayúdame a levantar a tu hermana! ¡Tenemos que llevárnosla antes de que se despierte y le dé otro ataque cuando vea... cuando vea todo esto!

Javier tarda unos segundos en despabilar; luego, se agacha para cogerla por los hombros sin lograrlo. La intenta sujetar por los pies e izarla, pero es un trabajo demasiado arduo. Al fin se dan cuenta de que, aunque solo tiene nueve años, resulta un lastre excesivo para llevarla todo el camino hasta la caravana.

—¡Pesa mucho! —rezonga Javier—. ¡Está muy rechoncha!

Dolores sabe que, aunque pesara menos, sería imposible llevarla entre los dos durante tantos metros y más con los músculos debilitados por la tensión nerviosa. Aun así, prefiere no despertarla. Teme que vuelva a tener otro ataque de histeria. Si ocurriera, seguramente, no podría volver a un estado racional nunca más.

—¡Tenemos que llevarla en coche hasta la caravana antes de que se despierte!

—¡Pero no podemos dejar el coche allí...!

—Tendremos que volverlo a traer y regresar andando.

Pese a que la idea resulta descorazonadora para ambos, saben que no podrán hacerlo de otra manera.

Depositan a Pili en el suelo; Javier abre la puerta del coche y la colocan con torpeza en el asiento trasero. Luego se suben al vehículo temblando.

Javier conduce con lentitud, muy concentrado, con el cuerpo echado hacia delante y con la barbilla casi tocando el volante. Dolores, de tanto en tanto, mira hacia atrás para asegurarse de que Pili sigue dormida. Al mismo tiempo, otea todo lo que su vista alcance ante el temor de que pueda haber alguien más acechando. ¿Y si no estaba solo? ¿Y si hay alguien más? Se siente tremendamente cansada por no poder dejar de estar alerta. Cualquier arbusto la sobresalta; todo son siluetas inquietantes y hasta las sombras parecen moverse de modo antinatural.

«¿Por qué tuvimos que venir aquí? ¿Por qué no podíamos haber ido a Torremolinos, como le dije a Manuel? ¡En mala hora compró la caravana! ¡Solo hemos ido a campings de tercera y a páramos semidesérticos para estar incómodos, aburridos, comidos por los mosquitos...!». Dolores suspira. Desearía romper en llanto desesperado, pero se contiene para no empeorar el estado de ánimo de Javier. Debe ser fuerte una vez más.

A lo lejos, ven la caravana resplandeciente en medio del vacío. Es como una luminaria flotando en el espacio que se agranda a medida que se van acercando. Es su único faro, lo más parecido a un hogar que tienen en ese erial desapacible.

Javier detiene el coche, dejándolo al ralentí por temor a no poder arrancarlo de nuevo. Dolores se apea rauda y abre la puerta de atrás.

—¡Ayúdame a poner a tu hermana en la cama!

Javier obedece a regañadientes. Con torpeza, la llevan hacia el interior, pero la operación resulta más ardua de lo que pensaban y los dos comienzan a jadear por el esfuerzo. Por fin, colocan a Pili en el catre de Javier, donde reposa aún desfallecida.

Sobre el lecho, Dolores no tiene la impresión de que esté desmayada, sino durmiendo plácidamente, y eso resulta un consuelo. De alguna manera, estar dentro de esas cuatro paredes le da cierta sensación de seguridad. Al menos, siente que está en un lugar conocido, cotidiano, un cubículo casi hogareño, aunque los cuajarones de sangre salpicando el suelo y sus ropas sean el recordatorio de la pesadilla que acaban de vivir.

Dolores contempla a su hijo. Tiene la mirada huidiza, todavía aterrada. Debe tomar una decisión: ir con él a la pineda para dejar el coche cerca de la vía o quedarse con Pili para protegerla. Es una opción difícil, pues implica que uno de sus hijos se quedará solo por unos minutos interminables.

—¡Javier! —murmura Dolores con un nudo en la garganta—. ¿Serías capaz de conducir el coche tú solo y volver andando?

Javier se estremece. ¿Por qué le está pidiendo algo semejante?

—¿Yo solo? —gime—. ¿No vendrás conmigo?

—Tu hermana está muy mal; además, me preocupa dejarla sola por si viene alguien...

—¿Y yo qué? —Javier grita escupiendo cada palabra —. ¡Eso no es justo!

—¡Tú no estás inconsciente! —Dolores intenta pensar en alguna excusa que alivie su desasosiego—. Puedes co-

rrer. Eres joven y fuerte; en cambio, tu hermana está desmayada. La caravana está en medio de este páramo, pero tú estarás a cubierto entre los árboles. Además, puedes coger la pistola...

Javier sacude la cabeza. Ir solo hasta allí le abate y —¿por qué no decirlo?— le aterra. Hay un muerto decapitado y un tren asesino escondidos tras los árboles, además de un cadáver putrefacto, oculto Dios sabe dónde. Si hay algún momento propicio para la revancha de ultratumba, sería ese. Le castigarán por lo que ha hecho; de eso no le cabe duda. Ellas estarán a salvo en la caravana y él tendrá que enfrentarse a los espectros en la oscuridad. Lo ha visto en sus tebeos: siempre consiguen vengarse, pero las víctimas no son tan tontas como para entregarse ellas mismas en bandeja y, menos aún, son ofrendadas por sus propias madres.

—Además —continúa Dolores, interrumpiendo sus pensamientos—, tú llevarás el coche y, si pasa cualquier cosa, puedes volver con él. Nadie podrá hacerte daño mientras estés dentro.

—Tendré que volver andando, ¿no?

—Mira, Javier —Dolores intenta contener su ansiedad—, no podemos tener ese vehículo aquí lleno de sangre. Si vuelve tu padre, ¿qué le vamos a decir? No podemos contarle ni una palabra de lo que ha pasado hoy. ¡No lo entendería! ¡No lo entiendo ni yo misma! Todavía estoy confusa y no sé si estoy tomando las mejores decisiones. Para cuando encuentren al hombre y al coche, nosotros ya nos habremos marchado y nadie podrá relacionarnos con ese tipo que, vete tú a saber qué intenciones tenía. Javier, tienes catorce años; eres ya un hombre. Sé que te estoy pidiendo mucho y, si supiera conducir, iría yo... Eres el único que puede hacerlo.

Dentro de unas horas amanecerá y todavía tengo muchas cosas que hacer: quemar nuestra ropa sucia y limpiar la sangre del suelo. Si viene tu padre, no quiero que se dé cuenta de lo que ha sucedido esta noche. Sé que es muy difícil, aunque no tenemos más remedio que hacerlo así. Los tres tenemos que guardar el secreto.

Javier respira hondo intentando contener su frustración. Siente miedo, sí, pero le decepciona más el trato de favor de su madre para con su hermana. Siempre la predilecta, tal vez por ser niña o por ser la pequeña. El caso es que recibe más atenciones y privilegios que él.

—Mira, con toda esta discusión ya podrías haber ido y vuelto —asevera con poca convicción—. Sé que eres muy valiente...

«Valiente», esa palabra le martillea la cabeza. Valiente, sí, había estado retando su propio valor estos días, jugando con la muerte; en cambio, esto va a ser distinto, ¿no? ¿Lo es? ¿Y si fuera una prueba más? Si la supera, nunca nadie le podría acusar de cobarde. ¿Qué mayor demostración de valor que ir en medio de la noche, plantarle cara a la muerte por última vez y volver? ¿Quién podría superar su hazaña? Además, debe documentarla, llevarse la Polaroid consigo otra vez; aunque ya no pueda presumir delante de sus amigos, debe tener un recuerdo que pruebe que, efectivamente, «eso» ocurrió, que estuvo allí, que venció al miedo y a la parca. Que, en definitiva, estuvo en el infierno y volvió. Si se sobrepone a eso, no volverá a temer nada nunca más.

—¡Vale! —murmura Javier—. ¡Vale, iré!

Dolores lo mira con una mezcla de alivio y desazón. ¿Está haciendo bien? Se siente como la peor madre del mundo. Tal vez se engaña a sí misma diciendo que debe quedarse

con Pili, cuando en realidad tiene pánico de volver a ese dichoso pinar de los horrores y enfrentarse al crimen que acaban de cometer. Delegar ese esfuerzo en su propio hijo... Seguro que si se empeñara, podría conducir el coche. No es tan difícil. Javier podría enseñarle rápidamente los rudimentos de la conducción, los justos como para mover el vehículo y llevarlo cerca de la vía ella misma, pero... ¿A quién quiere engañar? Siente un miedo atroz, insuperable. Sabe que está cometiendo una injusticia tremenda y que pone a su hijo en un gran peligro; aun así, no puede evitar que su valor flaquee hasta una cobardía inmoral. Desfallecería, al igual que su hija, si tuviera que volver. No podría soportarlo. Si hubiera otro asesino, se dejaría matar porque le resultaría una alternativa más tolerable que el terror.

—¡Hazlo rápido, hijo mío! No te entretengas, limpia las huellas dactilares del volante y de todo lo que toques, y vuelve cuanto antes —dice en un hilo de voz.

A duras penas consigue contener sus sollozos. Si su hijo va a realizar un acto supremo de valor, lo menos que debe hacer es aguantar el llanto.

Javier tuerce el gesto. Sigue sintiéndose víctima de una injusticia, aunque, al menos, ahora tiene un propósito: será su último acto de coraje.

Intenta recordar dónde dejó la cámara. Deberá cogerla disimuladamente porque su madre no entendería sus razones. Necesita fotografiar su hazaña o su esfuerzo habrá sido en balde.

—¡Tengo sed! —dice sacando la lengua como si de este modo probara la certeza de lo que dice—. Antes de ir, me gustaría echar un trago.

Dolores le observa estupefacta, sin entender, y espera a que él mismo vaya a coger el botijo y sacie su sed. Al ver que Javier no se mueve, comprende que quiere que se lo sirva ella.

—¡Claro! —responde confusa—. ¡Ahora te lo traigo!

Dolores busca en el estante un vaso y el botijo que está sobre la mesa y no se da cuenta de que Javier, entretanto, ha cogido la Polaroid del armario y la ha puesto en la bolsa del pan. Dolores, escamada sin saber por qué, le da el agua.

Javier bebe con rapidez al tiempo que mira a su madre, juzgándola duramente, mientras ella recibe sus reproches a través de sus ojos severos.

—¡Llévate la pistola de tu padre! —dice al fin.

Javier le devuelve el vaso. Dolores lo recoge con cuidado, abrazándolo en su regazo, mientras su hijo coge el arma y la mete en la bolsa junto con la cámara. Sale dando un portazo, sube al coche y se marcha sin más, aunque Dolores aún es capaz de sentir su mirada recriminatoria en la oscuridad.

Como se ha prometido, en cuanto se siente sola, rompe en sollozos. Entre gemidos, se quita la ropa y se dispone a limpiar la sangre del suelo casi desnuda, sin dejar de hipar y estremecerse.

Javier conduce con lentitud, sintiendo cómo su valor comienza a disiparse. Vuelve a su memoria el relato de la mano cortada y de cómo revivía para estrangular al tipo que la poseyó como trofeo. ¿Volverá el hombre decapitado a buscarle? ¿Caminará titubeante con la cabeza en la mano o le rastreará esa cabeza sola, rodando como una calabaza, hasta encontrarle? ¿Se levantarán los dos cuerpos cogidos de la

mano, caminando como robots sin detenerse, con la única intención de destrozarle? Ni siquiera sabe dónde está el muerto que encontró ayer. Quizás entre los arbustos o en la arboleda, esperando la mejor ocasión. Imagina que los dos cadáveres se ponen de acuerdo en una especie de pacto demoníaco para destruirle y, en su fantasía, le sujetan, estirando su cuello sobre la vía para que el tren le parta en dos. ¿Y si la locomotora está conducida por fantasmas y, sin necesidad de rieles, espera en algún lugar oculto para sorprenderle? Un tren que le siga allá donde vaya para que, cuando menos se lo espere, le aplaste, mutile de forma horrible y le convierta en una masa informe sin rastro de humanidad.

Javier sacude la cabeza intentando desechar esas ideas. Ya tiene catorce años y no puede creer en tonterías fuera de toda lógica. Los trenes no se salen de las vías y esos dos tipos están muertos y no pueden hacerle daño. Entonces... ¿por qué tiene tanto miedo? Quizá porque están coléricos por haber sido abandonados sin una sepultura digna. «¡Qué narices, a uno de ellos le matamos nosotros!», piensa casi en un clamor. Primero fue la mosquita muerta quien disparó y luego, entre su madre y él, le pusieron sobre la vía para que el tren lo rematara. Tuvieron que hacerlo, ¿no? No descarta que pudiera ser el asesino del otro muerto. «Mamá dijo que ese hombre tenía malas intenciones», reflexiona trastornado. Se podría decir que han desagraviado al primero, que le han hecho justicia... que han hecho bien...

El pinar está cada vez más cerca.

Da igual lo que el lado más racional de su cerebro intente decirle. Siente un pánico cerval. Hay dos cadáveres destrozados, uno de ellos desaparecido, y ambos deben de estar furiosos. Tampoco puede descartar la presencia de al-

guien vivo, un compinche o un testigo de lo ocurrido. Un nuevo criminal que también esté aquí. «¡No puede haber otro!», se dice. «Sería demasiada casualidad. ¿Y por qué no? ¿Adónde van los asesinos? A los sitios solitarios como este para buscar presas fáciles, esperando el momento adecuado para atacar».

¡Vale, tiene la pistola, pero casi no la sabe usar! ¡Y, claro, también una maldita cámara de fotos! Cuando venga otro homicida, ¿qué va a hacer? ¿Una foto? ¿Deslumbrarle con el flash?

Una idea terrible cruza por su mente: ¿Y si hay un asesino que le esté esperando para matarlo de la forma más espantosa posible para luego fotografiarlo y tenerle como suvenir? De esta manera, no solo se llevaría el recuerdo de su crimen, sino también su propia esencia, su espíritu... tal como lo hizo él.

Javier se adentra en el bosquecillo sumido en sus pensamientos tormentosos. Los pinos erguidos, hieráticos, le dan miedo. Podría dejar el coche cerca de la caseta y largarse rápido. No tiene por qué hacer esa estupidez de retratar al muerto. A fin de cuentas, es una acción macabra y, si alguien descubre esas fotos, pensaría que es un tarado o, peor aún, un asesino.

«¡Un asesino!».

Una voz en su cabeza le susurra: «Eres un asesino». «¡No! ¡No le haría daño a nadie! Lo que ha ocurrido esta noche ha sido un... accidente. No soy un... ¿asesino?». Y esa palabra le produce un cierto asombro al referirse a sí mismo. «¿Soy un asesino?».

Detiene el coche. Nervioso, limpia con su camiseta el volante y la puerta tal como le ha dicho su madre. Coge el

arma con una mano y la cámara con la otra. Luego se dirige maquinalmente hacia la vía.

Se detiene dubitativo.

«¿Qué estoy haciendo? Debería irme ya de aquí».

Se acerca movido por un resorte interno e independiente de lo que le dicta su cerebro, hacia donde está la cabeza sin llegar a verla todavía. Levanta la cámara como acto reflejo, temblando, y comienza a disparar.

Apenas ve lo que retrata hasta que el flash le revela lo que ocultan las tinieblas. El destello le sobresalta no solo por su resplandor súbito, sino también porque, por unas décimas de segundo, le ha parecido ver que la cabeza se ha agitado. Le hace otra fotografía desde un ángulo distinto y vuelve a tener la sensación de que se sacude, de que palpita... Javier ya no tiene miedo, sino alborozo por ser capaz de dominar su temor.

Va recogiendo las fotos de la máquina y las va tirando al suelo. Están en blanco, pero pronto obtendrá el testimonio de su audacia, de una osadía que ni él sabía que tenía.

La cabeza le sigue mirando con ojos lechosos, la boca abierta, desdentada; aunque no está seguro de que si fue por el atropello brutal del tren o por las patadas que recibió antes de morir. El flash ilumina su gesto aullante y cobra vida por unos segundos. Parece alterarse, temblar a cada resplandor.

Se acerca a la vía y encuentra el cuerpo arrodillado sobre el suelo y tiene la impresión de que se encuentra ante un hombre que está escondiendo la cabeza bajo tierra como un avestruz.

Los centelleos de la cámara se suceden y, con cada uno de ellos, Javier siente una especie de júbilo voluptuoso hasta que, a lo lejos, divisa un fulgor.

Otro tren se acerca.

Todo su secreto placer se torna en temor. ¿Le castigarán ahora? ¿El tren viene para impartir justicia? ¿Para aplastarle?

Coge rápidamente las fotografías que ha tirado al suelo y baja con torpeza la ladera. Recoge las otras, las mete en los bolsillos del pantalón y se marcha apresuradamente. El tren pasa zumbando con furia vengativa; los vagones traquetean brutalmente y hasta puede imaginar la presión de las ruedas sobre su cuerpo. Nota la sacudida de cada uno de los discos metálicos de la máquina y eso le fuerza a acelerar el paso, lamentándose por haberse olvidado de la linterna.

Trota tropezando con piedras y arbustos. Sale del bosquecillo justo cuando el convoy se aleja silbando y, como una oruga espectral, se empequeñece hasta diluirse en el horizonte.

Jadea en medio de su soledad con el único sonido de los insectos y su sangre zumbando en sus oídos. A lo lejos, divisa el campamento iluminado como un faro distante y ahora parece el único rincón seguro en ese lugar inhóspito.

Comprueba desde la distancia que hay una hoguera. Camina exhausto porque sus músculos apenas le sostienen y, de vez en cuando, mira hacia atrás para asegurarse de que el muerto no le sigue... «¿De qué estoy escapando? "Los muertos viajan deprisa". ¿Dónde he leído eso? ¡No, no! ¡Basta! ¡Estoy escapando, estoy escapando...!».

A lo lejos, su madre otea el horizonte para asegurarse de que vuelve. A medida que se va acercando, Javier distin-

gue su figura familiar y su sempiterno rostro ansioso. Ya se ha cambiado de ropa, excepto sus pantalones, que se han mantenido milagrosamente incólumes gracias al delantal. Javier, en cambio, tiene las manos ennegrecidas y su ropa se ha acartonado por la sangre reseca. Dolores se acerca aliviada al ver que su hijo regresa sano y salvo.

—¿Estás bien? —pregunta al verle tan desencajado —. ¿Ha pasado algo?

Javier no contesta, intentando recuperar el resuello.

—¿Qué te pasa? —vuelve a preguntar Dolores, aunque sabe que, con todo lo ocurrido, la pregunta correcta debería ser: «¿qué no te pasa?».

—¡Estoy bien! —farfulla al fin.

—¿Qué eran esas luces, Javier?

Javier se sorprende. ¿Cómo ha podido verlas desde donde está? Ha debido de estar mirando el horizonte todo este tiempo.

—Na... nada —balbucea—. Ha sido el tren que ha pasado hace un momento.

—¡No, no! —insiste Dolores—. Las he visto antes de que viniera el tren. Eran como unos relámpagos en el bosque. Se encendían y se apagaban muy rápido. Pensé en ir a buscarte...

Javier permanece callado. No ha pensado en ninguna excusa, pues no imaginaba que los flashes de la cámara se pudieran ver desde tan lejos y ahora no sabe qué decir.

Dolores espera una respuesta, mientras analiza sus gestos de culpabilidad.

—¿Y...?

—¡Nada! —contesta Javier, irritado—. ¡No lo sé, mamá! ¡Estaba demasiado ocupado como para fijarme en ninguna lucecita!

Dolores sabe que miente. Su mirada huidiza y la manera agresiva de contestar son una estrategia obvia para rehuir sus preguntas. Decide no insistir más.

—¿Limpiaste las huellas dactilares del volante y la puerta?

—¡Sí, mamá!

Dolores analiza sus gestos para interpretar sus pensamientos sin lograrlo.

—¡Está bien! ¡Venga, ve a lavarte y quítate la ropa! ¡Tírala a la hoguera y ponte el pijama!

Javier entra en la caravana, saca la pistola y la cámara de la bolsa y las coloca dentro del armario mientras comprueba que Pili sigue dormida. Lleva puesto un camisón rosa limpio y parece que nunca haya roto un plato. ¡Menuda mosquita muerta! Él ha tenido que hacer todo el trabajo sucio, aunque, en realidad, la que apretó el gatillo fue ella...

Distraído en sus cavilaciones, no se da cuenta de que su madre está detrás de él y, sin mediar palabra, le ayuda a desvestirse bajándole los pantalones de golpe. Eso le pilla de sorpresa, pues todavía no ha tenido tiempo de vaciar sus bolsillos. Al doblarse el pantalón, se le caen las fotos como una baraja desmadejada.

—¡¿Qué haces?! —grita furioso Javier—. ¡Sé desvestirme solo!

Dolores no le escucha; está demasiado horrorizada ante las fotografías que componen un macabro puzle del cuerpo mutilado.

Javier, sintiéndose ridículo por tener los pantalones bajados, las contempla también, y solo entonces se da cuenta de la gravedad de lo que ha hecho, de lo horribles que son las imágenes.

Dolores las recoge con cuidado como si estuvieran infectadas y las observa incrédula, una a una.

—Pero... Javier... —Tiene un nudo en la garganta y no es capaz de continuar.

Javier se las arrebata de las manos, colérico.

—¡Déjalas, son mías!

Dolores le da una sonora bofetada que le deja aturdido por unos segundos y, antes de que pueda reaccionar, una lluvia de golpes se sucede en su cabeza, brazos y espalda.

—¿Qué has hecho, Javier? ¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loco? —gimotea Dolores sin poder contener las lágrimas de frustración y miedo.

¿Cómo podría Javier explicarle que lo único que quería era un recuerdo de su valor? ¿Una especie de trofeo que demuestre que no es un cobarde, que ya es un hombre?

Dolores se detiene jadeante, sin esperanzas de obtener respuestas. Su hijo la mira temeroso y, por unos segundos, vuelve a ver al niño inocente que fue. No obstante, una voz dentro de ella le dice que ha sido una acción que va más allá de una travesura o de la mera curiosidad infantil. Debe de haber una oscuridad indefinible que no sabe cómo arrancar de su ser.

—Javier, no sé por qué has hecho estas fotos y no hace falta que me lo digas. Casi prefiero no saberlo, pero tendrás que quemarlas junto con la ropa. No puedes llevártelas. ¿Entendido?

Javier no responde. Sigue mirándola avergonzado, como si lo hubiera pillado masturbándose.

—¡¿Entendido?! —repite Dolores intentando atravesar la barrera que se ha construido Javier tras de sí. Este asiente aturdido mientras se quita la camiseta.

En calzoncillos parece más aniñado. Su cuerpo desgarbado, pese a ser más alto que ella, aún revela formas redondeadas y músculos blandos, sin desarrollar.

Dolores coge un pijama del armario y se lo entrega. Luego, agarra asqueada las ropas sucias y las fotos.

—¡Ponte el pijama e intenta descansar! —murmura Dolores, impostando un tono neutro que disimule el temblor de su voz—. Pronto amanecerá.

Javier se lava los brazos, el pecho y la cara en la pica, desanimado. Luego, se pone con lentitud lastimosa el pijama y se sienta en el sofá. Observa a su hermana que, milagrosamente, no se ha despertado durante todo este tiempo. Se levanta para ver cómo Dolores quema la ropa y las fotos que se ennegrecen y se encogen poco a poco.

—¡Vete a dormir, Javier! —musita—. ¡Ya me quedo yo aquí vigilando!

Javier vuelve a entrar sin decir nada. Todo ha sido una especie de delirio espantoso, pero, de un modo extraño, ahora se siente en paz.

IV

El alba se asoma con lentitud sobre el páramo, amarilleando las espigas esparcidas aquí y allá, dorándolas, dándoles un brillo singular.

Dolores dormita, sentada en la silla de camping con un cuchillo en el regazo, sin darse cuenta de que ya ha salido el sol. No está dormida del todo, sino que permanece sumida en una especie de duermevela desasosegante. Algunas imágenes brotan inconexas, centelleantes e irrumpen por unos segundos con un ruido infernal; luego, el silencio y otro resplandor: el tren, el disparo... Los sonidos no se corresponden con las imágenes: el tren chilla, la cabeza cortada aúlla como una bocina o los flashes de una cámara suenan como disparos. El pinar es un bosque inmenso y sus árboles están inclinados hacia el mismo lado; los matorrales sarmentosos mutan en esqueletos trémulos que intentan atraparla, y una figura negra aguarda inmóvil en medio del páramo, con las manos crispadas como garras. Después, la nada envuelta en el trino de los grillos para luego materializarse una cara terrible aullando a través del vacío. Dolores sacude la cabeza intentando apartar la vista, pero con las pesadillas solo se puede hacer una cosa: despertar.

Abre los ojos. Un dolor agudo se clava en la nuca y la espalda por la postura incómoda mientras dormía. Además,

la quemazón en la canilla, enrojecida por los arañazos que le propinó el intruso, la mortifica. Ayer estaba demasiado ajetreada como para darse cuenta del dolor y ahora su piel arde.

Se mira el tobillo. Aquel tipo debió clavar bien sus zarpas, como si sus dedos hubieran querido no solo clavarse en su carne, sino soldarse en ella.

Se levanta entumecida, se estira y da unos pasos cojeando para que sus músculos entren en calor y vuelvan a funcionar. Al girarse, se sobresalta al ver a Pili en el umbral. Por unos segundos interminables, está a la expectativa de cómo va a reaccionar.

Tiene una expresión indescifrable, como si no hubiera en ella ningún pensamiento; de hecho, diría que dentro de Pili no hay nada.

Para estupor de Dolores, estira los brazos bostezando soñolienta.

—¿Qué hora es? —pregunta con el sabor de su bostezo en la boca.

—N... no lo sé —murmura Dolores, escrutando a su hija para desentrañar sus emociones—. Las siete, creo.

—¡Ah! —Pili tiene los ojos entrecerrados, aún amodorrada.

—¿Se ha levantado ya Javier? —pregunta Dolores, confusa.

Pili gira la cabeza para localizarlo.

—No, sigue tirado en el sofá y es un fastidio porque tengo hambre. Quiero desayunar.

Dolores no sale de su asombro.

—¿Desayunar?

Pili pone los ojos en blanco y se encoge de hombros.

—Bueno, ya me espero a que se levante —rezonga con resignación bovina.

Dolores, en un gesto maternal, le acaricia la frente en busca de fiebre. Pili, poco acostumbrada a las caricias, levanta las cejas, sorprendida.

—¡Da igual! —murmura Dolores—. Voy a calentar la leche. ¿Quieres Colacao o Nesquik?

—¡Colacao! —responde Pili, todavía desconcertada. No se le escapa el extraño comportamiento de su madre, que, por cierto, lleva un cuchillo en la mano.

Dolores entra en la caravana y saca un cazo del armario. Hace ruido y agita sus paredes sin ningún miramiento por Javier, que sigue durmiendo en el sofá. El ajetreo le despierta aturdido con la impresión de que es una mañana cualquiera. Por unos segundos, en su leve amnesia, ha olvidado los sucesos horribles del día anterior y, sin que los recuerdos broten del todo, observa a su madre echar la leche condensada en un cazo lleno de agua para preparar el desayuno. Su hermana también la mira pasmada, aunque enseguida se cansa y se sienta al otro lado de la mesa.

—¿Hay galletas? —pregunta Pili cogiendo uno de sus tebeos que hojea distraídamente.

Los eventos acaecidos unas horas atrás emergen con lentitud y comienzan a cristalizarse nítidos en la mente de Javier. Este mira interrogante a su madre y ella le mira a su vez a él. Javier hace un gesto señalando a Pili, como si quisiera preguntar: «¿Y a esta qué le pasa?».

Su madre sacude la cabeza y se encoge de hombros.

—Hay galletas y magdalenas. Tú misma —contesta Dolores.

—¿Las galletas son de chocolate?

—No, pero tienes Nocilla.

—¡Ah, sí, Nocilla! —exclama Pili con una amplia sonrisa.

Javier tiene un aspecto lúgubre y ojeroso sin que eso llame mucho la atención a su hermana. Está a punto de decir algo, cuando su madre le interrumpe:

—¿Y tú? ¿Quieres galletas o magdalenas?

Javier sigue asombrado, sin saber si esa rutina mañanera le reconforta o le desasosiega. «¿Qué coño le pasa a Pili? ¿Se habrá vuelto tarumba como el niño del *Reader's Digest* y la tendrán que encerrar?».

—Magdalenas —decide al fin.

Una vez hervida la leche, la vierte en sendas tazas; luego, de uno de los armarios, saca los paquetes de galletas, magdalenas, Nocilla y los cubiertos. Dolores no tiene suficiente fuerza en las piernas como para continuar de pie, por lo que opta por sentarse junto a Javier y ambos observan estupefactos la naturalidad y glotonería con la que desayuna Pili.

—Tú no te acuerdas de nada, ¿verdad? —pregunta Dolores con cautela.

—¡Ah, sí! —suspira Pili—. Tengo que hacer los deberes. Ya lo sé. Los haré luego, ¿vale?

Javier y Dolores se intercambian miradas de asombro.

—¿Te acuerdas de lo que hiciste ayer? —vuelve a preguntar Dolores con la misma precaución.

¿Será posible que su hija no recuerde lo que pasó? ¿Será temporal? Y si vuelven a su memoria los acontecimientos del día anterior, ¿le dará otro ataque histérico? ¿Se volverá loca? Dolores desearía la bendición del olvido al

igual que su hija. Esta hace rodar los ojos hacia arriba intentando recordar:

—Pelé las patatas, hice los deberes, me bañé en la charca, jugamos al parchís... —Se encoge de hombros—. Bueno, es un poco aburrido estar aquí.

—¡¿Aburrido?! —espeta Javier.

Dolores le da un codazo. Tiene que impedir que su hijo la despierte de su encantamiento.

—Pero...

—Javier, ¿salimos un momento afuera? —ordena Dolores.

—Es que...

—Tengo que hablar contigo.

Javier frunce el ceño, hace un gesto con los brazos y levanta los hombros en un gesto de perplejidad.

—¿Y ahora qué he hecho?

—¡Nada, hombre! —exclama Dolores—. ¡No seas tan susceptible! ¡Quiero enseñarte una cosa!

—¡Yo también quiero verlo! —dice Pili con la boca llena.

—¡Tú acábate el desayuno, que esto no va contigo!

Pili, enojada, hace un mohín, aunque no chista, y continúa masticando mientras Dolores y Javier salen del cubículo.

—Vamos a dar un paseo hasta la balsa —propone Dolores.

—Es que no me apetece —refunfuña Javier.

—¡Joder, no me lo pongas tan difícil, solo quiero hablar contigo y no quiero que tu hermana me oiga! —masculla.

Comienzan a caminar hacia la laguna mientras, de tanto en tanto, Dolores se gira para asegurarse de que Pili no les sigue ni puede oírles.

—Mira, Javier —dice Dolores—, lo de ayer fue horrible, aunque vamos a tener que guardar esto en secreto y, por lo visto, va a ser entre tú y yo. Tu hermana, por algún tipo de defensa mental, o algo así, no se acuerda de lo que pasó anoche. ¿Sabes lo que quiere decir?

Javier la observa en silencio. Su madre nunca le había hablado con esa seriedad.

—Quiere decir —prosigue— que no solo no le diremos nada a tu padre, sino que tampoco a tu hermana, que, con suerte, quizá nunca se acuerde de lo que pasó y, cuando digo que no le vamos a contar nada a nadie, me refiero a que no le dirás nada ni a tu hermana ni a tus amigotes. ¡A nadie! Esto será como si nunca hubiera ocurrido. Te puede resultar difícil; también lo será para mí, pero si te vas de la lengua, nos meteremos en un gran lío. ¡Nos encerrarán en la cárcel! ¿Tú quieres acabar en la cárcel?

Javier sacude la cabeza a la vez que la mira muy serio, con ojos de cachorro asustado.

—Tu hermana es muy pequeña y, si empieza a recordar, a saber cómo reaccionará; le podría dar un ataque otra vez y no sabemos qué consecuencias podría tener eso. Ya viste que ayer parecía una loca o una posesa... ¡Dios nos libre de que vuelva a pasar! Además, Pili es una cría; si se lo cuentas, ¿crees que guardará el secreto? A lo mejor se lo cuenta a sus amigas... —Hace una pausa dramática con toda la intención—, o a tu padre. ¿Qué crees que hará si se entera? No olvides que es guardia civil.

Dolores se gira de nuevo para asegurarse de que Pili no les sigue.

—Tú no le cuentes nada, y cuando digo nada, quiero decir NADA, a tu hermana, y yo no le cuento a tu padre lo de las fotos.

Javier se estremece. Si se enterara su padre, le daría una paliza de órdago o, como dice su madre, acabaría en la cárcel.

—No puede enterarse —prosigue Dolores—. Tienes que prometerme que esto no saldrá de nosotros. Como si lo de ayer nunca hubiera ocurrido.

—¡Vale, vale! —farfulla Javier.

—¿Lo prometes? —Dolores no está satisfecha con su respuesta. Le conoce bien. Le gusta zaherir a su hermana y teme que, en alguna de sus innumerables peleas, se le escape el secreto con el único propósito de hacerla sufrir—. ¿Lo prometes? —insiste.

—Lo prometo —dice sin mucha convicción.

Dolores lo coge de los hombros para que vea que está hablando en serio.

—Javier, esto es muy importante. Sé que aún eres muy pequeño para entenderlo...

—¡No soy pequeño! —protesta.

—¡Vale! —admite Dolores—. ¡Tienes razón! ¡Ya eres mayor! Más a mi favor, tienes que comportarte como tal. Por eso quiero que tu promesa sea de verdad. Ni una palabra tiene que salir de nuestras bocas, ¿de acuerdo?

Javier sacude afirmativamente la cabeza, aunque no se atreve a levantarla.

—¿Lo prometes? —Dolores le sacude los hombros para obligarlo a mirarla a los ojos.

—Lo prometo —dice ahora completamente en serio.

Ya han llegado al estanque. Dolores contempla el agua, tranquila y verdosa, como un espejo sucio. La hierba alrededor brota más fresca y los chopos desprenden briznas de sombra deshilachada que suavizan el aspecto del páramo, tan ralo, tan desapacible...

Dolores vuelve a coger a su hijo de los hombros.

—Y, sobre todo, ni se te ocurra acercarte al pinar ni al muerto. ¿Entendido? Nada de fotos morbosas, nada de ir a curiosear... ¡Eso se acabó! ¡No sé muy bien qué pretendías, pero ninguno de vosotros dos vais a quedar fuera de mi vista! En cuanto vuelva tu padre, le diremos que te has puesto muy enfermo y que tenemos que volver inmediatamente. ¡Ya pensaré en algo!

—¿Y por qué yo? —protesta Javier.

—Porque se supone que tu hermana no se acuerda de lo que pasó —y mejor que sea así— y si me pongo mala yo, a él le dará igual. Tienes que ser muy convincente para que se lo crea.

—También le dará igual si me pongo malo yo —replica resignado.

Dolores permanece en silencio, pensativa.

—¡Tienes razón! A menos que... —Dolores sacude la cabeza. Una idea emerge de su mente—. ¡No, no puedo pedirte eso!

—¿El qué? —pregunta intrigado.

—A menos que se produzca una emergencia y tengas que ir a un hospital o... que tenga que ir yo —sentencia Dolores.

Javier la observa confuso.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Tenemos que urdir algún plan para que no tenga más remedio que correr a un dispensario, porque con la querencia que le tiene a este sitio, si no es grave, no nos iremos de aquí de ninguna de las maneras.

—¡Ya, pero... ¿cómo lo haremos?!

—Tiene que ser una contrariedad evidente. Que pueda verlo con sus propios ojos... ¡Nada de dolores de barriga o cabeza...! Algo que le obligue a tomar la decisión de marcharnos. Porque tú te quieres ir de aquí, ¿verdad?

—¡Claro!

—¿Serías capaz de hacer lo que te diga?

Javier no contesta; empieza a tener miedo.

—¿Te quieres ir de aquí, sí o no?

—¿Qué quieres que haga? —pregunta tímidamente Javier.

Dolores guarda silencio y queda pensativa un buen rato.

—¡Tienes que romperme los dedos! —exclama al fin —. No se me ocurre otra cosa mejor.

El estómago de Javier se sacude de horror.

—¡¿Qué dices?!

—Yo sola no puedo hacerlo. Tendrás que ayudarme o no saldremos de este maldito agujero hasta la semana que viene, por lo menos. No podemos quedarnos aquí; tarde o temprano encontrarán el cadáver y entonces no quiero ni imaginarme lo que será de nosotros si todavía seguimos en este erial y eso sin contar con que quizás ese hombre tenía un cómplice...

—¡No puedes pedirme eso, mamá! —gime Javier al borde de las lágrimas.

—¡Tienes razón! —Dolores sacude la cabeza pensativa—. ¡Tienes razón! ¡Intentaré hacerlo yo misma!

Dolores coge tres dedos de la mano derecha, pero los suelta enseguida, estremecida.

—Mejor los de la izquierda —murmura.

Javier, alarmado por el giro de los acontecimientos, empieza a desesperar.

—¡Debe de haber otra manera! —Javier tiene la esperanza de que su grito la haga desistir.

Dolores se detiene.

—¡Ya sabes cómo es tu padre! Si no ve tres dedos colgando, por lo menos, no se querrá ir y es posible que ni eso le convenza.

—¿Y qué le vamos a decir?

—Que he tenido un accidente, que me he caído... No sé; ya pensaré en eso.

Dolores vuelve a agarrarse los dedos, dispuesta a quebrarlos.

—¡Espera! —grita Javier angustiado—. ¡Rompe los míos!

Javier se sorprende a sí mismo ante semejante acto altruista, casi heroico, y nada más pronunciarlo, se arrepiente. A Dolores le enternece el ofrecimiento de su hijo. Le produce tanto dolor que a duras penas puede contener un deseo irrefrenable de llorar. Se gira hacia la caravana, donde ve a Pili asomada con gesto extrañado.

—Será mejor que volvamos. Tu hermana empieza a sospechar que algo raro está pasando.

Javier lanza un suspiro de alivio. De todos modos, sabe que su madre tiene razón. Su padre es un hombre dominante y todos deben acatar sus mandatos y, precisamente,

estaba muy decidido a venir a ese lugar como para renunciar así como así. Si alguno de ellos finge encontrarse mal, no será suficiente; si quieren convencerlo, uno de ellos debería sufrir un accidente que requiriera ir a urgencias y, conociendo su testarudez, cabría la posibilidad de que no lo considerase lo suficientemente grave como para empaquetar todo e irse. Quedarse tampoco es una opción; tarde o temprano, alguien descubrirá los horrores que se ocultan en la pineda. Puede que algún maquinista o algún pasajero más observador que sus predecesores, tal vez algún veraneante o la misma Guardia Civil que le dé por patrullar en la zona... De hecho, es un milagro que ningún conductor de ferrocarril haya presenciado el suceso o haya visto los cadáveres, ni siquiera cuando atropellaron a esos hombres, lo que refuerza su idea irracional de que deben de ser trenes con vida propia y maligna.

—¡¿Tú qué miras, mocosa?! ¡Tienes deberes que hacer, ¿verdad?! —grita Dolores, despertando a Javier de su ensimismamiento.

Pili vuelve a entrar en la caravana algo mohína.

Dolores distingue a lo lejos una nube de polvo que, como un remolino lejano, se va agrandando paulatinamente. Dolores y Javier se encuentran paralizados oteando lo que parece un nubarrón ocre generado por un metal reluciente. Es un coche que se aproxima a gran velocidad.

—¡No, no, no, no! —gime Dolores—. ¡Ahora no! ¡Necesitamos más tiempo!

El coche tiene el inconfundible color verde escabeche del Seat 127 de Manuel y se acerca con presteza hacia el campamento.

—¡Vamos, Javier! —ordena Dolores—. ¡Hagámoslo ya! ¡Si no lo hacemos ahora, luego será más difícil! ¡Rómpeme los dedos!

El pánico se apodera de Javier porque le está pidiendo que la lastime y solo pensarlo le produce una terrible desazón.

—¡Yo no tengo valor para hacerlo sola y ya no tenemos tiempo! ¡Ayúdame!

—¡No puedo! —grita Javier.

Dolores agarra las manos de Javier para que se aferre a sus dedos.

—¡Hazlo! —urge de nuevo.

El coche se aproxima con gran rapidez.

—¡Venga, Javier! ¡Puedes hacerlo!

Javier rompe en sollozos.

—¡No, mamá! ¡No puedo!

Dolores agarra con fuerza las manos de Javier para que no pueda soltarse, pues este se resiste y pugna por desasirse. El forcejeo comienza a ser más violento, mientras el coche está cada vez más cerca y la resistencia de Javier es más pertinaz. Las lágrimas corren cálidas y amargas por sus mejillas. Su rostro empieza a congestionarse y las venas del cuello a sobresalir a través de su piel enrojecida.

Cuando el vehículo se detiene, se produce un silencio tenso y, luego, un crujido sordo como de ramitas quebrándose. Madre e hijo dejan de forcejear y se miran el uno al otro, asombrados.

Javier aúlla de dolor. Dolores, horrorizada, se pone el puño en la boca intentando contener un grito, mientras Javier cae al suelo sosteniendo la mano rota, lamentándose.

Dolores de rodillas, desconcertada, intenta consolar en vano a Javier. Ambos, sollozantes, mascullan palabras incomprensibles como dos locos que han perdido el juicio.

Manuel se apea del coche y contempla el extraño espectáculo, estupefacto, casi temeroso de intervenir. Pili vuelve a asomarse al escuchar los gritos, también atónita ante lo que ocurre. Manuel se aproxima con precaución, amilanado por la escena esperpéntica.

—¿Qué coño pasa aquí?

Ninguno de los dos contesta, concentrados en sus gritos, llantos, hipos y toses. Pili se acerca asustada. Nunca había visto a su hermano ni a su madre así, especialmente, a su madre, que suele contener sus emociones hasta casi blindarlas.

Manuel y Pili se miran, buscando respuestas el uno al otro, al ver que los dos están desconsolados y no contestan.

—¿Me queréis responder? —ruge Manuel—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Si es que no os puedo dejar solos!

Dolores deja de plañir por un momento y, entre hipos, gime:

—¡Tu hijo se ha caído y se ha hecho daño! ¿Es que no lo ves?

Javier vuelve a aullar con el rostro descompuesto por el dolor.

—¿Y tenéis que poneros así? —grita Manuel—. ¡No será para tanto, ¿no?!

Javier deja de vociferar, aunque las lágrimas siguen corriendo por sus mejillas. Se sujeta la mano y empieza a temblar.

—¡Venga, Javier. No hagas teatro! —ordena Manuel —. ¡Levántate ya!

Javier, resignado y dolorido, se yergue mordiéndose los labios para no gimotear más y con la mano colgando de mala manera.

—¡Dolores, por amor de Dios, levántate tú también! ¿Qué clase de esperpento es este?

Dolores se alza, terriblemente angustiada por el giro de los acontecimientos, incapaz de recordar lo que ha ocurrido. Un horrible arrepentimiento la invade y apenas le deja pensar. «¡No debía ser él! ¡No debía ser él!».

—¡Bueno, a ver, ¿qué narices ha pasado aquí?!

Manuel parece el director del colegio que impone paz y orden en el recreo.

—Tu hijo se ha tropezado y se ha caído; ya te lo he dicho —insiste Dolores.

—¿Y por qué estás tan histérica?

—Porque se ha caído por mi culpa. Se ha tropezado con mi pie.

—En todo caso, será culpa del torpe de tu hijo, ¿no? —rezonga Manuel—. ¡A ver! ¿Y tú por qué berreas cual gorrino en matanza?

—Creo que me he roto la mano —gime Javier.

—¡Qué te vas a romper ni te vas a romper! —La exasperación de Manuel va *in crescendo*—. ¡Déjame ver!

Javier vacila. Teme que la indolencia de su padre agrave la fractura.

—¡Que te acerques, coño! ¡Que no te voy a comer!

—¡Ten cuidado, hombre! —advierte Dolores—. ¡No lo vayas a dejar peor!

La mirada furibunda de Manuel la paraliza. Javier levanta tímidamente la mano para que su padre pueda observar el torcimiento antinatural de los dedos.

—¡Joder, creo que tienes razón! —dice Manuel en un tono más conciliador—. ¿Y esto ha pasado justo ahora?

Dolores y Javier asienten a la vez.

—¡Pues ya es casualidad, cojones!

—¡Tenemos que llevarlo a un hospital!

Manuel levanta las cejas en un gesto de incredulidad.

—¡Ni hablar! —sentencia—. Acabo de llegar. He estado conduciendo toda la noche para venir hasta aquí. ¡Que estamos de vacaciones, hostias!

—¿No ves que Javier lleva la mano colgando? —protesta Dolores—. ¿Cómo vamos a estar de vacaciones con el niño tullido?

Manuel frunce el ceño, contrariado.

—¡Eso se lo arreglo yo con alguna tabla plana, un esparadrapo y listo! ¡Total, es lo que harían en cualquier enfermería!

—¡Tú estás chalado! ¡Lo vas a desgraciar!

—¡Que no, mujer! ¡Que en el cuerpo nos enseñan a hacer estas cosas!

—¿Qué cosas? —pregunta irritada Dolores.

—¡Los primeros auxilios, joder! ¡Que te lo tengo que explicar todo!

—¡Lo que propones es una locura! ¡Vamos a llevar al niño a urgencias! ¡Si se le suelda el hueso en falso, ya no habrá arreglo!

Manuel vacila. Sabe que tiene razón, aunque le frustra tener que marcharse nada más llegar. Le da pereza tener que empaquetarlo todo para volver a casa, con la de horas que ha estado conduciendo...

—¡Si es que no se os puede dejar solos, cojones! —brama—. ¡Estáis todos muy torpes! ¡Primero esa niña alemana y ahora tú! ¿Pero qué coño os pasa?

—Llevas a una niña que no conoces de nada al hospital y tu hijo que se pudra, ¿no?

Furibundo, Manuel da media vuelta con ganas de gritar improperios y blasfemias contra todo el santoral católico, conteniéndose a duras penas. Si no fuera porque es absurdo, diría que el niño se ha roto los dedos a propósito para irse.

—*Scheiße, Scheiße!* —exclama, pues a pesar de los años transcurridos desde sus tiempos de inmigrante, todavía es capaz de despotricar en alemán.

Dolores está a la expectativa; no sabe cómo interpretar esa reacción, mientras Javier se sienta en el suelo, temblando.

—¡Está bien! —ruge—. Pero al menos, me daréis diez minutos para desayunar, ¿no?

—¡Sí, hombre, desayuna! —exclama Dolores aliviada —. ¡Yo, entretanto, iré empaquetando las cosas!

—¡Me habéis jodido las vacaciones! —protesta, dirigiéndose a la caravana.

—¡Cualquiera diría que estamos en el Ritz! —Dolores no ha podido evitar decir lo que piensa, aunque sabe que no debería irritar más a su marido.

Pili contempla la escena estupefacta sin atreverse a mover ni un músculo. Cuando Manuel se acerca a ella, le da una colleja como el boxeador que libera su tensión en el *sparring*.

—¿Y tú qué miras? ¡Acábate los deberes, que nos vamos!

Pili sabe por experiencia que esta es una reacción usual de sus padres. Cuando uno de los dos está enfadado con algún otro miembro de la familia, ese enojo siempre acaba por extenderse al resto. Por lo general, cuando los dramas estallan y su padre comienza su metamorfosis en un gorila furioso, es el momento adecuado para hacer mutis por el foro. Esta vez la situación ha sido tan repentina que no le ha dado tiempo a esconderse y le ha tocado recibir a ella. Pili se marcha corriendo, más dolida por la injusticia que por el coscorrón, y entra en la caravana para coger, enfurruñada, el dichoso libro de ejercicios.

Manuel entra también como el ogro que penetra en su cubil después de haber perdido una batalla. Dolores le sigue y, para apaciguarlo, le calienta el agua y le ofrece leche condensada, galletas y magdalenas.

Pili, al ver a su padre en la misma mesa que ella, coge su libro, sale de la caravana y se sienta bajo la sombrilla. Javier se sienta a su lado, taciturno y con el rostro muy pálido. Pili le observa detenidamente. Ahora que ha perdido la arrogancia, no le ve tan mayor, sino el niño asustado que es.

—¿Te duele? —pregunta Pili compasiva.

Javier no contesta, tiene la mirada perdida y una expresión lastimera que conmueve a su hermana.

Dolores sale con celeridad, sacudiendo la cortina de macarrones que, alborotados, se mueven en todas direcciones. Con gran frenesí comienza a plegar las sillas que va introduciendo en el interior. Después, dobla algunas mantas, toallas y otros enseres y los va colocando en bolsas. Empaqueta con tanta eficacia que, cuando Manuel acaba de desayunar, prácticamente no tiene que hacer gran cosa: acoplar el coche al gancho de la caravana, enroscar los enormes es-

pejos retrovisores desmontables y meter algún que otro bulto en el maletero.

Javier, mesmerizado, observa a sus padres empacar a toda prisa. Lo hacen con la precisión pasmosa del que tiene memorizados los movimientos de un baile. Después, mira a su hermana, que va haciendo las cuentas con los dedos como si tal cosa. ¿Será verdad que no recuerda lo que ocurrió anoche? ¿Cómo es posible que no se acuerde de que disparó a un hombre y que vio su cabeza decapitada rodar por la ladera? ¿Habrá borrado los recuerdos a su antojo o está fingiendo?

Javier se levanta y coge uno de sus *Vampus*. Si no se marea mucho, quizás pueda distraerse leyendo una historia de terror mientras viajan. Es curioso que, después de todo lo que ha pasado, aún le atraigan esas historias. De alguna manera, le ayudan a olvidarse de su realidad.

Dolores agarra bruscamente el libro de ejercicios de las manos de Pili, que se sobresalta por la violencia del gesto. Luego, recoge la mesa y les echa de las sillas, donde están sentados.

—¡Venga, al coche! —ordena de malos modos.

Los niños se miran resignados. Pili tiene la esperanza de que, con un poco de suerte, su amiga Ana María haya vuelto del pueblo y puedan verse. Aunque lo más probable es que pasará del soberano aburrimiento del páramo al tedio que le espera en casa. «Al menos», reflexiona Pili, «la tele se verá mejor».

Pili y Javier se sientan en el coche mientras sus padres siguen recogiendo en un silencio enfurruñado. Manuel cree que su familia le ha fastidiado las vacaciones y Dolores le reprocha mentalmente que les haya llevado a un secarral col-

mado de asesinos en vez de ir a Torremolinos o a Benidorm como las personas normales. «¡Si hasta La Ballena Alegre hubiera sido gloria bendita en comparación!».

De todos modos, está feliz de poder marcharse. Al menos, han sobrevivido a la horrible experiencia y por fin se largan de ahí. «Si el año que viene se le ocurre volver a este lugar, se irá con Rita la Cantaora. Todo por ahorrarse unas pesetas, el muy rácano».

Antes de irse, ambos miran con lástima la caravana abandonada de los alemanes. Manuel dobla la mesa y las sillas colocándolas en su interior, compadecido.

—Espero que puedan volver pronto —murmura.

El campamento deshabitado tiene una melancolía trágica que sobrecoge y es la prueba del cataclismo ocurrido el día anterior.

Dolores y Manuel entran en el coche al mismo tiempo, sin hablar, culpándose uno al otro por su infortunio. En cuanto arranca, Dolores siente un alivio inconmensurable, como si todos los padecimientos vividos hubieran sido fruto de una pesadilla o de un incidente ficticio, y es capaz de comprender la amnesia de Pili. Olvidar será lo más sensato o, al menos, considerar lo vivido como una anécdota ocurrida a otras personas, no a ellos. Como si se tratara de una película de terror, de esas que le gustan a Javier, y no de un suceso real.

Enfilan el camino polvoriento y se alejan del pequeño embalse, el páramo, el pinar... El coche corre paralelo a la vía del tren unos metros hasta que, finalmente, la cruza y se aleja.

El sol está en su cénit y empieza a hacer calor, lo que irrita todavía más a Manuel, que sigue contrariado por el cambio súbito de planes.

A Dolores le invade una sensación repentina de agradecimiento, no solo por seguir viva, sino por escapar de allí. Pronto volverán a sus rutinas, a sus vidas ordinarias, que ahora se le antojan privilegiadas. Después de lo que han pasado, tiene ganas de conversar, aunque sea para volver a la normalidad perdida.

—No te he preguntado cómo está la niña alemana. ¿Llegaste bien al hospital?

Manuel tuerce el gesto; es obvio que sigue enfadado, pero lentamente se va mentalizando de que las vacaciones se han acabado y que debe resignarse.

—Creo que se recuperará —masculla—. Le dio un buen susto a sus padres.

—¡Ya me lo imagino! ¡Dios mío! ¿Qué pasó? No me lo explico.

—El niño aseguraba entre hipidos que algo les agarró del pie y no les dejaba salir. Él pudo zafarse, pero la niña no... o alguna chifladura así.

—Se engancharían con algún alga o una rama. ¡Vete tú a saber! —asevera Dolores encogiéndose de hombros.

Alcanzan la carretera asfaltada y, ya libres de la polvareda, pueden abrir las ventanillas para aplacar el calor.

—¿Y vosotros qué habéis hecho desde que me fui?

Dolores se estremece. No había pensado que Manuel pudiera hacer semejante pregunta y no tiene ninguna respuesta preparada.

—Pues no gran cosa, la verdad: ver la tele, jugar al parchís... y luego, a dormir. Y, bueno, esta mañana ya has visto...

Manuel vuelve a torcer el gesto.

—¡Sí, ya he visto! —replica lúgubre.

Pasan de largo las primeras casas y algunos campos cultivados con los fardos de cereal empaquetados, sembrando el paisaje de cilindros ocres. Los postes de la línea eléctrica ciñen la carretera y se divisan las señales que anuncian pueblos cercanos.

Dolores se alegra de volver a la civilización. Se gira para comprobar que los niños están bien. Pili sigue en ese bendito olvido, aunque le preocupa más Javier. Es casi imposible que lo ocurrido no le afecte. Siente una punzada de remordimiento, ya que no tenía la intención de dañarlo. No puede comprender qué ha podido pasar, ni siquiera lo recuerda.

«Javier se pondrá bien», se dice, «es joven. Se recuperará. En cuanto a Pili... esa pobre alma bendita debió de tener algún cable desconectado en aquel momento. Ahora todo está bien». «Todos estamos bien».

Al poner la mano en su regazo, nota un bulto extraño, como una pequeña protuberancia férrea. Escarba en su bolsillo y siente el contacto metálico de la bala que arrancó de las entrañas del intruso.

Lo saca del bolsillo y lo mira discretamente, absorta, estremecida al sentir su contacto entre los dedos.

Javier, a su vez, abre la página de su *Vampus*, justo donde colocó la primera foto del muerto putrefacto. Su madre no sabe que la tiene y es suya, solo suya. El único vesti-

gio que le recordará que tuvo el valor de enfrentarse a la muerte y nadie se lo arrebatará jamás.

Javier observa a Pili, que contempla el movedizo paisaje desde su ventanilla. Permanece callada, tranquila y, cuando comprueba que su hermano no la mira, saca de su bolsillo un diminuto botín. El trofeo que le recordará su triunfo secreto. Al abrir el puño, sobre la palma de su mano, sostiene un pequeño trípode ocre: una muela cariada, rota por los golpes recibidos y que ahora le pertenece...

Epílogo

El sol está ya en su cénit cuando los veraneantes se marchan. Del estanque asoman burbujas ambarinas que estallan en chasquidos viscosos. El muerto asoma la cabeza casi descarnada, emergiendo lentamente de las aguas gelatinosas.

Parece mirar al cielo con sus ojos pútridos mientras las cigarras murmuran letanías interminables a la calina veraniega.

Desde su decadencia íntima, contempla el páramo y los torbellinos de polvo que envuelven el vehículo que se aleja cada vez más, engullido por el horizonte. Y, sin embargo, desde lo más profundo de su ser, sabe que, de alguna manera, le llevan consigo...